

Tray Mocha

Revista Semanal



Nº. 877

"PIERRETTE"

FOR G. CAMPS

MONTEVIDEANAS



Señora Raquel Marcos de Heinzmann



Señoritas de Wall, Grosso y Duarte y señor Atucha



Señorita Aurora Arias



A bordo, con la ilusión de zarpar...



Señorita Nené Grosso



Un terceto peligroso



EXCURSION AL PARQUE SANTA LUCIA. — Señora Quica E. de Maique.



Vadeando un bañado



La solemne tarea de dar buen punto al costillar



Un grupo de especialistas del diente, aprovechando el tiempo.



La prole de Job en su función favorita

Fots. José E. Maique.

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración. CERRITO 607

Año XVIII

Buenos Aires, febrero 12 de 1929

N. 877



"La primera cita"

Por C. BELLANGER

(Véase la página siguiente)



El alma del muerto

Por Alejandro Larrubiera

Ofrecíase la campiña sombría, y el cielo encapotado ocultaba las titilaciones de los astros; un calor bochornoso caía sobre la tierra, y de ésta desprendíase un vaho cálido; el canto del ruiseñor venía a ser, en el concierto de los indescriptibles acordes nocturnos, el aria del tenor, coreada desapacible y monótonamente por sapos y grillos, ranas y cigarrones.

Recostado en uno de los árboles de la carretera se encontraba al acecho un hombre joven.

A cada instante miraba con ansia y temor no disimulados a todo lo largo del camino real.

El silencio de la noche fué interrumpido por los ecos de un canto popular entonado con potente voz y no escaso gusto.

—¡El! —murmuró el que acechaba, saliendo al encuentro del cantor.

Al encontrarse frente a frente del mismo, le dijo con acento tembloroso:

—¡Quin, te esperaba!

El de la copia hizo alto y replicó sorprendido:

—¿A mí?... ¿No te era lo mismo en el pueblo?

—¡No! Allí abajo podían enterarse.

—¡Vaya un misterio! ¿Y qué tienes que decirme?

—Ahora te lo diré.

—¿La cosa es grave?

—Demasiado sabes que sí.

—¿Yo, Juan?

—Sí, tú, no te hagas de nuevas. En el pueblo se corre que eres novio de Anita, la hija del boticario.

—Sí, lo soy, ¿y qué?... —replicó Quin arrogantemente.

Y con acento de insulto, prosiguió:

—¿Y para decirme eso te quecas como un ladrón de caminos, en la carretera, esperando mi paso?... ¡Hombre, lo tomo a broma, que sí no!...

—No; no lo tomes a broma, Quin. Va en ello la vida.

—¿La vida?... ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Estás loco!...

—Sí; por esa mujer lo estoy.

—¿Quieres quitarme la novia?

—¡Quitamela, hombre, quitamela si te atreves!...

—No seas fanfarrón y déjate de bravatas. Vuelvo a repetirte que hablo en serio. Escucha.

—¿Algún cuento?...

—No; historia pura...

—Que sea corta; tengo prisa.

—El caso merece no tenerla. Voy a decirte a ti ahora lo que jamás he dicho a persona alguna. Quiero a Anita —a tu novia— como no he querido a ninguna mujer. Y eso, tú y todos los del pueblo debéis de saberlo, que no he buscado el esconderme para manifestar mis sentimientos... ¡Bueno! Ninguno de los mozos se ha atrevido a requebrar a Anita, porque adivinan que al primero que lo intentase le saldría caro el hallazgo. Tú, más arrogante y vendiéndote mi amigo, la has requerido y propalado por el pueblo la hazafia. ¡Y, por Cristo que, o dejas de pensar más en esa mujer... o te aplasto como a un sapo!

—¡Vaya hombre, vete a dormir. Debes de haber tomado una copita de más.

—¡No bebo!... ¡Y no me insultes, Quin! Sé que tú al pedirle

amores a esa mujer, lo has hecho por prurito orgulloso... "Ya que los otros no se atreven, seré yo el primero" —te has dicho—. Y mal aconseja, Quin, el amor propio cuando a tales extremos conduce.

Y Juan, dulcificando cuanto pudo su acento, continuó:

—Amigo mío, vuelve sobre tu acuerdo y olvida a esa niña, a quien tan injustamente traen en lenguas por tu causa.

—¡Dejar yo a Anita!... Pero, Juan, ¿crees que me asustan tus cacareos?...

—Por lo que más quieras te lo suplico. ¡Si no...!

—¿Me amenazas?...

—¡No!... No te amenazo... Eres novio de esa mujer guiado por el amor propio, que te ciega.

A esa niña tú no la amas como ella se merece ser amada. Honradamente tú no la quieres, no puedes quererla. En el pueblo tienes fama de mujeriego, y para tí, Anita es una más en la lista; para mí,

Y para atajar la sangre que abundantemente manaba de la herida, el vencedor sirvióse de su pañuelo como de una compresa.

Finalizada la operación, miró aterrificado a lo largo de la carretera.

Nadie había presenciado la lucha.

El vencedor hizo un esfuerzo sobrehumano: con ambas manos levantó en alto el inanimado cuerpo de su rival, y con aquella carga que le hacía gemir de cansancio, se internó en la campiña, atravesando los prados y salvando a saltos los lindes.

Llegó a un pradal cercado de piedras. Sin aliento casi arrojó al suelo la pesada carga, arrodillóse al pie de la cerca, y con la misma hoja acerada con que diera muerte a su rival, cavó un hoyo en la tierra y dentro de él sepultó el cadáver.

Gruesas gotas de sudor surcaban la frente del joven al acabar su lúgubre faena.

"LA PRIMERA CITA"

Gustan ciertos artistas cuando buscan asuntos para sus cuadros, de las sencillas y naturales escenas de la vida real, y son muchos los lienzos de notables pintores en que se representan con gran fidelidad las costumbres de los humildes campesinos.

A este género pertenece el cuadro de Bellanger, cuya copia publicamos en la página precedente: no figuran en él altos personajes de la historia, ni terribles escenas de teatral aspecto, sino la égloga vulgar y humilde de dos campesinos que por primera vez conjugan el verbo amar.

La expresión de las figuras es acertadísima, porque sin sacrificar en lo más mínimo la tranquila sencillez de la escena, no resulta fría ni indiferente, sino llena de encanto por su realismo artísticamente sentido. — (N. de la R.)

en cambio, ¡es la única!...

—Hablas tan bien como el señor cura... ¡muy bien!... pero, yo no dejo a Anita... ¡Será esto por amor propio, lo que tú quieras, pero con ella me caso... ¡Y sino, al tiempo!...

—¡Piensa bien tus palabras, Quin!

—¡Las sostengo!

—Tú lo quieres... ¡pues sea! ¡Defiéndete!...

No dijo más Juan. Rápido como el pensamiento, se registró los bolsillos y una acerada hoja brilló en su mano; Quin, que no iba desprevénido, sacó a su vez una navaja, y entre ambos jóvenes se entabló la lucha. Rugiendo de rabia, los rivales se abrazaron... Su abrazo era de muerte. Uno de los dos debía encontrar su lecho mortuorio en el blando polvo de la carretera...

...
Sonó un ¡ay!, cayó un cuerpo, y el otro que quedaba en pie arrodillóse junto al caído, y palpándole, murmuró con espanto:
—¡En mitad del corazón!...

por entre la cabeza de los curiosos.

—Ni nacíos el uno pa el otro, señá Simeona.

—¡Cabal, chica, cabal!... ¡Y que no está poco orgulosote el padre de la novia!

—Mejor boda, ni de encargo, porque Juan es un guapo mozo. Muy honrao y muy presona.

—¡Y muy rico!

—La señorita Anita too se lo merece... Más güena que ella no hay dos, y no es esto alabancia.

—¡Qué ha de ser! ¿Sabís una cosa?...

—¿Cuál?

—Que sólo faltaba en la boda Quin... ¡Qué gracia de hombre!

—Sí, sí; pues échale un galgo, hija.

—Dicen que marchó a correr mundo.

—El era ambicioso, y puede ser... Pero bien pudo decirnos que se iba..., y no que de la noche a la mañana, si te he visto no me acuerdo.

—El día menos pensado le vemos hecho un duque.

—Amén...

—¡Ea! ¡Ya sale la novia!

—Vámonos detrás.

—¿Y para qué, mujer?...

—¡Toma! ¿Para qué?... Para ver si cae algo.

—Como que nos van a dejar entrar a los probes... ¡Sí, en seguida!...

—Pues que nos prohiban la entrada en el campo.

—¡Ah! ¿Pero la boda se celebra en el campo?...

—Como lo cuento. El padrino así lo ha querido. En el prao alto que tiene el boticario han preparado las cosas... ¡Y qué cosas, hija de mi alma!... ¡Y qué comía!... ¡Y qué de confituras!... De principales ríeles... En mi vida vi otra igual.

—Pues vamos, señá Pascuala.

Las mujeres, a retaguardia del cortejo nupcial, emprendieron la marcha, y las galas de los convidados, iluminadas fuertemente por el sol hacían más duro el contraste con el montón de trapos de la chusma villabrinesca: que nunca hubo función que no tenga por apéndice la miseria...

III

El día de sus nupcias... ¡qué triste se le antojó a Juan! ¡qué largo! Sarcásticas se le antojaban las galas del cielo y las galas de la tierra; verde la una con el color de la gloria. Y ni gloria ni esperanza de lograrla prometíase el desdichado mozo al lado de aquella hermosa mujer por la que en lucha había matado a un hombre... Y mayor sarcasmo aun la alegría que resplandecía en todos los convidados, incluso en la heroína de la fiesta.

Contraste suficiente para borrar la negra página siempre viva en el pecho de Juan.

Pero hay páginas que nada ni nadie puede borrar. La conciencia que tiene una mancha, es buitre que se asoma a todas las alegrías destrozándolas despiadado.

El regocijado aspecto de los convidados; el deslumbrador cuadro del banquete; la mesa cubierta de níveos manteles, y sobre éstos la vajilla de Sévres de irisados tonos; los destellos de la plata; los artísticos centros cuajados de flores; las humeantes viandas; el anima-

Dirigió al cielo una mirada de imponderable amargura, y casi sollozando, cruzadas las manos en actitud de súplica, balbuceó:

—¡Perdóname, Dios mío!...

—¡Virgen Santísima, perdóname!...

Y las lágrimas al brotar de sus ojos cayeron sobre la tumba que acababa de abrir, sobre el cuerpo del rival reducido a la nada.

Arrojó la tierra removida en el hoyo, apisonándola hasta dejarla al nivel de la superficie.

El cielo, como si providencialmente quisiera borrar las huellas de aquel sangriento episodio, envió a la tierra una lluvia torrencial.

II

—¡Qué reteguapa va la novia! —murmuraban las comadres apellotonadas frente al atrio de la iglesia para mejor fisgar el cortejo de nupcias.

—¡Y qué paliducho está el novio!... ¡Parece que va a morirse!

—¡Hija, la emoción!

—¡Hacen muy güena pareja! —hacía observar una viejecita, que estiraba el apergaminado cuello

do charloteo de los comensales; sus ojos bañados de esa luz propia de los seres dichosos; el encanto de los ojos de Anita, que muy abiertos miraban a Juan como reprochándole su conducta estafalaria, y suplicándole una de esas mimosas miradas que bañan el espíritu de dulce placidez; el placer de pedir de la chusma, que, estacionada a respetuosa distancia de la mesa, seguía con avidez la desaparición de los manjares en la boca de los señores; el intineo de las copas; el ruido de los cubiertos y de los platos; los dulces acentos de Anita instando al que ya era su dueño a que hiciese honor al festín; todo era para el joven obscuro, sombrío, negro. Una idea fija le hacía clavar angustiosas miradas allá en la cerca de piedra que rodeaba el prado; allí estaba "aquél", es decir, un montón de huesos...

Nunca la casualidad fué más cruel ni el azar trajo una nota más lúgubre. Juan quiso dominarse, entrar de lleno en la fiesta que por él se celebraba. Buscó en los ojos de su novia el efluvio magnético que, tocando en el corazón e iluminando el cerebro, desviara la pesadilla... ¡Y no pudo! Sus palabras eran ilógicas, su risa una mueca de dolor. Interiormente renegaba de aquello que él mismo había preparado, del banquete, de los convidados, de su debilidad en complacer al suegro, que exigió que se celebrara la boda a campo raso, a estilo pastoril; que el hombre, cuando los cuidados de las drogas le dejaban vagar, gustaba de leer los clásicos que tratan de Filis y Batos, y pintan Arcadias allí donde hay un poco de verdura y un par de groseros pastores, los cuales, gracias a la poesía de los que pintan, pueden aparecer hasta sublimes y amantes.

IV

Terminó el banquete, y los comensales creyeron del caso, y como medida higiénica y divertida, entregarse al agitado placer del baile.

Mientras se organizaban las parejas, Anita, apoyada en el brazo de Juan, paseaba con dulce dejadez por el prado.

De pronto se detuvo la joven, y señalando alegremente a su esposo una rosa pálida que se erguía al otro lado de la cerca, le dijo:

—Vamos a coger esa flor, Juan?

—¿Esa flor?... —repitió el aludido con espanto, mientras desviaba la vista del sitio señalado por Anita.

—Sí, hombre. ¡Tengo capricho en cogerla! ¡Es tan bonita!... Anda, ven conmigo.

Juan permanecía quieto.

—¡Qué poco galante eres! —replicó con despecho la joven.

Y abandonando el brazo de su esposo, se dirigió resueltamente hacia la cerca.

Juan le gritó con acento desfalido:

—¡Anita!

Pero Anita, sin hacerle caso, arrancó la rosa, y con aire de triunfo volvió a reunirse a su compañero, diciéndole irónicamente:

—¿Tenías miedo a clavarte alguna espina?... ¡Mírala! ¡Mírala qué bonita es!...

Juan apartaba sus ojos de la rosa; era un horror aquello. La rosa había fructificado en el mismo sitio que servía de tumba a Quin.

—Ahora, para castigarte, verás lo que hago —dijo Anita riendo.

Y posó sus labios sobre las hojitas, depositando en ellas un ruidoso beso.

—Ahora, Juan —prosiguió—, bésala tú también como castigo a no querer las flores. ¡Y eso que sabes que las quiero con toda mi alma!

Y al notar la palidez cadavérica que cubría el rostro de su amado, le preguntó con voz que semejava una caricia:

—¿Qué tienes?...

—Nada. Un desfallecimiento... ¡Ya pasó!

EL CANTOR DE LA MISERIA

En la traza, uno de tantos juglares callejeros, truhanes desvergonzados; era el poeta avasallador de la multitud, de la multitud miserable, sufriendora de todos los dolores, sin sentido del propio sufrimiento.

Desde el amanecer errante por la ciudad, atravesaba las calles principales, donde la nobleza, el poderío, el tráfico mostraban insolentes, sin pararse a cantar una vez sola; pero al pasar lento, contemplador melancólico del expansivo bullicio, recogía en el alma indignación y tristeza.

En las apartadas del centro, de tenebrosas viviendas amontonadas, respiraderos pestilentes de sus moradores miserables, cantaba el juglar, rodeado de pobre gente, ignorante, haraposa, hambrienta; cantaba con ira santa de profeta unas veces; otras abatido, desconsolado; Cristo humano sin divinidad de Redentor; otras veces estrofas sin sentido, pero resplandecientes de armonía, letanías de amor que penetraban el alma como un aroma de todos los amores y en cuantos le escuchaban, rodeándole apretados, devoradores de las palabras; los rostros cerrados con dura expresión de triste ignorancia, se esclarecían como iluminados de súbito por interior aurora y para siempre, ungidos por la divina poesía, quedaban grabadas en su frente las santas palabras... justicia, piedad, esperanza...

Jamás cantó de otros amores el poeta cantor de la Miseria, como le llamaban todos.

Dama Miseria era su dama, y nunca tuvo más fiel adorador.

La hija del Rey era muy aficionada de la poesía, y aunque

la ventana, a ver si con el fresco de la noche me alivió.

Anita obedeció.

En un florero que había sobre la tabla de mármol de la chimenea dejó la rosa cogida en el prado.

¡La rosa allí!

Y como atraído, Juan iba acercándose a ella, tendiendo las manos, como si la flor fuera un arma que hacia él se dirigiese amenazadora. Retrocedió antes de tocarla; dejóse caer a plomo en una silla, y vio la rosa transformarse en una silueta negra que iba agrandándose, agrandándose, mien-

trien poetas cortesanos halagaban de continuo su vanidad de hermosa y de princesa, deseaba escuchar al poeta callejero de libre espíritu, al que satirizaba las amenazas con ruinas y muerte a los poderosos, al que no se humillaba a la hermosura, ni al poder, ni a la riqueza, al enamorado cantor de la Miseria.

Le oyó por fin, y lloró al oírle; y estaba tan hermosa llorando tristemente tristezas que nunca había sentido, que el poeta cantor de la Miseria, por vez primera, cantó la hermosura de una mujer. Afirmaba la Princesa que poeta alguno le había emocionado tan dulcemente, y afirmaba el poeta que nadie como la hermosa Princesa había comprendido sus canciones.

—Mal hice en escuchar a tanto poeta cortesano. ¿Qué podían decirme sino mentiras lisonjeras?... Desde hoy tú serás mi poeta preferido.

—Mal hice en cantar mis canciones a los miserables. ¡No es mejor conmover piadosamente a los poderosos, que despertar amenazadores a los humildes! Desde hoy sólo cantaré para vos.

Y de este modo quedó el poeta al servicio de la hija del Rey. Con sus colores y bordadas las armas reales al pecho, sobre el corazón, le veían cabalgar al estribo de la carroza regia; los miserables habían perdido a su poeta para siempre, y desde entonces, si algún nuevo juglar venía a decirles: "Oídme, yo soy otro cantor de la Miseria", pasaban de largo, desconfiados, tristes, incrédulos...

—¡Bah! cantor de la Miseria hasta que las princesas quieran oírte...

Jacinto BENAVENTE

hierro; una situación horrible.

—¡Juan! —se oyó una voz dulce; la de Anita.

Y Juan no pudo responder, no pudo moverse; sentía un miedo que le erizaba el cabello, que ponía perláticas sus manos y tembloroso todo el cuerpo: una crisis sin nombre no registrada en ninguna terapéutica.

Con ojos extraviados miró hacia la entornada puerta: detrás de ésta se encontraba su mujer, la mujer de sus amores.

Arrastrándose, llevado de no sé qué espíritu de arrepentimiento, Juan, en vez de acudir al dulce llamamiento de su esposa, llegó hasta la puerta de salida, y como Dios le dió a entender, tambaleándose como un ebrio, salió de su casa, abandonó el nido por él fabricado para sus amores, y las sombras de la noche le robaron para siempre del pueblo.

Para siempre; porque hace más de cuarenta años que en el pueblo se murmura que el diablo, envidioso de la felicidad que en la tierra esperaba a Juan, habíale arrebatado de brazos de su esposa la noche de nupcias...

La isla de Monte Cristo

Desde Roma anuncian la venta de la isla de Monte Cristo. Según se dice, ha sido comprada por una compañía de "films" cinematográficos, que la utilizará como "escenariario" para la composición de sus "cintas" empezando probablemente por una adaptación de la famosa novela de Alejandro Dumas.

Dumas conoció el islote, que después había de hacer tan célebre, estando en Florencia, en 1840, como huésped de Jerónimo Napoleón. Haciendo un "crucero" con el rey el yate real pasó junto a la isla, cuyo aspecto bravo y salvaje sedujo al novelista insigne, que preguntó cómo se llamaba. El extraño nombre de Monte Cristo le impresionó vivamente, y... poco después apareció "El conde de Monte Cristo".

Casamiento a prueba

El casamiento a prueba, que los yanquis proclaman como su más notable invento social, es mucho más viejo que la confederación norteamericana. Desde tiempos remotos los indígenas peruanos tienen instituido el año de prueba que antecede al matrimonio. Si la experiencia no da buen resultado, se procede a la separación, sin perjuicio para el hombre o para la mujer. Esta singular costumbre, resulta un eficaz remedio contra los divorcios, y a ella se debe el gran porcentaje de matrimonios felices entre los miembros de la raza autóctona del Perú.

—Una carta, señor...

Andrés Chartay, que acababa de vestirse para salir a cenar, recibió de manos de su criado un vulgar sobre gris donde su nombre y su dirección estaban escritos a máquina. Lo abrió, y leyó estas líneas también escritas a máquina:

"Un amigo sincero cree cumplir con su deber informándole que Genoveva Allorge es la amada de Javier Lefuste, o se dispone a serlo. Ella primero engañó a su esposo con usted. Como el esposo no la amaba, era lógico que así sucediese. Pero lo que ahora sucede no es tan lógico, puesto que usted la ama."

La carta entre los dedos, Andrés permaneció un instante inmóvil, aterrado. ¿Qué significaba aquella advertencia? ¿Genoveva amaba a otro hombre?... No. No era posible. Sin embargo...

La carta mentía en lo que se refería a él. Andrés Chartay no era el amado de Genoveva; ni siquiera se había atrevido a hacerle la corte, no obstante amarla desde el día en que la viese por primera vez, ocho años antes, cuando Genoveva era la flamante esposa de Gregorio Allorge.

—"Gregorio es mi amigo, mi camarada de la infancia —se había dicho Andrés—. No debo traicionarlo...". Tenía, a pesar de todo, la seguridad de que la fina y deliciosa Genoveva no podía amar al brusco y rudo Gregorio Allorge... Pero había callado, convirtiéndose en el amigo íntimo del matrimonio, sin que ninguna mirada, ninguna palabra traicionase jamás su amor por la joven mujer, su creciente amor lleno de melancolía y de respeto.

Genoveva era para él la imagen viva de la gracia y de la virtud. La amistad que ella le profesaba, su encantadora confianza le resarcían de sus silenciosos sufrimientos...

¿Y sería ella, Genoveva, quien, según la carta infame..., mantendría relaciones con Javier Lefuste, ese bellaco, ese caballero de industria, ese hombre pagado de sí mismo que halagaba su propia vanidad yendo de amor en amor, de aventura en aventura... ¿Ella... Genoveva?... No. Era absurdo...

Pero cuanto más se obstinaba en rechazar la abominable idea, tanto más ésta se imponía a su mente. Andrés Chartay creía descubrir ahora mil indicios que hasta entonces no le llamaran la atención. Y se sentía torturado por una áspera necesidad de saber. Esa noche, precisamente, estaba invitado a cenar en casa de los esposos Allorge. Javier Lefuste era otro de los invitados... Andrés podía, pues, observar el comportamiento de los presuntos amados...

Dobó la carta, la guardó en el bolsillo de su "smoking", se miró al espejo. Su cara de delicadas facciones estaba aún pálida de emoción... Andrés hizo un gran esfuerzo para recuperar su calma. El criado le entregó el sobretodo y el sombrero. Andrés salió.

Regresó a su casa a las dos de la mañana. Se acostó, pero no pudo dormir. Se sentía dominado por una dolorosa desolación, por una amarga cólera. La carta no había

LA CARTA ANONIMA

Por Frederic Boutet

mentido. Andrés acababa de sorprender entre Genoveva y Javier síntomas que evidenciaban algo más que un simple flirt sin consecuencias. Poco antes de terminarse la velada, acercándose a ellos sin ser advertido, había escuchado estas palabras dichas por Genoveva: "Sí; pasado mañana, a las tres..."

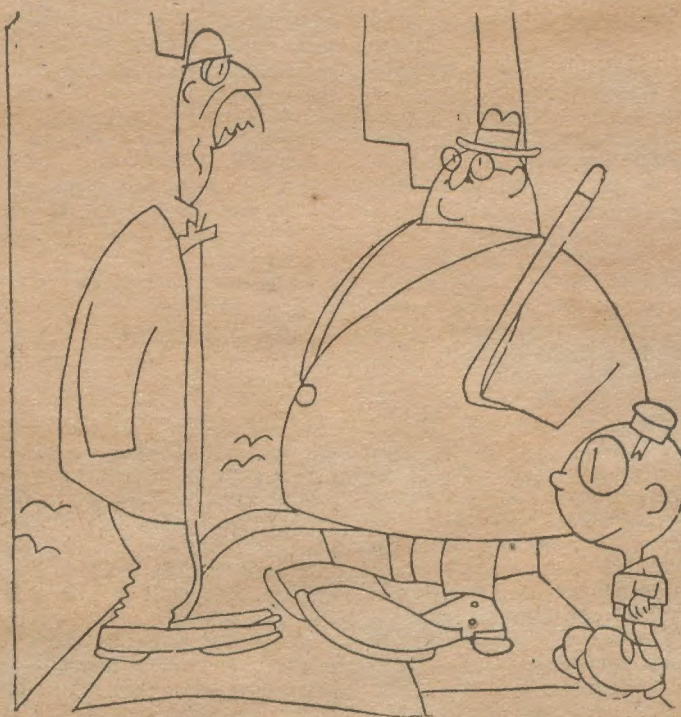
Una cita. Genoveva aceptaba una cita de ese imbécil. Andrés se sentía sofocado por los celos... Se había despedido de Genoveva con una frialdad de la que ella no pareció percatarse. Y salió a la calle con el corazón desgarrado de pena.

Un pensamiento se precisaba ahora en su espíritu. Andrés quería medir la magnitud de su desdicha. De su desdicha, sí... Genoveva no le pertenecía, pero tampoco debía pertenecer a otro hombre. Y

Luxemburgo. La joven descendió del vehículo, pagó, penetró en los jardines. Andrés, desde el taxi que acababa de detenerse a algunos metros de la puerta, siguió con la vista a través de la reja la elegante silueta de Genoveva que se internaba por entre los árboles... La vio acercarse a Javier Lefuste, con quien tomó asiento en un banco...

Su conversación duró un cuarto de hora. Andrés los observaba desde lejos. "No es como yo la suponía... ¡Es igual que las otras!... Tan despreciable como las demás!... —se repetía trémulo, el enamorado Chartay.

Por fin, Genoveva se incorporó y se despidió de Lefuste. Mientras éste se alejaba en otra dirección, ella marchaba hacia la puerta de ingreso.



—¡Caramba, don Eustaquio, qué manera tiene usted de engordar!... Como que en dos meses se me han quedado chicos los pañuelos de las narices...

para evitar lo último, él la seguiría, la espiaría...

Dos días después se propuso poner en práctica su pensamiento. Vistió un sobretodo distinto al que acostumbraba usar, calzó un sombrero nuevo y se colocó un par de lentes de carey ligeramente ahumados. No se sentía ridículo, a pesar de la puerilidad de su disfraz. Necesitaba saber, comprobar. Eso era lo único que le interesaba.

Oculto en el interior de un taxi, esperó cerca de la casa de Genoveva. Pocos minutos antes de las tres la vio aparecer. Genoveva comenzó a marchar sin prisa y detuvo un vehículo en la primera esquina.

—Siga ese "auto" —ordenó Andrés a su chofer, cuyo celo había acicateado con la promesa de una fuerte propina.

El coche de Genoveva ganó el

En la acera, Andrés se le acercó. Al principio se había propuesto no abordarla; pero ahora, viéndola a pocos pasos de él, no pudo dominar su impaciencia.

—¿Usted, Andrés? —dijo ella sin manifestarse mayormente sorprendida—. ¡Qué original queda con ese sobretodo y esos anteojos!

—No se burle usted de mí —murmuró Andrés, quitándose bruscamente los anteojos—. Desearía hablar dos minutos con usted...

—Con mucho gusto... Pero, ¿a qué se debe que le encuentre a usted, precisamente en el Luxemburgo?

—Cierto, cierto... Usted pensaba encontrar únicamente al señor Lefuste.

Genoveva tuvo un gesto de contrariedad:

—¡Ah! ¿Con que me ha seguido

usted?... ¿Quién le ha conferido tal derecho, mi estimado Chartay?

Andrés se sobrepuso a su impaciencia:

—Tenga usted la bondad de subir a mi coche... Es necesario que conversemos...

Cuando el vehículo hubo iniciado su marcha, Andrés comenzó:

—Genoveva: le ruego, le suplico que reflexione antes de cometer un acto irreparable... Le digo esto porque no creo que sea usted ya la amada de Javier Lefuste... ¡Yo la había colocado tan alto, Genoveva, la admiraba tanto...!

Genoveva se encogió de hombros:

—Mi querido amigo: yo no soy una mujer admirable; soy una mujer... Me casé, hace ocho años, con un hombre a quien jamás quise, con un hombre que me engañó cuantas veces se lo propuso y pudo. Y ahora creo que tengo derecho, antes de envejecer, al amor y a la vida... He esperado demasiado...

—¿Y elige usted a Lefuste, a un hombre por completo indigno de usted?...

—Su pregunta me coloca en el trance de responder una vulgaridad: el amor es ciego...

—¡Genoveva!... Sería horrible... ¿No comprende usted?... ¿No comprende usted que sufro?... ¿No comprende que yo también la amo?... Sí; desde el primer día... ¡Oh, no, yo no quería decirselo, Genoveva!... Era usted la esposa de mi mejor amigo... Y por ello la respetaba... Pero ahora otro hombre se interpone...

La hermosa mujer tomó entre las suyas las manos de Andrés, lo miró en los ojos y murmuró:

—¿Otro hombre?... ¿Cree usted que hay en verdad algo entre ese petimetre y yo?... ¡Vamos! usted no puede pensar eso, Andrés... Esta cita es la primera que le concedo... y será también la última... Bien que lo sé.

—No entiendo...

—Sí, Andrés. Será la última, porque veo que usted me ama cuanto yo le amo desde hace mucho, muchísimo tiempo... He esperado que usted hablase. Usted no se atrevió a hablar. Si yo hubiese estado completamente segura de sus sentimientos, no habría tenido reparos en ser la primera en hablar... Esa situación se prolongó por espacio de muchos años... Desesperada, quise valirme de una pequeña estratagema para solucionarla... Y entonces le mandé una carta anónima... Sí, fui yo... He guardado copia de esa carta... Aquí está... Mírela usted... ¿Comprende, comprende ahora?... Quise despertar sus celos, para obligarlo a hablar... Y por ello le dí a Lefuste esta cita: para que usted viniese y me dijese que me amaba, Andrés...

—¡Genoveva!...

Andrés se llevó a los labios las manos de su amada. Genoveva sonrió. Cuando Andrés creyó que ella amaba a otro hombre, la había juzgado con dureza, considerándola indigna, despreciable... Ahora que estaba seguro de ser él el hombre amado por Genoveva, le rendía el fervoroso tributo de su admiración, se inclinaba devotamente ante ella.

(Para FRAY MOCHO).

—Jaque a la reina... — dice Galindo con sorna haciendo saltar peligrosamente un caballo blanco.

Capel, el ingenuo y jocundo Capel, andaluz cerrado, castizo y efusivo, una de las columnas de nuestro cenáculo, alza sus ojillos de miope hacia su interlocutor.

—¿Y qué? —rezonga—. Te creerás tú que me asustas... Yo también te doy jaque con mi alfil...

—¡Ah!, con tu alfil... ¡Con que con tu alfil! ¡Fíjate bien!...

Capel, un tanto escamado por el tonillo de triunfo y amenaza que emplea Galindo, duda un momento, reflexiona, se rasca la frente...

—¡Termina ya, caramba! —apremia su contrincante.

Capel que juega mejor que Galindo, se aturulla, rectifica, se deja comer una torre y acaba por amoscarse.

A mi lado Margot y Lucette inclinan interesadas sus guedejas rubias sobre el álbum de Juqueno, que traza hábilmente la obesa silueta del pianista.

—¿Te has fijado? Hasta le ha puesto los puños que se le salen y las gotas de sudor...

Y las dos sueltan la risa, divertidas.

Pero Margot que, aunque irónica, es de un temperamento melancólico se pone pronto seria y apoya su cabecita ligera sobre mi hombro.

—¡Oh!, siempre fumando la pipa, *cheri* —me reprocha—. Luego te huele la boca a tabaco fuerte...

—A propósito, si fumáramos... —insinúa Lucette.

Juqueno no tiene cigarrillos rubios, yo tampoco. La muchacha se torna hacia los ajedrecistas que, más encarnizados que nunca, se insultan sin hacerle caso.

—¡Tú juegas peor que un tra-

pero!

—¿Yo?... ¡Malahora! ¡Malange!... ¡Anda y que te zurzan!...

Entonces Lucette recurre heroicamente a Durán y Gabiόlez, que desde hace quince días discuten sobre la superioridad del verso o de los negocios.

—¡Sí, señor! Aquel asunto de conejos en la Turena...

—Deje usted los conejos en paz y deme las "Gitanas" —clama nuestra amiga.

Durán posa sobre el mármol su estuche rojo mientras que Gabiόlez refuta:

—Pues yo le digo a usted que aquella estrofa famosa de Espronceda que dice...

Su voz se pierde entre las carcajadas que provoca el pianista que ha terminado por lanzar al techo sus puños postizos en el curso de una rapsodia vertiginosa.

Margot ha dado dos o tres chupadas al cigarrillo, poniendo su encantadora boquita roja como un piñón. Luego, mirándose, con un mohín suplicante, de niña consentida, me dice:

—Vámonos... Me aburro aquí.

—Pero, nena, no son ni las doce y yo quisiera ver a Velarde... No sé qué le pasará...

—¡Oh, está muy triste estos días... —murmura Lucette, quedándose pensativa.

El café a esta hora rebosa de gente. Los camareros, ágiles, sortean con las bandejas desbordantes de cristal, en alto, los islotes vivientes. Un run-run hecho de to-

Escenas parisienses

Velarde y la Quimera

dos los acentos de la tierra, palpitante en crescendo, malogrando los esfuerzos loables del heroico pianista. La luz desde los lustros del techo lucha con el humo que sube de todas las bocas. Todo el mundo fuma religiosamente ante su café-crema de cada noche como en un rito sagrado y ancestral. Entre las volutas azules se descubre de trecho en trecho una barba apostólica o un chambergo arbitrario de mosquetero a la vera de un rostro maquillado de muñeca o de unos quevedos enormes de carey. Piernas cruzadas mostrando una corva que estalla bajo la seda, manos que flotan dogmáticas en alto, sonrisas fugaces, escorzos en abandono, cabezas muy juntitas que se abstraen en una mirada, manos que se estrechan, discretas, bajo el mármol de las mesas y hasta allá, en un rincón lejano, dos bocas impúdicas que gustan la malidita ambrosía del amor.

—¡Ya está ahí! —dice Margot, contenta.— Nos podremos ir.

Velarde entra, en efecto, enfundado en su inseparable impermeable verde. Llega cabizbajo y, saludando distraído, se sienta frente a mí, al lado de Lucette, sin pellizcarla siquiera. Esto denota en él una honda preocupación.

—¿Qué va usted a tomar? —pregunta el mozo, familiar, limpiando el mármol maquinalmente. Velarde lo mira tristemente.

Luego murmura filosófico:

—Una determinación...

—¿Una determinación?... —repite el mozo extrañado.

—Sí... La determinación de no tomar nada.

—Un café-crema —intervengo yo, adivinando la absoluta penuria de mi amigo.

—Mi pobre Velarde—digo apretándole la diestra—. ¿Es por... eso, por lo que estás así?

Velarde mueve la cabeza denegando y con un gesto indica que él se encuentra muy por encima de esas pequeñeces.

—¿Entonces?

—¡Bah! No tengo un céntimo, es verdad, pero...

—... estás triste —termino yo.

—Y ¿por qué?

—No sé... Todo se reúne.

Y se calla. Yo adivino en él, tan decididamente siempre, una angustia que le anuda la garganta.

—Lucette, anda, sé gentil, consuela al pobrecito Velarde...

—¿Yo? —responde ella despechada—. ¡No me ha mirado siquiera al entrar!

—Es verdad, perdón... —dice Velarde humilde. Luego bebe de un trago su brebaje y murmura:

—Este ruido y estas luces me hacen daño... ¡Imbéciles!...

—Vamos... —dice Margot—. Fuera nos contará...

Los tres nos levantamos y despidiéndonos, salimos. Lucette nos va reguido en silencio.

La noche otoñal parpadea allá arriba de estrellas. Una brisilla le-

ve nos trae ecos lejanos envueltos en un aroma a tillos y hojas muertas. Sin despegar los labios hemos llegado por las calles solitarias hasta un jardincillo acogedor y nos hemos sentado en un banco bajo una acacia que nos brinda el cobijo de un boquete de sombra.

—Mi pobre Velarde... cuenta. Hace días que te veo triste... algo se trama, en tu corazón. ¿Otro nuevo desengaño amoroso?

Porque Velarde tiene la desgracia de cosecharlos a cada paso. Sus progenitores le dieron con una nariz enorme y risible que apaga la dulce belleza de sus ojos, un corazón sensible e inflamable y un alma de poeta. Y nuestra enemiga, la mujer, que tan hábilmente ha sabido desembarazarse hoy de ese músculo noble pero fastidioso que llevamos en el pecho, no sabe descubrir en mi infeliz amigo sino lo grotesco, la jiba de Polichinela que, en él, es ese malhadado apéndice nasal que incita a la risa y al donaire. La tragedia de Cyrano de Bergerac... Velarde que es un sensitivo, un tímido, se repliega en sí mismo, guarda como un tesoro inapreciable su sed, sus anhelos incomprensidos y los disimula con un cinismo sarcástico lleno de causticidad y desenfado. Quiere, en suma, ser "un bárbaro"...

Y cuando algún fracaso sentimental asaetea su corazón, como Arlequín, hace una pirueta y agita todos sus cascabeles. Pero yo, su amigo íntimo, sé que entonces, una flor de amargura brota allá en su pecho y se convierte casi siempre en un verso impregnado de una desgarradora y acerba melancolía.

—¿Un desengaño? —dice suspirando—. ¡Bah! eso no hace ya mella en mí. Cada mañana me miro al espejo para inmunizarme. No, no es otro desengaño de esos que



ATRAIDAS POR LA FAMA DE LAS

Pildoritas REUTER

millares de personas han encontrado en ellas la regularización de sus funciones intestinales, evitándose así los grandes e innumerables trastornos que el estreñimiento produce.

1 ó 2 Pildoritas Reuter por noche
bastan para reeducar el intestino.

EN CUALQUIER FARMACIA

Dep. Gles.: ILLA & Cía. - Maipú, 73 - Buenos Aires

hieren nuestro amor propio. Es... os váis a reír de mí... una ilusión que había tomado en vilo mi corazón y lo había mecido hasta hacerle olvidar todos sus dolores mudos llenándolo de una secreta esperanza... ¿Te acuerdas de aquellas de aquella carta que recibí de una desconocida? Aun la llevo en el bolsillo... Mirala, arrugada de tanto manosearla... ¡La he leído tantas veces!...

Velarde saca de su pecho un sobre azulado y coqueto y de él un pleguezuelo que yo sé jalonado de una escritura franca, fácil y decidida en su feminidad. ¿Qué importa la obscuridad que nos rodea? Velarde se sabe de memoria cada una de las frases simples y llenas de sinceridad que componen la misiva.

—“Acabo de leer su poesía “Mis sueños rotos” y me ha gustado tanto, que no puedo resistir a la tentación de escribirle, aunque solo sea para...” (Un tranvía inoportuno pasa apagando la voz de nuestro amigo). “desde que leí su primera colaboración se despertó en mí una gran simpatía que ha ido creciendo a cada nuevo escrito suyo que he leído. Veo en sus páginas tanta tristeza! Por eso, porque lo sé desgraciado es por lo que me atrevo a decirle...” (La voz de Velarde se pierde ahora entre el ruido intempestivo de un motor). “... Y ahora, adiós. Ya sabe que, muy lejos de París, una mujer lee todas las semanas algo suyo, guarda sus poesías y lo recuerda sin haberlo conocido nunca. Deseando que esta carta sea un minuto de alegría en sus horas, que imagino interminables, le tiende la mano afectuosamente, Mariana Elizondo.”

Velarde, suspirando, ha callado. En lo alto, por entre las ramas de la acacia, un lucero parece asomarse guiñándonos burlón. Una parejita cruza, casi incrustada, en busca de un rincón propicio en que rimar un encendido epitalamio.

—El amor... —pronuncia, silbina, Margot.

—¿El amor?... —repite, como un eco, Velarde.— ¡Algo más grande, más puro que el amor! Mariana Elizondo... ¿joven o vieja? ¿Guapa o fea? ¿Qué me importa! Es un alma de mujer que viene a mí con su lámpara votiva encendida... Yo, el fresco, el guasón, el bárbaro, que me río de todos y de mí mismo, he puesto secretamente en cada uno de mis versos una desgarradura de mi corazón, lo mejor de mí, lo oculto, lo inapreciable... ¡Y ha habido un ser desconocido que ha sabido emocionarse y adivinar mi tragedia. ¡Ah! Mujer buena, mujer piadosa, cómo los latidos de mi pecho vuelan, cantando su gratitud, hacia tí!

—Sí que es dulce —murmuro yo, interpretando nuestra emoción —beber el agua clara que nos brinda la Samaritana... Pero, entonces, tu tristeza...

—¡Mi tristeza!... Figúrate la loca esperanza que había estallado por todas mis venas. ¿El amor? ¡Yo qué sé! ¡Un alma hermana que vibraba, simpática, con la mía a través de la distancia... Un alma sensible, dulce, tierna, que sabría consolarme con el bálsamo de sus palabras...

—¿Desde tan lejos!... —interrumpe de nuevo Margot.

—Desde tan lejos, sí —afirma Velarde. Y añade, amargo: —¡Así no podría verme las narices!...

Así no podría conocer más que al pobre poeta, al Velarde íntimo y solitario sin que el desencanto viniera a empañar su ilusión, sin que yo pudiera sentir el miedo angustioso de llegar a descubrir un punto irónico en el fondo de sus ojos... Y yo, descuidado y perezoso como soy, había comprado un papel ¡oh! regio, podéis creerme, y sobre él extendí lo mejor que pude mi gratitud y, discretamente, mi secreta ansia de poseer su amistad...

—¿Y...? —aventuro yo, sin atreverme a ir más lejos.

—¡Nada!... ¡Dos meses, tres de espera y nada! ¿Se habrá per-

dido mi carta? ¿Me habrá encontrado ridículo? El andamiaje de mi ilusión se ha ido viniendo abajo poco a poco y hoy me agobia con su peso... ¡Pobre de mí que siempre grito en el desierto!

Su voz se ha roto, dejándonos una rara emoción que cosquillea en nuestras gargantas. ¡Pobre amigo mío! ¿Qué voy a decirle? Sólo conseguiría consolarle la ternura comprensiva y piadosa de una mujer. ¡Una mujer!... ¿Dónde... dónde encontrarías hoy eso? Sufre, pobre Velarde, sufre puesto que en tu alma anida la serpiente de la ansiedad, esa sed eterna que nunca será saciada...

CARNAVAL

¡Como si no hicieras nada!
Que toda tu risa es poca
para que se abra en mi boca
la flor de una carcajada.

Cuanto más te ríes, más
mi tristeza se agiganta...
Vete de mi puerta, canta
sólo para los demás.

Domingo

Si anoche
hicimos una cadena
de papel, de coche a coche,
y si en el baile y la cena
estuve sentimental,
y te hice un poco el amor,
obligado en Carnaval,
no me acuses de traidor,
que a vínculos de papel
y a palabras de careta,
juramentos de poeta
y ruido de cascabel!

Lunes

Porque anoche, noche de Carnaval,
jugando con un pomo te mojé
y te pude hacer mal...
perdóname.

Por dirigir con toda alevosía
el chorrillo sutil sobre tu cuello
y viendo que temblabas, me reía;
porque empapé con agua tu cabello,
y la cándida blusa y el vestido,
jugando locamente, te manché,
la linda blusa que tú te has cosido;
porque de todo estoy arrepentido...
perdóname.

Martes

¡Te has divertido en estos carnavales!
yo te miraba desde mi balcón,
y eras mis ojos como dos puñales
vibrando cerca de tu corazón.
Sonaban en el corso cristálinas
tus carcajadas, bajo el cosquilleo
de las locas serpentinatas;
aceptaste después un galanteo,
y yo, crispado, desde mis balcones,
si pasaba tu coche, me reía
igual que los payasos y los clones;
me temblaban los labios y decía:
—¡Maldito sea, amén, el Carnaval,
y que las respentinas en su vuelo,
corten como si fueran de cristal,
silben como culebras en tu pelo,
te aprieten las muñecas como esposas,
y en torno de tu talle, haz de lirios,
hagan brotar las encendidas rosas
de las maceraciones y martirios!

Caiga sobre tu carne de deleite,
el hilo perfumado de ese pomo,
como un reguero de abrasado aceite,
como si fuera derretido plomo.

¡Te has divertido en estos carnavales!
Yo te miraba desde mi balcón,
y eran mis ojos como dos puñales
vibrando cerca de tu corazón.

B. Fernández Moreno.

¿CUAL ES EL AHORRO MAS VENTAJOSO?

Los tiempos difíciles porque pasamos, hacen que esta pregunta sea de actualidad. Todo lo que contribuya al aprovechamiento en materia de indumentaria resultará de un alto principio económico gastando en artículos de calidad que cooperen a este fin. Las manchas de sudor que estropean todos los vestidos puede Ud. evitarlas con el uso del Polvo Vasenol Anti-Sudoral que es el remedio más eficaz. Este Polvo limita el sudor, refresca agradablemente, y hace que la conservación de un vestido sea tarea fácil y económica.

Durante el verano, su uso es imprescindible tanto para las señoras como para caballeros. Venta en farmacias, droguerías y perfumerías.

De pronto, junto a mí, adivino más que siento, un sollozo contenido, una congoja hecha suspiros, diluida en lágrimas. Es Lucette, la reidora Lucette de hace un rato, que en silencio se bebe el llanto sacudida por una honda pena súbita e incomprensible.

—¡Oh, Lucette...! ¿Por qué lloras nenita? —dice Margot atrayendo maternalmente a su amiga y secándole las lágrimas. —¡Ah, es verdad! —Y acercándose a mi oído: —¿Sabes?... Hace tiempo que lo quiere sin decir nada... ¿Verdad, chérie? No llores, no llores, eh, si él también...

Lucette, abatida la cabeza sobre el pecho de Margot, redobla en su llanto y deniega haciendo danzar ante sus ojos los bucles dorados de su pelo.

Yo me he quedado pensativo. ¿Cómo me engañaba! Esta muchacha frívola, cascabelera, despreocupada, que, tras el trabajo embrutecedor de todo un día ante su máquina de escribir, venía a desentumecer su espíritu junto a nosotros alegrando nuestra vida bohemia con la fragancia de su juventud, esta muchacha que a pesar de sus veinte años conocía la vida y que sin esquivar la aventura rehufaba toda complicación sentimental era capaz de ser mujer...

—Velarde, Velarde... ¿Ves?... ¿Oyes?... Oh, trata de olvidar... Sí, sí, ya sé que la Quimera se adueñó de tu alma, que te deslumbró la Ilusión... Pero, cierra los ojos, ven... ¿No oyes a Lucette? Llorar por tí... Anda, consuéla, que ella te consuele y olvida, olvida y mata la Quimera...

Margot y yo los hemos unido en un abrazo y hasta hemos hecho que se besen como dos chiquillos que se reconcilian juiciosamente ante sus papás. Ella, confusa, no se atreve a mirarlo.

Su pecho exhala aún los últimos suspiros de su congoja y su naricilla, deliciosamente respingada, brilla húmeda de lágrimas. El, conmovido, le acaricia las crenchas rebeldes tímidamente, sin poder articular una palabra.

Margot y yo, comprendiendo que estorbamos nos hundimos en la noche, cogidos de la mano, dejándolos rimar su epitalamio en la soledad del jardín.

Arriba el lucero curioso y burlón, abre un ojo redondo y extrañado.

¿Lograrán matar la Quimera?

J. Quesada Nofuentes.

—Señor—dijo la doncella—, la sala de espera está llena.

El doctor Raúl Estiboudois, joven y guapo mozo, especialista en enfermedades del corazón, se frotó las manos. Era el primer día que abría su consulta en Camarouche, en donde acababa de establecerse.

—¿Y hay tanta gente?

—Como que no tardarán en hacer cola en la calle.

—¡Magnífico!

Raúl estaba asombrado. ¿Cómo había tantos cardíacos en aquel país, que no tenía que temer ni inundación, ni erupción volcánica, y en donde la gente, según le habían dicho, llevaba una vida tranquila y sobria, lejos de la agitación de las grandes ciudades?

—¡Vaya una cosa extraña! Voy a estudiarla atentamente... Un caso de carditis generalizada en toda una ciudad... ¡Qué admirable asunto para un informe para la Academia de Medicina!

Pasó a su gabinete. Un matrimonio entró en seguida. El hombre era pequeño, rechoncho, de color dorado como una calabaza; la mujer, alta, huesuda y acaballada.

—Doctor—dijo—, ¿quiere usted examinar primero a mi marido?... Tiene, creo, ahogos.

El joven médico auscultó a su cliente.

—Señora, tranquilícese usted. Su marido no tiene nada grave... A lo sumo convendría tomar algunas precauciones...

—Y ahora doctor, dijo el hombre—, tenga la bondad de examinar igualmente a mi mujer.

Raúl auscultó. El corazón de la cliente latía con la sana regularidad de un cronómetro.

—Este corazón—dijo— no tiene necesidad de mis cuidados.

De repente, mientras se vestía, preguntó la señora:

—¿Y qué le parece a usted nuestra ciudad, doctor?

—Muy agradable, señora.

—Verá qué contento está en ella.

Y guiñando un ojo, prosiguió:

—Y aquí vivirá usted feliz.

Salieron, y entró un nuevo matrimonio. Esta vez el hombre era seco y grisáceo como un tronco de árbol muerto, y la mujer parecía un almohadón atado por enmedio. La escena fué idéntica a la anterior. Raúl Estiboudois tuvo que auscultar primero al marido y luego a la esposa. Tuvo la convicción de que aquella gente se había equivocado yendo a su gabinete. Tal vez padecían del hígado, de los riñones, del intestino; pero en ellos el funcionamiento del corazón era normal. La más noble de las visceras no daba motivo para estudio.

Hasta la noche el doctor vió desfilar, dos a dos, una buena parte de los matrimonios acomodados de Camarouche.

Al terminar la consulta estaba confundido. En las cincuenta per-

Complicaciones cardíacas

Por Paul Reboux

sonas reconocidas no había encontrado una sola lesión cardíaca. Un poco de grasa en unos, algunas palpitaciones en otros; pero, en general, pericardios y endocardios fuertes como armaduras de la Edad Media, aurículas y ventrículos que obedecían sin protestas al ritmo de la vida.

Y lo más misterioso todavía era que parecía que todas aquellas personas se habían puesto de acuerdo. Los maridos se callaban; pero las

—Doctor—dijo la señora con voz angustiada—, le traemos a usted a nuestra pequeña; su salud nos inquieta... Tiene vértigos, palpitaciones...; si usted hace el favor de...

—Vamos a ver—dijo Raúl con bondadosa solicitud.

Sonreía mientras auscultaba el pecho de la joven. ¡Ah, excelente corazoncito, hecho para vivir cien años! Sin duda estaba en el momento un poco impresionado; pero



LA SEÑORA. — ¿Usted no ha querido nunca, José?
EL CRIADO. — Solamente cuando me lo han ordenado.

mujeres eran más locuaces. Se apresuraban por ser amables, sonreían o hacían esfuerzos por sonreír, con esa sonrisa parecida a las ventanas de esos salones de provincias que no se abren sino en las grandes ocasiones.

Casi eran las mismas preguntas las que ellas dirigían al doctor: "¿Está usted contento aquí?... ¡Qué bonita especialidad tiene usted!... ¡Cuidar los corazones es admirable!..."

Todo aquello era muy raro; pero Raúl rechazó toda preocupación.

—Después de todo—pensó—, es una hermosa clientela, y como no están enfermos, será más fácil cuidarlos.

Durante muchos días la antecala de Estiboudois se vió llena; luego la clientela disminuyó.

Una tarde Raúl vió entrar en su gabinete, entre un señor y una señora, a quienes ya había visto, una joven muy agradable.

¿cómo no estarlo cuando una cabeza de pelo castaño y rizado de un guapo mozo pregunta tan de cerca?

—Tranquilícese usted, señora; su hijita no tiene nada, absolutamente nada... A lo sumo, convendría fortalecerla.

—¡Por favor, doctor, indíquenos usted un tratamiento!

Estiboudois reflexionó un instante:

—Con toda franqueza... creo que el mejor tratamiento sería el matrimonio.

La joven enrojeció hasta las orejas, en tanto que la madre decía:

—¡Casarla! eso sería fácil; tiene una bonita dote..., y añadiré, esperanzas. Pensaremos en ello.

Y, volviéndose hacia Estiboudois, continuó:

—¡Doctor, usted nos salva! Temíamos tanto por la vida de esta

querida monina... ¿Cómo agradecerle a usted?... ¡Ah, si usted quisiera hacernos el favor de venir a una pequeña fiesta que tendremos en casa el martes próximo por la noche, fiesta muy sencilla, nos procuraría usted un gran placer!

Estiboudois no se atrevió a rechazar la invitación. Aceptó. Al día siguiente Estiboudois había ya examinado diez jovencitas rubias, ocho morenas y dos rojas, aconsejando a todas el casamiento y aceptado de sus padres invitaciones para bábiles, partidas de tenis, excursiones al campo, excursiones en automóvil.

Por la noche muy contento, recapacitaba lo hecho en el día:

—Son verdaderamente amables en este país. He caído bien. Tendría que ir lejos para hallar una bonita clientela como ésta, personas afables, jovencitas encantadoras.

De pronto le asaltó una idea que le produjo espanto. Todas aquellas invitaciones eran para atraparle, para inducirlo al casamiento. El infeliz comprendía su imprudencia demasiado tarde. Si, después de haber aceptado, se evadía de una de aquellas invitaciones, lo considerarían mal educado... Si acudía a ella, provocaría la enemistad del resto de su clientela... Pero lo peor no era eso. Había observado cómo todas aquellas jovencitas lo miraban con ternura a él, el especialista de afecciones cardíacas; si las desdénaba, si les causaba decepciones y penas, sería capaz de darles verdaderas enfermedades del corazón. Le sería preciso curarlas. ¡Difícil situación para un médico que empieza y que carece de un poco de experiencia!

No se atrevía ya a salir de su casa sino al amanecer, y tan pronto como ponía los pies en la calle le parecía oír como en una auscultación, todos aquellos corazones inocentes, que lo culpaban de hacerles padecer... Era como esos toques de muertos que el día de los Santos penetran en nuestros oídos.

¿Había un medio de salvación? ¿Tal vez casarse? Pero, aun así, si escogía una, las otras podrían morir. Estiboudois, abrumado por la responsabilidad, se veía perseguido de la maldición de toda una ciudad. No habría ya allí para él ni tranquilidad ni reposo; se sentía espiado, acosado. Por todas partes tendían lazos o trampas a su paso para el casamiento. Camino sin salida. ¿Qué hacer?... No le quedaba más recurso que huir para su salvación y una vida mejor...

Dos meses después, en Varro-sur-Loire se veía en la puerta de un hotelito una placa de cobre, recientemente colocada, en la que se leía:

Doctor RAUL ESTIBOUDOIS
Especialista en las enfermedades de intestinos

Indicaciones a la Intendencia

UN LECTOR ACOGE LA INICIATIVA DE FRAY MOCHO. — CASO CONCRETO

En uno de nuestros números anteriores, destacamos elogiadamente el propósito manifestado por el secretario de Obras Públicas de la Municipalidad, doctor Rodríguez Irigoyen, de aplicar estrictamente las ordenanzas referentes a la ubicación, higiene y seguridad pública de todos los teatros, music-halls, cabarets y demás establecimientos similares.

Advertimos, además, que el citado funcionario, con honrosa energía había expresado que se procedería en tal sentido sin excepciones de ninguna naturaleza, y que quienes infringieran dichas ordenanzas, como asimismo los inspectores municipales cuya negligencia o complicidad permitiera las infracciones, serían objeto de las medidas legales pertinentes.

Enunciamos al respecto que "FRAY MOCHO" colaboraría intensamente en las finalidades de saneamiento social perseguidas por el secretario de Obras

Públicas, acogiendo en una nueva sección que denominamos "Indicaciones a la Intendencia", cuanta denuncia nos llegara de nuestros lectores, acerca de aquel elevado propósito.

Es por ello que, prescindiendo de mayores comentarios y confiados en la indiscutible rectitud del doctor Rodríguez Irigoyen, damos hoy cabida a la siguiente carta relacionada con el funcionamiento de determinada sala de espectáculos de la avenida de Mayo.

"Buenos Aires, Febrero 10.

Señor Director de

"FRAY MOCHO"

Distinguido señor: Con agrado leo, en su importante revista, una nota que alude a la excelente idea del secretario de Obras Públicas de la Municipalidad, doctor Rodríguez Irigoyen, de combatir el calamitoso nivel de moral y organización de los locales de espectáculos públicos. Era hora, señor Director, de que alguien se preocupase de defender nuestros intereses en

la materia. La gente de Buenos Aires está harta de ser expuesta en salas que no reúnen las más esenciales reglas de seguridad personal. Yo, que he visitado muchos cines y teatros y cabarets del extranjero, estoy azorado ante el contraste que ofrecen los nuestros. No me refiero ya solamente al hecho singular de las deficiencias de su edificio o de la total ausencia de medidas de previsión, que en los casos de incendio provocarían verdaderas catástrofes. Me refiero a otros detalles, de orden moral. No soy un puritano como para alarmarme del color subido de ciertas revistas o pochades; en lo tocante a esto a veces la Inspección de Teatros suele proceder con mano firme.

Me refiero, principalmente a la ubicación de determinadas salas, lo cual va en detrimento de la belleza urbana y de la dignidad pública de la población.

Quiero, señor Director, presentarle un caso concreto. ¿Ha

ido, usted, alguna vez, aunque más no fuera que accidentalmente, a un local llamado "Parque Goal" y que se encuentra ubicado en plena avenida de Mayo entre San José y Sáenz Peña, es decir, a la misma entrada de la gran arteria? Vístelo, sino, e invítelo al doctor Rodríguez Irigoyen. Lo que verán ahí no tiene adjetivo apropiado fuera de este: ¡vergüenza! Sí, señor Director, se trata de una verdadera vergüenza ese local de corrupción y desaseo, que, sin embargo, prospera en nuestra principal arteria, donde está, desde hace años, al amparo de la negligencia o complicidad de los inspectores municipales.

Si el doctor Rodríguez Irigoyen quiere llevar adelante su propósito, tiene, pues, por donde empezar.

Saluda atentamente al señor Director. S. S. S. Firmado: Gervasio Torres."

Tal el coro grotesco de una tragedia primitiva, sin más escenario que los cerros yermos y el firmamento azul, marcha por las quebradas de Tumbaya una burda comparsa carnavalesca. Son veinte tipos aborígenes: entre hombres y mujeres. Van en excursión pedestre, con una cola de chicos negligentes, montados sobre tres burros flacos y agobiados.

Se dirigen a un convite lugareño. Allí encontrarán el apogeo de la alegría, la embriaguez y la danza. Visten de fiesta: las "imillas", trajes blancos y celestes; y los "runas", barracanes grises y puyos colorados. En los amplios sombreros ovejunos se alzan verdes gajos de albahaca y dorados cartuchos de amancay.

Es una andanza pintoresca y bucólica. El *hen, hen* del "herke" ahonda la humanidad de su sollozo, la "turuma" sopla su melancolía atávica, y las cajas pequeñas redoblan el compás isócrono de sus golpes secos y zumbantes. La música primitiva tiene una dulzura emocionante de égloga y misterio. Egloga de los valles azules, los cerros rojos y los cardones florecidos en copos de algodón. Misterio, por la fuerza agreste del sentimiento lírico y por el vestigio respetuoso del ritual nativo.

De pronto, callan el "herke" y la "turuma" y quedan tamborileando las cajas. La canción revienta de los labios mudos. Las rimas

El carnaval de Tumbaya

Por Julio Aramburu

campestres evocan las alegrías juveniles y las pasiones picarescas. Las voces adquieren un acento monótono y agudo. La fraternidad del dios proteico les perturba la armonía musical y los sentidos; sin duda como un derroche de locura o una ironía deleznable de opereta.

A la vera del camino, junto al cerro de Chorrillos, está el rancho de ocasión. La liturgia festiva lo llena de gente y de rumores. El bombo potente ahoga el sonido diatónico del "herkencho", el charango, la quena y las cajas. En el patio, las parejas bailan con agilidad y petulancia. Algunos tiran papel picado y harina sobre las cabelleras sueltas; mientras otros hacen cosquillas a las mozas, con "colas de zorro", que son largas flores de un pasto bravo que crece en los precipicios y barrancos de las peñas.

El cortejo hace descanso. Los amigos los reciben con efusión y entusiasmo. Todos se abrazan, gritan y mezclan en la danza afebrada y brutal. Los "runas" tienen el rostro pintado de diablo y de man-

dinga, otros usan máscaras grotescas y se calzan los cuernos blancos de una calavera de buey. Bailan huanitos y kaluyos cerriles. A ratos, un yaraví hondo y armonioso madrigaliza un romance de amor y conquista donjuanesca.

Las bocas secas se abrevan de chicha y alcohol. La ardiente bebida, "pata de cabra" hierve la sangre y aturde el pensamiento. Las mujeres lloran y relatan a los hirsutos compañeros destefadas reminiscencias de dolor y juventud. El mito funambulesco despierta en sus espíritus la dulzura fugaz de la burla y la mentira. Ya no meditan sobre el hogar, el trabajo, la vida ni la muerte. Las existencias ignaras sienten la plenitud absoluta de la felicidad terrestre, y celebran en la ronda vulgar el esplendor indígena de las carnestolendas primitivas.

El furor pánida se acelera hasta el exceso. De pronto, como una consigna de obediencia unánime y final, el dueño de casa canta fuertemente:

Arriba rengos y mancos
Los de la pata encogida,
Los que no asisten al baile
Asistan a la bebida.

La inmensa cara del cielo se ha cubierto de lunares de oro, y la luna llena finge el espejo disconforme de la noche. Sobre la tierra, en el ruidoso rancho, junto al cerro de Chorrillos la parranda gime la extenuación completa del organismo y los brevaes. Algunos grupos se despiden, ebrios y cansados. Y al alejarse por los callejones tortuosos —empolvados de luna y soledad— parece que se llevarán toda la pesadumbre lírica del carnaval agreste, contradictorio y trágico como la existencia humana.

Entre conscriptos

—¿Qué te pasa Serrucho, que estás tan afligido?

—Que llevo ya una punta de días sin recibir un centavo de mi casa, a pesar de que he pedido que me manden plata.

—Pues yo mando más que la que recibo.

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo: he mandado pedir 25 pesos y solo me envían 10.

La veía pasar todas las tardes desde la ventana pequeña y humilde que daba a la calle triste y angosta por donde no cruzaban más que entierros, y en la que no se oía otra canción que la de las letanías pavorosas de los sacerdotes, tras los coches oscilantes y trágicos...

A los nueve días de morir Carolina, la silueta gentil de la hermana adolescente—espiritualizada con ese prestigio inexplicable del primer luto—atravesó, como la de una imagen, frente a mi ventana, y desde aquel día no faltó nunca a la hora indecisa en que la luz del sol empieza a desvanecerse en las lejanas perspectivas del horizonte y las campanas recogen en sus bronces la dispersa melancolía de la ciudad.

Fué fiel a todos los crepúsculos, tan fiel como yo mismo, allí dentro, obediente al rito cotidiano de los recuerdos de la pobre ausente, como esclavizados los dos a la voluntad poderosa de la muerte.

Ella bajaba los ojos al cruzar cerca de mí, temerosa de que yo sorprendiera en el arcano de sus pupilas negras la sombra de un último remordimiento, o tal vez la expiación secreta de su culpa. Pero en las tardes de mayo, cercanas del óbito doloroso, cuando sus pisadas leves y nerviosas interrumpían el silencio infinito de la calle desierta, yo olvidaba toda idea negra y cruel de venganza para embriagarme en aquel aroma vernal y juvenil, que ella arrastraba en su luto, tal vez recogido al atravesar los jardines públicos, colmados de plenitudes floridas y de perfumes sensuales. Y me quedaba mirando, inmóvil, su silueta tenue y errante, con los brazos tendidos hacia su sombra pueril, en un anhelo de retenerla para siempre... Tenía los ojos profundos y negros, como dos caminos nocturnos que ahondasen hacia el corazón, y las manos, largas y pálidas, como las de Carolina; manos de caricia y de ruego, mamos de ofrenda y súplica, hechas para todas las dádivas y todas las piedades. Yo pensaba, al verla — con una inexplicable inquietud —, en mis pobres cartas que al morir la hermana mayor ella había recogido y acariciado con sus manos temblorosas, como el bello tesoro de una herencia de amor... Y adivinaba todo el fuego sensual de aquellos ojos tristes derramado como cálida simiente en el estéril surco de unas frases apasionadas que yo no había escrito para ella...

¡Oh! ¡cuántas tardes yo hubiera detenido a la imagen fugitiva y le hubiese brindado el reposo cordial de mi estancia, para oír de sus labios la historia atormentadora de aquella mujer que tanto me había amado!

¡Cuántas veces ella, al declinar suavemente la luz y sentirse huérfana y triste, desamparada como una pobre niña, bajo el túnel de sombras de la noche, habría recostado su cabecita en mi pecho, entornadas las pupilas, en un renunciamiento doloroso y definitivo, se habría decidido a revelarme el indecible misterio de aquellas horas silenciosas, de aquellas horas en que la alta fiebre hacía brillar

EL OTRO AMOR

Por Ernesto López Parra

los ojos de la enferma, y su frente pálida y conmovida, como una palma, temblaba sobre la blancura inmaculada del lecho, moviéndose de un lado a otro, sin ruido, como un péndulo doloroso!

ya para siempre, guardaba, como un tesoro recóndito, para donármelo una noche sobre el tálamo de las iniciaciones. Y también ella, con la voz debilitada por la emoción, pudorosa y sincera, habría



ELLA. — No hay manera de entenderte; unas veces piensas como un hombre y otras como una mujer.

EL. — Eso es una cosa hereditaria. La mitad de mis antepasados fueron mujeros y la otra mitad hombres.

Ella, la hermanita pequeña y dulce, me habría contado en una noche fraternal los detalles del viaje furtivo y último, y aquella soledad de la cámara fúnebre, perfumada con las rosas que sus manos arrancaran a la primavera de los jardines luminosos. Yo podría haber sabido todo el apasionado caudal que aquel corazón, inmóvil

descubierto su corazón pueril, lleno de plenitudes floridas, donde alzaban los celos su cabecita venenosa de áspid...

Pero la dejaba pasar frente a mi ventana, contemplando su pudor ingenuo y su hermosura enlutada y diminuta; la dejaba pasar por la calle estrecha y oscura hacia los caminos de las cruces pe-

queñas y negras como madres arrodilladas, y de los cipreses que elevaban al cielo su cabellera saudosa y triste, despeinada por el viento y enrojecida por el sol de los crepúsculos...

Dejaba pasar a la hermana de la amada inmóvil, sin detenerla nunca, temeroso de saber el profundo secreto de aquella muerte precoz de Carolina, que había ido languideciendo lentamente, palidecida por una fiebre extraña, consumida por ese mal desconocido y lejano que sólo ella, la hermanita pequeña y rosada, podría explicar...

Dejaba cruzar a la hermana todas las tardes y contenía mis impulsos por preguntarle algo que estaba siempre temblando en mi corazón—agua rebosada del ánfora—; y me quedaba triste y solo en mi ventana, convencido de que jamás ella podría revelarme el delito de su amor pueril y mudo, ni extasiar mi melancolía con su voz enamorada, cuyo ritmo nuevo lograría enlazar la vieja historia y traer a mis labios palabras desconocidas de piedad y perdón...

Yo hubiera recogido su belleza, tan semejante ya a la de la amada, en una resurrección florida; ella habría temblado entre mis brazos lo mismo que "la otra", sin temor a la rivalidad de la hermana; la besaría ahora en los ojos cerrados y suaves como dos violetas húmedas, mientras la cadena fraterna de su brazo enlazaba mi cuello en una donación definitiva y deseada. Y le diría:

—Tu cuerpo, novio y fragante, es una prolongación del de tu hermana; dame tu boca para renovar en ella el preludio frustrado. Mánen para mí las fuentes contenidas de tu emoción, y dejemos en la penumbra de los sueños los recuerdos dormidos para siempre, como niños tristes, desamparados. Ahora, tus diez y siete años, decorados con la belleza fúnebre del luto, me parecen más hermosos que la evocación de aquella pálida imagen, vencida por la fuerza de tu amor y de tu juventud. Desde hoy ya no tornarás a la ruta de los calvarios, donde el corazón pueda sentir la espina de algún remordimiento. Ella te perdona, como yo, y su espíritu manda que seas tú, hermana, la heredera de todas mis ternuras, y que tus manos acaricien mis sienes como las manos de una esposa...

Pero nunca le dije nada, y la veía pasar con ese inefable y confortadora piedad con que las almas que se saben adoradas contemplan a las hermanitas tristes y pequeñas que decoran la ciudad con sus lutos precoces.

Hasta que un día — después de tantos meses de sentir sus pasos tenues e infirmos sobre las piedras de la calle angosta y solitaria y de llorar en el interior de mi aposento frío e inhóspito como una cámara fúnebre, el mismo dolor de la hermana — les esperé en vano, igual que a la amada imposible, tras los cristales de mi ventana, humilde y pequeña desde la que, a la tarde siguiente, vi cruzar un cortejo, blanco como una boda, hacia las rutas desconocidas, hacia los caminos definitivos en el éxodo inexorable que siguen al fin todas las cosas...

¡QUE LUNAR!

Bendito ese lunar, linda chiquilla,
Donde mi vista sin querer tropieza;
¡Mancha que puso Dios en tu mejilla
Como punto final de tu belleza!

Bendito ese lunar que causa antojos,
Aumenta de tu rostro la hermosura,
Y te hace la más bella criatura
Que han conseguido contemplar mis ojos.

Si en tu rostro intentamos
Encontrar un defecto, no logramos
Conseguir nuestro empeño, y — ¡qué rareza! —
¡El único "lunar" que te encontramos
Es el mejor pregón de tu belleza!

José ROD.10

—Todo hombre que ha vivido un poco ha tenido su aventura de Carnaval — dijo Alfredo Imaz, con acento de sentencia. Todos vos otros — prosiguió extendiendo sobre sus amigos la mirada penetrante y dulce de sus pupilas negras — guardáis en un rincón de la mente el recuerdo de aquella máscara. La que surgió a vuestro lado en un baile. La que os impresionó hondamente con una sonrisa bajo el antifaz. La que se apoyó en vuestro brazo para haceros una confidencia o una confesión. La que tal vez cenó con vosotros en un palco y os amó esa noche con la cara tapada...

Aquella máscara habrá dejado en vuestra memoria una grata remembranza y un agri dulce sabor de misterio. No supisteis quién era, y a veces pensáis si sería la felicidad que pasó rozándoos...

Mi aventura de Carnaval fue distinta a todas. No es una afirmación vanidosa. Veréis:

Hace pocos años. No me sucedió a los veinte ni aun a los treinta. Sucedió cuando ya se salpicaban de blanco mis sienes y cuando ya creía definitivamente muerto el romanticismo de mi alma. Y empecé mi aventura en uno de esos bailes de trajes que se dan en los grandes hoteles y que empezaban entonces. Acudí a ese baile por curiosidad. No tardé en aburrirme. Aquello me resultaba de una monotonía y de una sandez abrumadoras. Era un asalto cachupinesco en grande escala y un poco elegantizado. Iba ya a marcharme, cuando me detuvo algo interesante. Ya os lo figuráis. Un lindo, más bien un excepcional rostro de mujer, que era el remate de un busto magnífico. Un busto graciosamente envuelto en un fichú de encajes, erigido sobre un talle esbelto, que surgía de un amplísimo miriñaque. Una deliciosa damita de la corte de Luis XIV. Ojos enormes, de pupilas azafiradas, cambiantes dulces como lagos dormidos o fosforescentes como carbunclos. Unos ojos, en fin, que me miraron llamándome. Y fui.

—¿Baila usted?

—No, señor — me respondió en un tono que admitía la réplica.

—¿Porque no quiere usted, o porque no se lo permiten? — pregunté.

Y ella, sonriente, aceptando ya la charla:

—Porque ni sé, ni me gusta...

Su voz era tan sugestiva como su mirada y como su sonrisa cerrada de Gioconda. A su lado había una silla vacía. Volví a preguntarle, señalándola:

—¿No vendrá alguien a echarme de aquí?...

—¿No creo!...

En aquella silla estuve dos, tres, no sé cuántas horas, hasta que ya casi vacío el salón, una dama de blanca cabellera y rostro triste, a quien yo no había advertido cerca de nosotros, dijo:

—Sofía, ¿no te parece que nos marchemos ya?

Sofía la miró sorprendida, como si no la conociese; después, con una sonrisa leve, que me pareció una mueca de amargura, respondió:

—Sí, es tarde...

Y a mí:

—¿Hasta mañana?...

Ella me había dicho que asistía a todos los bailes como aquél que se daban durante los días de Carnaval. Venía a la capital vivía

AQUELLA MASCARA

Por Sara Insúa

en provincias — solamente por eso, y no salía del hotel más que disfrazada. Disfrazada, no enmascarada. Aquello me pareció un capricho original, y le pedí autorización para ser su caballero en todos los bailes. Faltaban seis, tres de tarde y tres de noche.

var el miriñaque. Porque todos los trajes eran de miriñaque. Al cuarto día de conocerla, yo no sabía cómo eran sus piernas, y éste era un encanto más de los que encontraba en mi mascarita.

Y llegó el último baile, y en él mi declaración. Una declaración



EL VIGILANTE. — ¡Eh, máscaras! Ha pasado la hora reglamentaria y hay que descubrirse!

LA MUJER. — ¡Creo, señor vigilante, que llevamos las caretas en las manos!

Y fueron tres tardes y tres noches de indescriptible encanto, durante las que adoré — la adoraba ya — en mi extraña mascarita una dama de Versalles, una condesa veneciana, una maja ingenua y una dama velazqueña. Y no me pareció aventurado juzgar a Sofía como una adorable excéntrica que deseaba deslumbrar con la magnificencia de sus disfraces y con la gracia de su talle para lle-

de chiquillo incongruente y tartamudeante, absurda. Era ridículo que yo, con mis treinta y ocho años, me declarase; pero no hubo más remedio; mis madrigales calidos habían sido escuchados y respondidos con discreción, pero no correspondidos. Sofía era una flirteuse maravillosa, sin coqueteos ni gazmoñería; atraía y se escapaba. Al escuchar mi fantástica declaración palideció, me miró casi

CARNAVALINA

No te acuerdas, Colombina, de aquella noche triunfal, en que fué la serpentina a bordarte un madrigal?

Cuando tu gracia florida — qué era gala del salón, — dejó, sangrando, una herida en mi pobre corazón...

Y la fiesta bulliciosa, — con sus encantos y flores, — tiñó tu rostro de rosa con púrpura de rubores...

Con tu sutil elegancia y tu alegría gentil, eras la reina de Francia, de una rima de Banville...

Entre el mar de serpentina que adornaban el salón,

las marquesas libertinas eran una tentación...

Resonaban las palmadas y las risas de cristal — dulces risas alocadas del alegre Carnaval...

Cabroleaban arlequines de traje multicolor, y enredaban los violines frases y citas de amor...

En tu roja boca extraña aún parecen burbujear, las espumas del Champaña que bebiste en el "boudoir"...

¿No te acuerdas, Colombina, del galante cotillón? En tu frágil serpentina se enredó mi corazón...

Julio C. VIALE-PAZ

con espanto, y con voz ahogada:

—¡Cálie, por Dios! — silabeó—. Eso es imposible. ¡Yo no puedo quererle a usted!

Me pareció que al decir la última frase algo se desgarraba en ella. En sus ojos hubo un brillo de lágrimas contenidas, que hace más profunda la expresión del dolor.

—¿Es usted casada? — pregunté angustiado.

Hizo un signo negativo.

—Entonces...

Me miró suplicante.

—No quiera saber nada; sería aún peor. Yo no puedo ser para usted más que un recuerdo. Eso sí... Me haría muy dichosa saber que usted se acordará de mí alguna vez... Prométamelo, y prométame también no buscarme, no intentar siquiera saber de mí...

Y era tan patético, tan dolorido su acento, tan desfallecida su voz, que prometí.

Pero no pude cumplir la promesa. Era demasiado honda la impresión que la máscara me había producido. Medité sobre las causas que podrían hacerla imposible para mí, según ella. No siendo casada, no existiendo obstáculo legal, yo estaba dispuesto a pasar sobre todos los morales que pudiesen existir.

Indagué, y al fin, después de varios días, supe que vivía con su madre en un pueblecito cercano.

—Allá fui, y suponiendo que ella no consentiría en recibirme, gracias a una criada que me vendió su complicidad con un gesto de asombro que comprendí más tarde.

Entré, pues, románticamente, por la puerta semiescondida de un patinillo. Siguiendo, sin hacer ruido, a la criada, llegué al patio grande. Un patio que era un enorme búcaro de flores y de verdura. Una vez allí, mi cómplice me acercó a una reja tapizada de enredaderas. Miré, y ahogué un grito de asombro. Ella, Sofía, estaba allí de espaldas — reconocí su espalda y su nuca — ante un gran armario abierto. Primero creí que era loca. Me pareció que vestía el miriñaque del Carnaval. Pero no tardé en comprender la horrible verdad. Las caderas de Sofía eran monstruosas, unas caderas que sólo el miriñaque podía disimular; algo espantoso, repugnante, que me hizo dar un paso instintivamente hacia atrás.

Por fortuna, pude pensar. Y en un segundo pensé que debía marcharme, huir sin que ella me viera.

—¡Sáqueme de aquí! — murmuré al oído de la criada.

Y, ya fuera, en la puerta del patinillo, puse en manos de aquella mujer, que me miraba más y más asombrada, un puñado de monedas y billetes, diciéndole:

—¡Por lo que usted más quiera en el mundo, que ella no sepa nunca nada!

—¡Descuide usted! — me dijo la muchacha, pareciendo comprender al fin—. ¡Bastante sufre la pobre para que yo le aumente su pesar!

Me alejé horrorizado y destrozado.

Y, decidme: ¿alguna de vuestras aventuras de Carnaval ha sido tan amarga?

Los contertulios, que no pudieron responder, vieron en los ojos infantiles de Alfredo "ese brillo de lágrimas contenidas que hace más profunda la expresión del dolor"...

FARSA FRIVOLA

Por Félix M. Pelayo

(Del libro "El talón de Aquiles", recientemente aparecido)

¡Carnaval! ¡Carnaval! El reinado de la farsa vive su hora suprema y fugaz.

Colombina, la eterna coqueta, apresta sus mejores galas para intervenir una vez más en el grotesco drama.

En su habitación, como un camarín de comediante, las lunas venecianas que cubren las paredes, reproducen la euritmia impecable de su cuerpo mórbido y blanco como una azucena.

Sobre el lecho revuelto y tibio aún de su carga reciente, yacen, su antifaz negro, su breve falda de blanco raso, sus zapatos diminutos y su abanico.

Reina en torno, un desorden que encanta y seduce: efluvios voluptuosos de esencias y carnes femeninas y frescas enardecen los sentidos. Colombina ríe y se contempla en una de las lunas que le dice la plenitud de sus encantos. Los demás espejos repiten la alabanza.

Hasta el balcón sube el tumulto callejero en oleadas constantes que suenan como un himno jocundo o una incitación jubilosa.

Colombina es feliz: su cabecita adornada de áureos cabellos, sueña con cascadas de champaña, con montañas de oro y con locos placeres.

El espejo es una exultación celosa le sigue repitiendo a la sordina: eres bella, eres bella...

Colombina lo sabe, pero se sonríe vanidosa y complacida ante el halago.

A través de las celosías mal cerradas del balcón las estrellas penetran largas miradas inquisitoras y admirativas, titilando quedamente: eres bella, eres bella.

En su desván, vecino a las estrellas, Pierrot se embebe en dolorosas meditaciones. Su amorosa desventura pone hondos melancolías en su alma y un lánguido desconsuelo en sus pupilas afiebradas de noche y de delirios.

Piensa en Colombina que se burla de sus tormentos y de su faz enharinada. Piensa también en la manera de burlar a Arlequín, su rival siempre triunfante, y en lograr los favores de la coqueta.

En la sombra de la bohardilla llora sus pesares, mientras el mundo se regocija y ríe en una embriaguez de olvido y disparate.

La luna, su aliada, le finge un guiño picaresco y cordial por la abierta ventana: ¿se morará acaso?

Pierrot medita. De pronto su rostro se ilumina con una sonrisa. Su labio modula una canción. ¡Está alegre, alegre como el carnaval! ¡alegre como no lo ha estado nunca!

La luna le sonríe bonachonamente desde su alto sitial. Las estrellas parpadean asintiendo.

¡Colombina será suya! Para lograr sus favores recurrirá al engaño: se disfrazará de Arlequín, derrochará las monedas de oro que se ha procurado vendiendo su hermoso traje y sus pobres muebles,

agotará manantiales de rubio champagne y rendirá a la frívola adorada.

Abajo, en las calles, las matracas y los cascabeles estallan en una epifanía optimista y discordante.

También Arlequín sueña esa noche en Colombina y se tortura buscando la manera de lograr sus caricias enloquecedoras y gustar sus besos trasnochados.

De pronto se levanta y se contempla en el espejo. En verdad su figura es ridícula, grotesca. Su doble giba, sus piernas retorcidas,

su nariz monumental... y sobre todo su disparatado ropaje a cuadros multicolores, lo hacen impresentable. (Arlequín se complace en encontrar horrible su traje).

¡Es tan coqueta y veleidosa Colombina! ¡Sus labios son tan burlescos! pero ¡es tan deliciosa toda ella!

Las ideas de Arlequín han progresado con el siglo: posee un espíritu esencialmente práctico de yanki. En la balanza de las probabilidades pesa cuidadosamente sus defectos físicos, colocando en el platillo opuesto, sus millones y la fragilidad de Colombina. Su boca desmesurada sonríe bufonescamente. Ha madurado un proyecto del cual espera obtener resultados satisfactorios.

Arlequín está orgulloso de su caletre! Y tiene razones fundadas para ello. Los modernos métodos científicos le permitirán, por medio de masajes eléctricos, reducir a la mínima expresión el tamaño de sus gibas, y enderezar casi completamente sus piernas... y en

cuanto a su indumento, sabe que el pálido Pierrot ha vendido su hermoso traje. ¡Será una verdadera sorpresa para Colombina!.

Delirio de luces, de colores, de ritmos. Embriaguez en la atmósfera y en los cuerpos. El misterio asomando detrás de caretas y antifaces.

Y empujando su cetro, omnímoda y desconcertante, la Divina Locura.

Risas en los labios, discordancias sonoras en las matracas, músicas lascivas o descoyuntantes en los instrumentos.

Es la hora funambulesca del amor.

Colombina se refugia en el jardín, fatigada y ebria como una cantante.

Sus labios de púrpura han reído locamente, sus pies menudos han danzado hasta el exceso. Se deja caer en un banco de mármol, junto a un soto de mirtos paganos. La luna la baña con claror melancólico.

¿Un sustituto...?
— ¡A mí, nó!

Quien usa o lleva a su casa un sustituto en vez de la **CAFIASPIRINA** legítima, comete una imprudencia que puede resultarle muy grave.

Por eso, toda persona discreta y cuidadosa se niega a recibir esos productos sospechosos y exige siempre la noble y segura



CAFIASPIRINA

— "esto sí" —

Es la única que con absoluta confianza puede administrarse a cualquier persona de la familia, porque proporciona alivio inmediato y no afecta el corazón ni los riñones.

Dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; cólicos menstruales; consecuencias de trasnochadas y abusos alcohólicos, etc.

Pierrot, disfrazado de Arlequín, la ha visto huir de la fiesta. La ha seguido. Su disfraz le da un aspecto lamentable y grotesco que provoca la carcajada.

Colombina ha entornado los párpados en abandono total y sueña con Pierrot. ¿Dónde estará Pierrot que no lo ha visto? Experimenta una tierna inquietud por su doliente enamorado, de quien siempre se ha burlado con crueldad refinada.

Pero esta noche está dispuesta a no negarle sus besos. A amarlo quizá...

¿Dónde estará Pierrot?

—Colombina — musítale Pierrot con voz que finge la de su rival. — Soy Arlequín. Arlequín que está loco por ti. Ven, danza-remos, beberemos hasta la embriaguez... y me amarás. Divina Colombina, soy rico, inmensamente rico, y poderoso, y te amo. ¿Quieres oro? Toma, oro... mi oro que será tuyo. ¡Amame, Colombina!

Colombina sobresaltada abre los ojos.

—Arlequín, ¿tú aquí? ¿qué me quieres? di.

—Te amo, Colombina. Soy rico y poderoso y te amo. ¡Amame! Vámonos a embriagarnos. Bebamos, dancemos, amemos...

—Arlequín, Arlequín. Tú deliras. ¿No has visto a Pierrot? ¿Dónde está Pierrot? Ve Arlequín; busca a Pierrot y tráelo. Dile que lo espero, que lo amo.

—Amame, Colombina. Soy rico, poderoso...

—Arlequín, busca a Pierrot. Dile que lo amo.

—Colombina, Pierrot soy yo. Mirame bien. Soy Pierrot que te ama, Pierrot a quien tú llamas en este instante.

—Ja, ja, ja. Arlequín, tú deliras. Tú estás ebrio, Arlequín. Ve y tráeme a mi Pierrot.

—Mirame Colombina. Yo soy tu Pierrot.

Pierrot de un manotón se quita el antifaz y la grotesca nariz postiza. Cae de hinojos a los pies de la amada. La luna mira curiosa y asombrada la escena, y sus rayos dilatan en forma incommensurable la sombra de las gibas con que se ha disfrazado. El pobre peregrino del amor tiene un aspecto tan desolado que da grima y risa a un tiempo mismo.

Colombina, al reconocerlo, rompe en una carcajada cuyos cristales recoge el ruiseñor y los transforma en trinos.

—¿Eres tú Pierrot? ¡Estás horrible! ¡horrible! Tú me has querido engañar y eso no está bien.

—Colombina mía, amame.

—Has pecado de falso, Pierrot.

—Perdóname Colombina. Tu amor que se me hacía inalcanzable, mi delirio...

—Pierrot, te pones pesado, insostenible. ¡Tú disfrazado de Arlequín! Es una idea graciosísima. ¿Cómo se te ha ocurrido ella? Cuenta, cuenta.

—Colombina, Colombina mía. Olvidate de mi disfraz y amame. ¿No me llamabas recién con tierna solicitud? ¿No decías que me amabas? Aquí estoy, aquí me tienes más rendido.

Colombina lo interrumpe con otra carcajada que el eco dilata con orquestaciones fantásticas.

—Eres tonto, Pierrot, tonto de remate. ¡Contempla la facha en que te presentas! Ve, lávate la ca-

ra, quítate esas horribles gibas y ese traje...

—¿Y me amarás luego?

—Vete Pierrot, no seas impertinente.

transfigurado, casi esbelto. Su andar es lento y elegante. Viste el traje de Pierrot y bajo los amplios pliegues disimula muy bien sus deformidades físicas reducidas por

CARNAVAL

I

¡Carnaval!... En orgiástica oleada de luz y de jazz-band, triunfa el descoco... En un rodar de desenfreno loco, la Sociedad parece desquiciada...

Flamea el oropel... La carcajada de Belial repercute en los salones... Mézclanse besos, risas, empujones, en una confusión bruta, alocada...

Y, al expandirse torpe la lujuria, desbórdase brutal toda la espuria que en vano el mundo en ocultar se afana bajo un velo falaz de percalina...

Y es que, al enmascararse Colombina, se arranca el antifaz la Bestia Humana...

II

Cesó el jazz-band... Empieza la algarada de motores en marcha, bocinazos, prisas, saludos, ósculos, portazos y estrépito de rueda, luego... nada...

Aún lejano y confuso lagrimea el tango postrimer de la orquestina, y, extenuada, bosteza Colombina, y Pierrot, adormido cabecea...

En un fondo de albura ultramontana, y sobre los despojos de la orgía, que a la primera luz del alba adquiere todo el horror de la miseria humana, surge espectral, en trágica ardentía, un fantasma, incoando el Miserere...

Mariano VINUALES

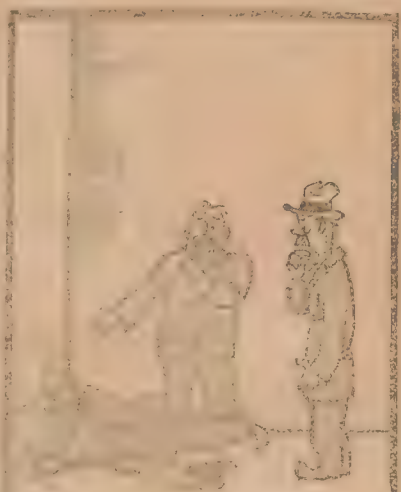
Pierrot se aleja silencioso y agobiado por su pesar. Arlequín, que ha sorprendido la escena, surge entonces de detrás del soto. Está

los métodos del más moderno cientifismo. El rostro enharinado es casi pasable. Sólo la nariz descompone un tanto el conjunto.



—Mamá, déjame ir al baile del Pimpello Dorado.

—¿Tú a un baile de máscaras? ¡Jamás! Yo fui a uno con tu padre, y... me nos mal que luego me casé con otro...



—¡Qué bárbaro! Tiene más trompada que Monte Munn.

—Que quiere. Tomando del HIERRO QUINA BISLERI no hay rival que aguante.

La derrota de Pierrot reafirma su fe en el triunfo. Una sonrisa truhanesca dilata su boca. Se aproxima a Colombina.

—Buenas noches, encantadora Colombina. Heme aquí disfrazado de Pierrot... y sin gibas. ¿Me reconoces? ¿no? Soy Arlequín, tu adorador.

Colombina lo contempla admirada. Arlequín adivina que se allega la hora de la victoria.

—¿Fumas, Colombina?

Colombina acepta. Saborea, en silencio el tabaco perfumado. Arlequín se sienta con desenfado, junto a su adorada.

—Te he buscado por todo el salón y supuse al fin que estarías en este rincón delicioso. ¿Quieres que hagamos un poco de música?

Extrae de uno de sus bolsillos un diminuto fonógrafo, última palabra de la moderna mecánica y toca un charleston.

Colombina se descoyunta sobre el banco siguiendo el ritmo infernal de la danza. De otro bolsillo extrae Arlequín, una botella de champagne.

Beben. Colombina ríe: él canta con voz chillona y agria.

—Arlequín, Arlequín — exclama Colombina con cierta embriaguez en los sentidos. Serás mi Pierrot.

—Tanto mejor. Seré un Pierrot millonario.

—Pierrot, Pierrot mío. Hoy te amaré. Te daré mis besos...

En tanto su rival triunfa por el sortilegio de sus ropas, el pobre Pierrot, lamentable y grotesco en su disfraz, despreciable en sus lágrimas, burlado en sus ansias amorosas, va a esconder su derrota en su desván. Y para agregar mayor sarcasmo a su dolor, vendido su hermoso traje blanco que fuera el símbolo de su melancolía, tendrá que seguir usando ese horrible indumento a cuadros negros, verdes, amarillos y rojos y las espantosas alas postizas. Tendrá que seguir usando un traje Arlequín de ridícula facha con el alma desolada por Pierrot.

El 12 de enero de 1852, según contaba años después un biógrafo de Manuel del Palacio, hallábanse en el café Suizo, de Madrid, unos cuantos jóvenes que componían lo que pudiéramos llamar las avanzadas de la bohemia de por aquellos entonces.

Hombres todos de buen humor, ocurentes e ingeniosos, habían hecho de la vida una alegre proyección de sus sueños. Vivían, pues, como soñaban, sin ocuparse nada más que de resolver el problema cotidiano de la forma que pudieran.

Todos comían en una fonda en la que por poquísimo dinero se daban unos festines que ellos, hiperbólicamente, llamaban "balsasarescos", fonda llamada de París y establecida en la popular y concurrida calle del Carmen. En esta fonda era fama que había unos cubiertos de "dos pesetas" que eran un espanto, por lo abundantes y lo suculentos.

Los bohemios tenían de estos cubiertos una idea que podían llamar confusa sin pecar de exagerados, ya que el que más y el que menos eran muy contadas las veces que habían podido saborearlos.

Ponderando, precisamente, las excelencias de los tantas veces mencionados cubiertos hallábanse los bohemios aquel día, cuando a uno de los del grupo se le ocurrió una idea, que tomada en un principio como una extravagancia fué aceptada después como una cosa original que no dejaba de tener gracia.

Tratábase nada menos que de convidar a comer en la fonda de París al marqués de Salamanca, ídolo por aquellos días del Madrid que siempre amó la grandeza, el rumbo, la simpatía y el desprendimiento. Grande en todo el que puede considerarse y calificarse como el Montecristo español, era por su esplendor y sus riquezas un ser casi fabuloso. Todos contaban rasgos de generosidad de aquel mago del dinero, que manejaba los millones de un modo maravilloso.

Personaje de leyenda, ¿qué idea les había dado a aquellos bohemios para dirigirse a tan gran señor, invitándole a cenar y a devorar un cubierto de los de dos pesetas?

Parece que la ocurrencia fué de Rodríguez Correa; pero quien la secundó y la puso en práctica fué Manuel del Palacio, que no hallando tan descabellada la idea expuesta por su amigo pidió papel y tintero, y, pluma en ristre, dirigió la siguiente carta al marqués, carta que firmaron con Manuel del Palacio todos los camaradas que allí había.

He aquí el documento:

*"Carta cariñosa y franca,
que escriben con efusión,
doce hombres de corazón
a don José Salamanca."*

Nos, los abajo firmantes, muchachos de porvenir, que se acaban de reunir, con dos pesetas sobrantes, viéndole pasar la vida pródigo siempre y fecundo, convidando a todo el mundo mientras nadie le convida,

De la vida de bohemia

UN CONVITE ORIGINAL

queremos, aunque sin blanca nos halle el 20 de enero, gastarnos aquel dinero con don José Salamanca. Comidas de a dos pesetas no son malas, don José: habrá sopa de puré y una entrada de chuletas, Tendremos fritos de sesos y, entre platos no sencillos, rábanos y pepinillos, manteca y otros excesos. Iremos, aunque se alarmen

ni se hablará de política. Ni piense que en esta acción vaya, como en otras ciento, detrás del ofrecimiento oculta la petición, que el favor de más valía que usted puede dispensarnos es solamente el de honrarnos con su grata compañía.

Posdata. Si por acaso no se puede presentar dénos cuenta del fracaso, porque el paso de esperar

a Campoamor que les contestase también en verso y en su nombre, aceptando la fantástica cena. El autor de las *Doloras* les respondió con estos otros versos:

*"Con labios agradecidos,
cual su arrogancia merece,
a los doce consabidos
les besa la mano el "trece".*

Acepto con gran placer vuestra franca invitación y así podremos saber lo bien que saben comer los hombres de corazón. Comeremos, y ese día, con dulce fraternidad, brindaremos a porfía, unos, por la monarquía; otros, por la libertad. Y a todo aquel que no acierte cómo a invitación tan franca corresponderé... se advierte que avive el seso y despierte y que estudie en

Salamanca.

El rasgo de los bohemios y la espontaneidad con que el celebrísimo marqués aceptaba su convite fueron pronto del dominio público.

La noticia circuló profusamente. Hasta los periódicos se ocuparon de ello, y cuando llegó la fecha convenida para el banquete la fonda de París se vió invadida por toda clase de gente, que quería presenciar aquella alegre comida.

Como era natural, tomóse aquélla como pretexto para hacer una manifestación política a favor del marqués de Salamanca, que no consintió que en el salón donde iba a tener el honor de comer con aquellos poetas hubiese nadie ajeno a ellos.

Contentáronse sus amigos, sus sus aduladores, los que siempre al acecho de cualquier oportunidad para lucrarse querían aprovechar aquellas circunstancias para hacerse visibles al marqués, contentáronse con asistir de lejos, en los salones contiguos, al desarrollo de aquella memorable cena, donde todo era cordialidad y buen humor.

Llegada la hora de los brindis, levantóse Manuel del Palacio y ofreció el banquete al marqués de Salamanca, que al contestarle dándole las gracias dijo, emocionado a su pesar por aquella escena que le conmovía más de lo que él sospechaba:

"La celebridad de Rothschild cesará el día en que muera. La inmortalidad se conquista, pero no se compra. Yo he visto en todo el mundo los bustos y las estatuas de los que culminaron en las Letras y en las Artes. En cambio, no he visto ni una estatua levantada al que dedicó su vida únicamente a ganar dinero".

Estas palabras del marqués, palabras doloridas y sinceras, fueron lo único triste que hubo en aquella comida dada por unos bohemios al que pasaba por ser el hombre más rico y poderoso de su tiempo.

Juan LOPEZ NUNEZ.

Contrastes

LA JUVENTUD MARCHITA

Noticia con frecuencia repetida:

"Ayer un desdichado mozalbete,
Que no llegó a cumplir los diecisiete,
Furioso se causó mortal herida.

"El móvil que ha impulsado al suicida,
Consignó, según uso, en un billete:

—Señor Juez: por mi muerte a nadie inquiete;
Me mato yo... ¡cansado de la vida!"

¡Cansar el viaje en la primer jornada!
¡Cansar el drama en la primer escena!
¡Cansar la lucha apenas comenzada!

La juventud de desaliento llena,
Primavera de otoño disfrazada,
Antes inspira horror que causa pena.

II

LA VEJEZ VERDE

Ocultando la nieve de las canas
Con tintes negros, rubios o castaños;
Queriendo, con inútiles engaños,
Simular mocedades ya lejanas;

Alternando con gentes casquivanas
En aventuras, grimpolas y daños,
El viejo verde a los sesenta años
Aun de broma y placeres siente ganas.

Preferir el ridículo al respeto,
Querer que abrase la ceniza fría,
Juzgarse joven por borrar las fechas,

Es vestir de Pierrot a un esqueleto,
Y a un marchito rosal "dar lozanía"
Pegándole unas rosas contrahechas.

Felipe Pérez y González..

los que rigen el país, a la fonda de París, sita en la calle del Carmen. Preséntese usted contento, sin temor a una emboscada, que nada debemos, nada, en dicho establecimiento. Allí, a las seis de la tarde, el sábado nos reunimos; vaya usted; se lo pedimos y el que lo busque, que aguarde. No tema usted que la crítica con nosotros se entrometa, que no es cuestión de etiqueta,

ha sido siempre un mal paso.

Firmaban la carta: Manuel del Palacio, Rodríguez Correa, Luis Rivera, Santiago Infantes Palacio, Cosme Algarra, Carlos Frontaura, Federico Luis Henales, Francisco Asenjo Barbieri, José Belart, Eugenio de Vera, Pedro Ramos y Manuel Martos Rubio.

Al marqués de Salamanca le hizo gracia el rasgo de esplendidez de los bohemios que así convidaban al que, convidando a todo el mundo, no era invitado por nadie, y rogó

No salimos del mar interior sin mojarnos — exclamó sentenciosamente el capitán del *steamer*, un sajón legítimo "de los tristes", azafanado de cabellera y con una perilla que caía como una lágrima roja de una cara enjuta y lacia, totalmente afeitada, incluso el labio superior, ayuno hasta de la más leve sombra de bigote. El marino, al hablar, había extendido el brazo sobre la baranda de la borda y señalaba una cerrazón no muy espesa, pero sí bastante extensa, que avanzaba por el Oriente comenzando a borrar el azul intenso del horizonte.

Cerca del capitán, tendidos en dos mecedoras de rejilla, bebían la brisa fresca dos pasajeros, símbolos de dos razas, no ya sólo distintas, sino antitéticas. El uno, como de treinta años, era meridional de clarado, y no sólo meridional, sino latino. Ojos negros y brillantes; tez morena con tonalidades de siena tostada; cabellos y barba oscuros y rizosos; algo soñador e impetuoso en la fisonomía; el gesto pronto; los ademanes vivos. El otro, un lustro más joven, acusaba la progenie del Norte en su fría manifestación sajona. Pupilas azules muy dulces, pero firmes; cutis blanco y sonrosado; pelo rubio cayendo en sedosa melena; facciones finas, de rara corrección de líneas; el absoluto imberbe, y de aire reposado y tranquilo. Cuando el capitán hizo su observación hablaban en francés, dejando escapar alternativamente algunas palabras castellanas o inglesas, idiomas que parecían series familiares y congénitos.

La advertencia del capitán, lanzada como de la boca de una pitonisa, con el mismo tono profético e idéntico ensimismamiento, no fue tomada en consideración sino por el español, que se agitó inquieto en su asiento, mirando al cielo y dispuesto a hundirse de un salto por la escotilla de la cámara antes de que se formalizara el nublarlo. El inglés permaneció impasible, contentándose con meterse en la boca la milésima pastilla de menta y brea del viaje, su antídoto contra las humedades excesivas.

—¡Llegaremos a Osaka muy tarde! — preguntó el español, que, obedeciendo a las leyes biológicas de la raza, no podía estar callado mucho tiempo.

El capitán no lo tuvo de contestar. El inglés, revelando también la estirpe, sacó del bolsillo una guía empasada en tela roja, y abriéndola por el sitio en que asomaba una cintita de señal entre dos páginas consultó uno de ellas y exclamó:

Ocho noche.

El vapor sorteaba las islas verdes del archipiélago japonés que surgían en un mar tranquilo, de poco oleaje, como gigantesca espirita en medio del penacho de las cuales se hubiera tenido el capricho de construir una casa de madera fina. Era navegar en un mediterráneo de abanico. Hasta la luz, robada por las nubes, contribuía a dar al agua, a las vivien- das, a las grandes hojas flotantes unos tonos mates, un apagamiento de extraordinaria suavidad. El buque no pitaba, apenas si sus hélices movían ruido. Diríase que se deslizaba por entre aquel dédalo de jardines acuáticos procurando no ser notado, no turbar su encantador silencio, su vespertina quietud. El español se había levantado,

Corazón británico

Por Alfonso Pérez Nieves

iba de una a otra banda admirando el panorama, y su lengua, disparada por el entusiasmo, no cesaba. —¡Hermoso! ¡Divino! ¡Qué paisaje! ¡Qué tonos! ¡Mire usted, Dik, aquella isla! Es enteramente un *bouquet*. ¿Y aquella otra? El inglés se asomaba, ya a estribor, ya a barbor, zarandeado por su com-

linas indostánicas que se sentaba enfrente de ellos dió ocasión a que el español hiciera una apología entusiasta de Inglaterra, "la patria del cerebro".

El inglés, perfectísimo *gentleman*, elogió a España, "la patria de la poesía". Una corriente simpática se estableció de uno a otro

El crimen de Pierrot —

Y Pierrot refirió lo siguiente:

—Estaba el cielo tan luminosamente azul, que las estrellas sólo parecían un fulgor. Mientras los contertulios de siempre conversaban en el Mesón de los Timidos, aparecí yo, de pronto, nimbado de alegría...

—¡He tenido una idea! — grité, desde el umbral.

Nadie pareció comprender al principio.

—¿Cómo? — preguntó el más impaciente.

—¡He tenido una idea! — repetí con entusiasmo.

—¿Una idea? — murmuró el alcalde sin disimular su asombro.

—¿Una idea? — articuló don Cresoro, palpándose los bolsillos.

—¿Una idea? — rugió el gendarme, apretando la empuñadura del sable.

Parecía que un planeta desviado de su órbita había caído de pronto en medio de la sala.

—Sí, señores, una idea, — repetí acariciando la piel de terciopelo del gato oscuro que me acompaña en las noches de luna cuando salgo a dialogar con las estrellas.

Reinó un silencio angustioso. Se hubiera dicho que todos esperaban la catástrofe.

El dueño de la fonda se adelantó ceñudo:

—¿Y qué tenemos que ver con eso? — gruñó empujándome hacia el portal.

Yo comprendí que una vez más me había conducido mal en la vida y traté de contemplar.

—No tengo la culpa, declaré intimidado, — iba por el camino que conduce, al bosque, y de pronto vi brillar una luz dentro de mí. La acción fue tan rápida que, apenas tuve tiempo de dar un manotón con el recuerdo, como cuando se caza una mariposa. ¿Quién iba a pen-

sar que bastaba un relámpago para saber que...?

—¡Chitón! — aulló un rústico, tapándose la boca.

—Pero...

—¡Silencio! — clamaron todos.

—Nada de imprudencias irremediables, — dictaminó un alguacil.

—Hay que manipular ese producto con mucho tacto, — gimió el farmacéutico.

—Una idea es como una bomba de dinamita, — gimió el coro.

Los bebedores de inmovilidad se sintieron solidarios para conjurar la amenaza. Y en un remolino de voluntades, sin atender a las lágrimas ni a las súplicas, echaron llave a la puerta.

En vano hice crujió los aldabones, en vano crispé los músculos en una arremetida contra el obstáculo. Ni cedieron los cerrojos, ni se ablandó el corazón de los que, me dejaron partir sin utilizar mis complicidades con la luna, y sin preguntarse si el poeta que se alejaba llorando por el valle silencioso, donde la tierra, los árboles y las almas duermen la misma muerte, sabía acaso el gesto o la farándula que puede hacer posible la felicidad.

—¡Pierrot ha tenido una idea!

El rumor cundió de casa en casa, las ventanas se cerraron estrepitosamente, y los transeúntes apretaron el paso, la vida pareció engrufarse en una crispación de defensa.

Nadie sabía en qué consistía la idea. Nadie trataba de averiguarlo. Pero la novedad justificaba las precauciones.

—Una idea tiene que ser siempre contra alguien, — había fallado la pazguatería universal.

Manuel UGARTE

editar él mismo, en París. El inglés se reveló como hijo de un lord y recorría el mundo por recreo: un ejemplar de turismo internacional. Ocupaba él solo un camarote de cuatro literas. El español, más expansivo, se contentaba con la suya en la vecindad de cualquier pasajero. Durante el viaje estrecharon las distancias en las eternas horas de ocio de la navegación y se separaron amigos en el puerto británico.

La casualidad volvió a reunirlos en el Indostán. Halláronse en una calle de Calcuta. En Lahore fué el segundo encuentro. Allí se alojaron en el mismo hotel, intimaron más, y como testimonios de sus respectivas aficiones y fruto de sus hazañas, se mostraron mutuamente, el español unos ejemplares rarísimos de lotos descubiertos por él, y el inglés la piel de un tigre matado por su propia mano de un tiro. Conociéronse entonces un poco más a fondo. El inglés advirtió en su compañero la proverbial hidalguía española, una generosidad impetuosa y caballeresca. Resultaba un poco árabe de tipo y de manera de ser. El español, a su vez, observó en su camarada una gran elevación de ideas y sentimientos, y adivinó una exquisita sensibilidad tras de la nieve de aquel carácter. No dejó de extrañarle la rara finura de su rostro, de su cuerpo todo. Un buen modelo de Apolo para un pintor.

Después de la India proponíanse ambos recorrer el Japón. Restaban en el Iram, al inglés una excursión a los picos del Everest, al español una exploración a la desembocadura del Ganges.

Separáronse de nuevo por ende, citándose para Saigón, donde embarcarían en un vapor de las mensajerías francesas; y reunidos, cita, navegaban ahora en demanda en observancia escrupulosa de la de Hiogo, el puerto de Osaka, en el desvanecimiento del anochecido y entre los centenares de puntos de luz blanca de las islas, como si en el centro del penacho de cada una se hubiera encendido el farol de lazo legendario del japonés.

II.

Debió el español la vida a su compañero de viaje británico, que a pesar de su finura femenil reveló unas extrañas energías varoniles en el momento del peligro. Y el asombro del español no fué flojo, porque también el inglés parecía gustar de las japonesas, y hasta como que fruncía el entrecejo a medida que su amigo se hundía en la inesperada aventura.

Ocurrió ésta en una casa de té. Hallábanse sentados los dos ante una mesita baja, tomando el agua aromática en tacitas liliputienses y contemplando cómo fuera pasaban los peces rojos bajo la tersa superficie de un estanque. Acertó a llegar entonces una japonesa pálida, de negra cabellera en la que blanqueaba la languidez y vestida con larga y amplia bata de seda celeste sujeta con una faja. Sentóse sobre un almohadón, pidió su tetera y clavó sus pupilas en ambos amigos.

El inglés se quedó impasible, pero el español botó en su banqueta al recibir la mirada. Subitamente desapareció el botánico cachazudo,

pañero, y replicaba con su voz argentina y lacónica: "Oh, yes!" Pero en sus profundos ojos azules se pintaba una intensa emoción contenida.

Dos meses hacía que se trataban. Habíanse conocido en la mesa de un transatlántico, en ruta para Madrás. Un comisionista en muse-

por encima de la cabeza del viajante en tules. El español fué el primero que se espontaneó y descubrió su personalidad. Era soltero y de la más linajuda estirpe castellana; viajaba llevado de su afición a las ciencias naturales y como preparación a una obra de zoología que pensaba escribir, y

el noble ceremonioso de sangre azul, y quedó sólo el meridional soñador que descubre el hilo de una aventura amorosa en el país fabuloso del exotismo oriental. Clavó a su vez sus ojos en la japonesa, que se sonrió con imperceptible mohín, y el español entonces se levantó y la ofreció té de su tetera, devorándola con la vista.

—Cuidado, Jorge — exclamó el inglés en francés con su prudencia de raza. No conoce usted bien las costumbres.

El español dominó un movimiento de impaciencia. Ibale resultando molesto aquel camarada con su creciente ingerencia en sus asuntos, en su vida, en la que había algo de protección disimulada, de extraño interés. Contentóse con despreciar la advertencia y llenó de su té la tacita de la joven, su lengua que el español no entendió, haciéndole un ademán, que ese sí tradujo, para que se apartara. El español volvió la cabeza por instinto y se separó de la japonesa. Un hombre joven, de lujosa ropa, acababa de entrar. Había visto la escena, y con airados pasos se acercó a la mujer, la cogió violentamente de la muñeca y zarandeándola concluyó por alzar la mano para pegarla. Pero no tuvo tiempo; el golpe no cayó sobre el rostro pálido, lleno de angustia.

—Delante de mí nadie pega a una mujer, esté donde esté—dijo una voz colérica.

Y antes de que el inglés pudiera impedirlo, ya el español había descargado una soberbia bofetada sobre el japonés celoso. Pero no contaba con la astucia, con el instinto de tigre asiático, y apenas dejado caer el brazo, el ofendido había sacado un corto machete, y abalanzándose al español se lo clavaba en el pecho. Sin el inglés, era el español hombre muerto. No tuvo tiempo el prudente salvador más que para plantarse de un salto junto a los combatientes y desviar la acometida. Luego, viendo que el español se desplomaba lanzando una mirada de gratitud a su compañero al caer, mientras se tapaba con la mano la herida de la que fluía la sangre a borbotones, y que su enemigo blandía el cuchillo con intento de acometer de nuevo, sacó un diminuto revólver de bolsillo y de un tiro tendió en la esterilla de la casa de té al asesino, al que olvidó dando alaridos, quizás en demanda de socorro, junto al español, diciéndole con dulce emoción:

—Animo, Jorge. Eso no será nada.

III

La herida del español, desviada el arma, no era grave; sin el desvío hubiera sido mortal. La hemorragia fué lo que más le perjudicó, robándole fuerzas. Y cuando el bueno del noble botánico abrió los ojos, creyó que los había en el delirio de la fiebre. Hallóse en un cuarto desconocido de otro hotel, o por lo menos no el suyo, y a la cabecera del lecho vió una joven alta, rubia, de dulcísimo semblante, con la sedosa cabellera cortada en ondulante melena.

Se le escapó un grito y quiso incorporarse. Porque aquella joven del pelo cortado era su compañero su camarada de viaje, Dik en persona, al que debía la vida. Pero ¿era posible? ¿No desvariaba su cerebro entre las tinieblas de la calentura? ¿El inglés mujer?

—Quieto—dijo suavemente la enfermera, reteniéndole.

¡Oh, ya no cabía duda alguna! ¡Su voz! Dik no era un hombre, sino una mujer que viajaba con traje masculino. Ahora se explicaba su finura de facciones, su algo femenino acusado en la figura toda. Y antes de que la mente del español, vacilante por la debilidad, se remontase a la vaga región de las conjeturas, exclamó la inglesa con la sencillez, con la naturalidad de

ble, algo trémula y rosada, pero resuelta:

—En usted encontrar yo lo que buscaba: corazón e inteligencia. ¿Usted querirme por esposa si estar libre?

En otras circunstancias la escena hubiera resultado ridícula. La gravedad con que la joven hablaba ante el herido, esperando con los ojos bajos su respuesta, la hacía solemne. El español, a su vez, recordó lo que valía aquella dulce



PAN Y VINO

Pensando en hacer su agosto
Dos industriales gitanos.
Como buenos jerezanos
Aficionados al mosto,

Para una corta excursión
De resultados seguros;
Fijaron en cinco duros
Los gastos de traslación.

De la marcha llegó el día;
Pero, al pensar con espanto
Que iban a gastarse tanto
Dinero en la travesía,

—Compare — dijo el más viejo —

Haremos lo que usted quiera;
Pero, si usted a mí me oyera,
Haría caso de un consejo.

—¿Cuál?

—Pus írnos a patita,
Un rato a pie y otro andando,
Comiendo bien y empujando
Pa aprovechar esa gaita.

—Compare, del mismo modo
Calculaba yotambién:
Es un contra Dios que er tren
Se lleve er dinero todo.

—Iremos sin agonía
Y como nos dé la gana;
Si no llegamos mañana...
Llegaremos otro día.

—Cabá. Pus ahora con seso,
Pa que haiga pa too er camino,
Vamos a pensá con tino
En gastá los cinco peso.

Bajaron los dos la frente,
Diversas cuentas tirando,
Y, a poco de estar pensando,
Dice el uno de repente:

—Compare, ya tengo un plan
Para gastar los cien reales:

Noventa y nueve cabales

Pa vino, y uno pa pan.

Oída la proposición,
Alzó el otro el rostro fiero,
Y mirando al compañero
Dice con indignación:

—Compare, ¡guéna salía!
¿Un reá pa pan, dice usted?

—Sí.
—Pero, ¿vasté a poné
Alguna panadería?

Javier de BURGOS

la raza ingenua que a los convencionalismos continentales resulta extravagante:

—Ser mujer, yes, canadiense, huérfana de padre y madre, y poseer ocho millones de libras. Yo ilustrarme lo que he podido. Conmigo querer casarse muchos hombres por mis riquezas. Pero yo pretender conocer de verdad el corazón sobre el que hubiera de reclinar el mío. En visita todos ser buenos. El novio no abrir nunca su pecho, amoldarse siempre a la mujer que ama y casarse sin conocerse. Luego ser tarde. Por eso, sola y libre, yo disfrazarse para estudiar al hombre como ser por dentro de su alma.

Guardó silencio la inglesa, y por fin terminó con emoción invenci-

criatura; su imaginación romancesca se sintió interesada súbitamente en la aventura; el amor propio tomó en turno la palabra; era además una bellísima mujer, aun con su silueta de estudiante magunciano, y pensando que le había salvado y seguía asistiéndole, y en honor suyo dicho, sin tener un pensamiento mezquino para la enorme fortuna balbució Jorge a borbotones:

—¿Qué he de hacer sino aceptar, debiéndola hasta la vida? ¡Ya lo decía yo! ¡Ese cutis! ¡Esa delicadeza! ¡Pero quién iba a sospechar la verdad? Yo, a pesar de mis aficiones tranquilas de sabio, soy un romántico tremendo. Usted realiza mi ideal. Usted es la mujer soñada, originalísima, imposible de

prever. Ya lo creo que acepto, Dik, digo, señora, y bendigo la frialdad de su corazón británico.

—Que tener igual calor que el suyo español—concluyó la inglesa.

Y un apretón de manos selló aquella extraña boda "internacional".

Las perlas

Humeaba todavía la tierra con la sangre de los "samurais" destruidos en las vecindades de la ciudad, cuando Yoritomo, proclamado, primer "shogun", ordenó, entrando en su palacio de Yokohama, que hiciesen venir a todas sus mujeres.

Trémulas, asustadas, con el pavor retratado en los negros ojos, las más lindas mozas de las ocho islas sagradas comenzaron a desfilar, una a una, ante el trono suntuoso del bárbaro. Y al pasaje de cada una, los ojos relumbrabanle, siniestros, en el rostro enmascarado de sangre y polvo y del cual colgaban, en los cantos de los labios, como las colas de dos ratones, los ralos hilos del bigote cerdos.

Sanguinario y brutal, Yoritomo amaba a sus esposas una sola noche, y luego las mataba. Y era por eso que las pobres niñas temblaban, sosteniéndose apenas sobre los pies minúsculos, al desfilar ante sus ojos inyectados de lujuria y de sangre.

En cierto momento, la espada del guerrero formidable golpeó, áspera, en la laca oscura del trono. Temblando acercáronse los mandarines. Sentados, los "samurais" dobláronse, tocando casi con el rostro el suelo. Las mujeres se detuvieron, y el monstruo habló, indicando a la más hermosa:

—¿Qué mujer es esa?

—Sabed, hijo del cielo, y señor supremo de las ocho islas eternas—informó, trémulo, el más anciano de los mandarines—, que esa joven es Nakieda, la más joven de vuestras esposas vírgenes, enviada a vuestra gloria por la humildad de Nohhan, sacerdote del templo de Benzaiten, en Yeddo.

—¿Por qué llora esa mujer?—insistió el bárbaro.

—Porque era novia, señor, y la arrancaron, para su felicidad y vuestro goce, en el día mismo en que debía reposar, con su prometido, a la sombra del cerezo sagrado — informó el mandarin.

Los rasgos ásperos y oscuros de la faz de Yoritomo, como las rocas que forman en la isla de Yesso las bases del monte Romaga, se estremecieron, intensos, como si los sacudiera un pequeño volcán invisible. Y fué con un rugido que ordenó, irguiéndose:

—Entonces, arrancadle hoy mismo los ojos y arrojadlos al mar desde la más alta roca de la costa. Y volviéndose hacia el mandarin: Tu vida, lobo salvaje, responde por mi orden.

Pasaron los años. Muerto Yoritomo, subió al trono otro "shogun" que hizo, con su bondad, cantar los pájaros y sonreír a las mujeres. Y fué en el reinado de éste que llevaron un día al palacio real, en Yokohama, dos pequeñas chas, dentro de las cuales lucían, con una dulce claridad dos lágrimas petrificadas.

Eran los ojos de Nakieda, la novia infeliz, que andaban llorando, tristes, entre las ondas del mar...

Alegría carnavalesca

Por Fausto Burgos

—¡Cuidadito con volver empapado! Pescarás un resfrío y me dejarás viuda y joven — me dice Beatriz, entre chanza y broma. Yo le prometo a Beatriz volver sano aunque no seco, pues hace un calor...

—No te demores mucho, Carlos; mira que nos quedamos solitas con tu tía Domitila y puede venir esa gentuza a echarnos la puerta abajo y arrojarlos baldes de agua.

—Volveré pronto, Beatriz.

Es de mañana. Las callejuelas de la vieja aldea están silenciosas. En la plaza se han reunido unos mozos. Un rapazuelo vocea:—Bombitas con agua florida a cuarenta la docena. Otro anuncia:—Pomos finos a un peso la caja.

—Cuidado, — me dice un señor tocándome el hombro — bájese usted de la acera porque en aquel zaguán lo esperan con un balde lleno de agua y lo dejarán como pato.

—Gracias — le digo a don Juan.

He andado una cuadra, dos cuadras y me he detenido a mirar las callejuelas tristes, las casas viejas, arruinadas, de mi vieja aldea.

Ahora, dos señoritas me atisban por entre unas persianas. Les he visto los ojos, unos ojos negros, rasgados, fascinadores. ¡Ah! — me digo — son Juanita y Mercedes, mis primas.

Juana y Mercedes asoman a la puerta.

—¡Chist! ¡Chist! ¡Carlos!... ¡Ven!

—¿Qué ocurre? ¿Por qué os halláis aquí? ¿No tenéis escondido algún balde lleno de agua? — Nada, nada. Acércate. Mira, está don Marcos solito, solito, y queremos hacerlo jugar al carnaval. Entra ligero, ligerito para que el viejo no caiga en la cuenta.

—Pero... conmigo no, ¿eh?

—Contigo no. Hemos venido a casa de los Gómez con el único propósito de empaparlo a don Marcos de pies a cabeza y echarle por la cara mucha harina y almidón.

—¿Y lo habéis meditado bien? El doctor es un hombre de pocas bromas...

—¿Qué nos importa, — ha observado Mercedes — si se enoja, peor para él. Ahora no tiene quien lo defienda. Tú irás a darle conversación y a mantenerlo en la puerta lo más des-cuidadito que te sea posible. ¿Oyes?

—Muy bien.

Conversamos con don Marcos.

Don Marcos me cuenta que está solo; que doña Encarnación y las niñas se han ido a la ciudad.

Solo, aburrido y triste lo he encontrado a don Marcos. Don Marcos es un señor de rostro trigüeño, tiene los cabellos plateados en los aldares, la mirada inteligente, el porte distinguido.

Súbitamente el cuerpo de don Marcos ha adquirido la rigidez de las estatuas.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡No, por Dios, que acabo de mudarme! ¡Merceditas! ¡Juanita! ¡No, por Dios! ¡Chuy! ¡Chuy! ¡Chuy!

Diez o doce rapazuelos armados de sendos baldes de agua, han salido de la casa de los Gómez.

Don Marcos huye, salta, grita, intenta esconderse debajo de la cama de doña Encarnación, cierra las puertas; pero las enemigas avanzan airozas arrojándole agua y agua.

—¡Merceditas! ¡Juanita! ¡Lolita! ¡María! No, por Dios! ¡Chuy! ¡Chuy! ¡Chuy! ¡Chuy!...

De los pantalones de don Marcos cae el agua a chorros.

—¡Chuy! ¡Chuy! ¡Chuy! Lolita ¡tégame lástima!

El agua ha salpicado los espejos, ha empapado la roja alfombra, ha resbalado sobre las lustradas butacas y ha mojado el lecho de doña Encarnación.

—¡Chuy! ¡Chuy! ¡Perdón! ¡Perdón!

Don Marcos está a merced de sus hermosas enemigas. Ahora lo acarician, le dan de palmaditas y le echan agua por el cuello. El agua le

corre despacio, desde el cuello hasta la rabadilla.

—¡Chuy! ¡Chuy! ¡Merceditas! ¡Picaronas! ¡Picaronas! ¡Traicioneras!

—¡Ahora verá usted, picarón!... Esta bolsa de almidón es para hacerlo jugar — le dice María.

—No, hija... no, por Dios! Me váis a dejar hecho una tordilla...

—¡Tome! ¡Tome! Todo es carnaval. ¡Tome!

—¡Jesús! Me han secado los ojos! ¡Ay!

¡Ay! Estoy ciego... ¡Nada más! ¡Nada más!

Y don Marcos traga puñados de almidón y cierra fuertemente los ojos. Unas manos suaves, finas, tibias, lo acarician y le empolvan la cara. Don Marcos se siente feliz. El traje de don Marcos ha quedado como una bolsa de harina; pero don Marcos ha rejuvenecido.

—¡A la tina! ¡A la tina! ¡A la tina, ahora! ¡A la tina, don Marcos! ¡A bañarse! — exclaman las enemigas.

Cerca está una tina colmada.

Y Merceditas, Juana, Lola y María cogen a don Marcos y lo llevan en volandas. Don Marcos no se resiste; le place el aliento tibio y perfumado de los pechos turgentes.

¿Lo ahogarán?

Don Marcos, ríe, ríe, con el agua hasta el pescuezo.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! Picaronas! Me habéis vuelto a la vida! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Diablillas! Estoy bien; estoy fresco: sentía calor en vuestros brazos...

Merceditas, Lola, María, Juana, destacan la risa cascabelera y lo miran alborozadas.



Vd. ha exigido de su Cerebro

mas de lo que podía dar. lo ha exprimido de tal manera, que necesita algo muy eficaz para recuperar lo perdido. Ese algo en forma de tónico, es la

Nucleodyne

(EL TONICO QUE DA FUERZA)

Tomando tan sólo dos botellas se nota un cambio inmediato, levanta el espíritu, da fuerzas a los débiles, hace recuperar la memoria; bajo su acción el cuerpo revive, la voluntad vuelve a manifestarse y los achataados por el exceso de trabajo recuperan sus bríos. La NUCLEODYNE es el mejor medicamento tónico que existe en farmacia.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida.

Buenos Aires

Recepción oficial de los nuevos diplomáticos



El embajador de Chile, en la República Argentina, doctor Enrique Bermúdez, acompañado del introductor de embajadores, señor Amaya, saliendo de la casa de gobierno después de presentar al Presidente de la Nación, doctor Irigoyen, las credenciales de su elevado cargo.



El doctor José María Escalier, ministro de Bolivia acreditado ante nuestro gobierno, después, de ser recibido por el Presidente de la República.



El nuevo ministro de Austria en nuestro país, doctor Antonio Retschet, abandonando la casa de gobierno después de ser reconocido en tal carácter, por el primer magistrado.



En honor del ministro de Hacienda.



El comandante del "Cap Arcona", comodoro Ernesto Rolín, ofreció, a bordo de dicha nave, un banquete en honor del ministro de Hacienda, doctor Enrique Pérez Colman. En representación de dicho secretario de Estado, que no pudo asistir al acto, concurrió su secretario, señor Luis Fernández Alonso, al que acompañaron en la mesa un núcleo de caballeros. — Vista de los comensales.

El servicio radiotelefónico con Francia



El ministro de Relaciones Exteriores, doctor Horacio Oyhanarte, y el embajador de Francia, en nuestro país, durante el acto inaugural del servicio radiotelefónico entre París y Buenos Aires.

Comisión de homenaje al general Saavedra



Los miembros que componen la comisión de homenaje que deberá tributarse a la memoria de Cornelio Saavedra, reunidos en el Archivo General de la Nación, durante una de sus sesiones.

Iniciación de las fiestas de carnaval



El intendente municipal, señor Jose Luis Cantilo, acompañado del secretario de Obras Públicas, señor Rodriguez Irigoyen y de los miembros que componen la comisión oficial de las fiestas carnavalescas, durante su visita al baile organizado por dicha comisión y realizado con el mayor lucimiento en el teatro San Martin, acto que constituyó el número inicial del programa de las fiestas de carnestolendas, que auspicia la comuna.



El palco de los artistas durante el baile oficial realizado en el teatro San Martín.



Un detalle de la enorme concurrencia que asistió al baile del teatro San Martín.



La reina de la fiesta, acompañada del príncipe consorte, después de su solemne proclamación, efectuada en el baile de los Aviadores, que se llevó a cabo en el teatro de la Opera.

Campeonato nacional de natación para novicios



Carlos Caridad que batió un record argentino.



Equipo del Club Universitario de Buenos Aires, que obtuvo el primer puesto, con veintiseis puntos a su favor, en la prueba final del campeonato de novicios.



Doctor Julio E. Marengo

“En un pingo pangaré”

El solaz dominical de nuestros hombres de ciencia. — El doctor Julio E. Marengo

El estudioso, el hombre de ciencia o el artista de verdad, no son concebidos por el grueso del público sino en el ambiente severo del laboratorio y el “atelier”. Aplicado al sacrificio, en su obra de bien y de belleza el espíritu humano pone una dedicación absorbente que parece excluir toda distracción. Por eso no imagináramos a Pasteur o Gorky en la frescura de una merienda dominical, en las afueras ciudadanas, gozando por ligeras horas del límpido aire del campo y de la sombra de unos parrales venerales. Sin embargo, nada más usual. El sabio suele escaparse a la atracción de la retorta y el microscopio, refugiándose en la casita amable de los pueblitos suburbanos, cerca del horizonte; y en cuanto al artista, para la realización de su propia labor, sabe irse a menudo lejos de su estudio, buscando nueva atmósfera para su espíritu y para su retina. Con ello ambos se dan descanso

en el esfuerzo creador que constituye toda su existencia, y vivifican con aliento reconfortante su mente y su ánimo.

He aquí, pues, cómo el doctor Julio E. Marengo, uno de nuestros más descolantes facultativos, distrae sus domingos en su finca de campo. Al lado de su señora madre y de su distinguida hermana, el conocido médico da expansión a sus nervios, duramente trabajados en la diaria fatiga del consultorio y del laboratorio. Le vemos gineta en un pingo dócil, y aunque “capaz de montar un potro y sofrenarlo en la luna”, confiado tranquilamente a las riendas y a los estribos. Estos momentos de dulcedumbre, con calor de hogar noble y austero, le reponen y llenan de nuevos bríos para proseguir la intensa obra médica con la cual el doctor Julio E. Marengo supo acreditarse una personalidad científica valiosa e indiscutible.



Señora y señorita de Marengo, madre y hermana del doctor Marengo.

Fiesta en la escuela núm. 7 del consejo escolar VI



Grupo de alumnas de la escuela de adultos número 7 del Consejo Escolar VI, que dirige la señorita Doralina Villagra, después de bailar el minuet que constituyó un número del programa de la fiesta escolar últimamente efectuada en dicho establecimiento.



El señor E. Di Pietro y demás intérpretes de la obra “Sin palabras”, original de los Alvarez Quintero, representada con mucho éxito en el festival de referencia.

Vida artística



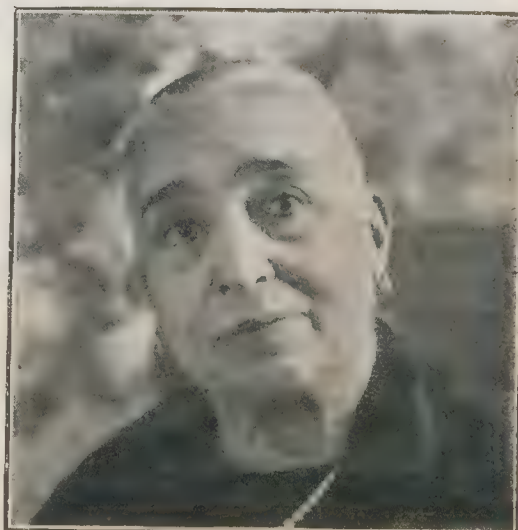
La distinguida pianista argentina, señorita Elena Larriau, que ha sido contratada en Europa para dar una serie de conciertos.

Bibliografía



Sr. Félix M. Pelayo, autor del volumen de cuentos “El talón de Aquiles”, recientemente aparecido.

Necrología



Señora Elisa Donati de Assorati, virtuosa dama cuyo reciente fallecimiento ha sido hondamente lamentado.

AVENTURAS DE UN GRILLO

(POR EL DR. ERNESTO CANDÉZE)



Dibujo de P. Roris

(Continuación)

En efecto, allí estaba. Al verle la luciérnaga, se precipitó sobre él y lo trituró entre sus mandíbulas con verdadero furor. Al recordarle sus días infaustos el relato que acababa de hacernos, había reanunciado el odio que profesaba a los esfexos y a su progenitura.

—¿Por ventura está en salvo ahora esa araña? — pregunté.

—Sí, por cierto.

—¿Y sacudirá su letargo?

—Indudablemente, ya que se ve libre del huevo del esfexo. Esto es cuestión de tiempo.

—¡Oh, amigo Lampiro! Acabáis de prestar un señalado servicio a ese animal, del que, sin duda, os quedará eternamente agradecido.

—¿Y crees tú, primito, objetó la cigarra, que yo no he contribuido a salvarle la vida? ¿Acaso no la he sacado de su tumba? A no permanecería enterrado, cumplido su triste

—Amiga! — dijo la cigarra, ¿Oyóis algo que

ha poco me la ofrecisteis para regalarme el estómago? Y lo peor es que la pobre araña ha oído nuestra conversación.

—Tienes razón, no lo recordaba. Me dan ganas de hacerle terminar de una vez todas sus penas.

—No! perdonada. Será tanta su felicidad al renacer, digámoslo así, que no es consagrarle ojeriza por viejos propósitos. Además, que tienen menos delicadeza los sentimientos que eso. Estoy seguro que no se mostrará ofendida de vuestra pérdida intencional. Tanto más cuanto que ella misma, a hallarse en vuestro lugar, hubiese pensado de idéntico modo.

—No digo que no, primo, no digo que no.

Luego empecé a examinar la araña que acabábamos de salvar. Estiré una tras otra, asegurándome de que habían conservado toda su flexibilidad. Asimismo noté que sus ojos estaban animadísimo, lo cual en un principio pasó inadvertido para mí. La araña en cuestión pertenecía a una de las especies grandes. Llévela arrastrando a un rincón de nuestra casa, y allí la dejé para que recobrase del todo los sentidos.

—Ahora que has satisfecho el apetito, díjome la cigarra, vas a contarnos tu historia. Mucho me agradecería conocer a qué debo la satisfacción de cobijarte bajo mi techo. ¿Eres mi vecino?

—No tanto. De mi morada hasta aquí he puesto una hora si bien me he detenido, aprendiendo el paso y el trote, para no me habría bastado para la

—Amiga! — dijo la cigarra, ¿Oyóis algo que



nación, repuso la cigarra; mañana será otro día. Mientras tanto vamos a descansar: la borrasca se ha disipado y ya no hay temor de una inundación. Como es muy tarde para que regreséis a vuestra casa, amigo Lampiro, os invito a pasar aquí la noche.

—La luciérnaga aceptó la invitación. — dijo la cigarra, ¿Oyóis algo que

cobrarne de mis emociones y fatigas. Así, pues, arreglése cada cual lo mejor que pudo en su lecho, no tardando en reinar el más profundo silencio en la morada de la cigarra.

CAPITULO IV PLATICA

Deslizóse tranquilamente la noche, sin que nuestro reposo fuese turbado por nada ni por nadie. Cuando desperté, todo se encontraba como lo habíamos dejado al acostarnos. La lamparilla de la luciérnaga seguía alumbrando el comedor, transformado en alcoba.



—Imposible saber qué hora era, lo cual hice observar a la cigarra, que también acababa de despertarse.

—Ha empezado a amanecer, dijo ésta; podéis salir en otro afuera a saludar al sol; mientras tanto yo prepararé el almuerzo.

—Tendría curiosidad de saber en qué consistía lo que ha despertado el alba, objeté.

—Es muy sencillo: lo sé por mis vecinas las avispas. ¿No oyes lo algazara que mueven? Cada mañana sucede lo mismo.

—Apruebo vuestro consejo y voy un momento afuera. ¿Qué corredor he de seguir? Parece que ayer entramos por el que está enfrente de nosotros.

—Así es, Tomándole no puedes extraviarte.

Internéme por dicha galería, y al poco rato me vi envuelto entre tinieblas: sin embargo, seguía andando sin temor de perderme, pues no teniendo corredores laterales el pasillo, forzosamente debía terminar al extremo del salón subterráneo, es decir, al exterior.

Así fué que no tardé en divisar débil claridad, que iba aumentando a medida que yo avanzaba, hasta que por último encontréme en la boca del subterráneo. Todavía algunos pasos y llegaría a la anchurosa alameda.

La mañana era deliciosa: el sol, rodeado de húmedos vapores apenas acababa de asomar su faz por el horizonte; e impregnado el ambiente de balsámicos perfumes, conservaba la frescura vivificante propia de las primeras horas matutinas.

La borrasca de la víspera no había dejado más huellas que algunas perlas líquidas que brillaban sobre las hojas de las plantas.

Saludé al astro diurno con regocijados cantos. Habíanse borrado de mi memoria cuantas ideas lúgubres antes me asaltaran, y veía el porvenir de color de rosa: tan cierto es que nuestras impresiones dependen, no de la verdadera situación en que nos encontramos, antes bien del sentido en que nos hace apreciar dicha situación nuestra disposición moral.

Engolfado en esa disertación psicológica y en otras por el estilo, desandé lo andado, volviendo a penetrar en casa de la cigarra para acompañar a ésta y a la luciérnaga.

como toda medalla tiene su reverso tampoco le falta un tinte oscuro al cuadro de mi prosperidad, puesto que no gozo exclusivamente de ella. De vez en cuando los topes y las musarañas invaden mis dominios para dedicarse a la caza, y si cayese en sus garras, digo yo, no lo pasara muy bien. Afortunadamente tengo muy fino el oído, y advertida a tiempo de su presencia, de un salto me oculto en mi subterráneo, a donde no pueden seguirme mis enemigos, pues el demasiado estrecho el paso que a él conduce. El único temor que me asalta es que me sorprendan durmiendo; con todo, lo veo difícil, porque estoy siempre ojo alerta.

—¿Son estos los únicos cuidados que tenéis?

—Sí; pero el jardinero de la quinta me ha cobrado ojeriza: está creyendo que daño sus plantas, achacándome los estragos que causan en los fresales las larvas de saltón. De manera que cada día me arma una nueva zancadilla. Anteayer descubrí, no lejos de este sitio, en el trayecto de una de mis galerías, un tiesto enterrado de tal suerte, que hubiese andado distraída cayera en él sin poder salir.

—Tenéis parentescos con esas canchales?

—Sí, por cierto; somos una familia bastante numerosa: creo que veinte individuos, todos ellos establecidos en estos contornos.

—¿Os tratáis?

—A veces me visita una hermana, a quien quiero mucho, pues es muy divertida. Anoche, cuando una feliz casualidad deparóme tu amistad, la estaba aguardando a la puerta de mi habitación.

—¿También vive al lado vuestro la colonia de las avispas?

—Sí.

—¿Vaya una vecindad desagradable!

—¡Oh! no las tratéis... a lo mejor os gustan.

—¿Y qué vistes?

—No digo que no.

—Explicaos, pues no os entendí bien.

—Un día que estaba abriendo una galería, poco me faltó para caer en su propia habitación.

—He aquí una distracción que hubiese podido costaros cara.

—Por fortuna no me vieran; y yo tuve buen cuidado de eclipsarme, contentándome con mirar furtivamente por la abertura que acaba de practicar en su vivienda.

—¿Y qué vistes?

—Algo muy curioso. Una cavidad inmensa en la que había como suspendidos una docena de terrones horizontales, muy juntos y enlazados por una especie de pilares. Los terraplenes estaban formados por innumerables celdillas que, al parecer, contenía cada una un gusano, tal vez sus larvas. Gran número de avispas ocupábanse en alimentar a esas larvas, mientras que otras trabajaban activamente para abrir nuevas celdillas. De una ojeadita vi todo esto, pues como comprendéis muy bien amigo, no entraba en mis cálculos entre tenerme. Después de tapar bien que mal el orificio que acababa de abrir en una de las paredes de su habitación, abandoné aquel sitio a marchas forzadas.

—¿Os costó el boquete?

—No, por cierto. Las paredes de su albergue, en una especie de corteza formada de doce capas delgadas, son intermedias.

—¿Viven aquí una habitación?

—¡Oh, sí! a decir centenares de

—¿Y pasan el día en la tierra?

—Indudablemente; más cas parecen al llegar el otoño, cuanto a mis vecinas, fáciles dentro de poco sean víctimas de una catástrofe.

—¿Qué queréis decir?

—Que no les alabo el gusto de establecerse en este sitio. De noche a la mañana el jardinero les jugará una mala pasada.

—¿A las avispas?

—Me explicaré: el día menos

—¿Y qué vistes?

—No digo que no.

—Explicaos, pues no os entendí bien.

—Un día que estaba abriendo una galería, poco me faltó para caer en su propia habitación.

—He aquí una distracción que hubiese podido costaros cara.

—Por fortuna no me vieran; y yo tuve buen cuidado de eclipsarme, contentándome con mirar furtivamente por la abertura que acaba de practicar en su vivienda.

—¿Y qué vistes?

—Algo muy curioso. Una cavidad inmensa en la que había como suspendidos una docena de terrones horizontales, muy juntos y enlazados por una especie de pilares. Los terraplenes estaban formados por innumerables celdillas que, al parecer, contenía cada una un gusano, tal vez sus larvas. Gran número de avispas ocupábanse en alimentar a esas larvas, mientras que otras trabajaban activamente para abrir nuevas celdillas. De una ojeadita vi todo esto, pues como comprendéis muy bien amigo, no entraba en mis cálculos entre tenerme. Después de tapar bien que mal el orificio que acababa de abrir en una de las paredes de su habitación, abandoné aquel sitio a marchas forzadas.

—¿Os costó el boquete?

—No, por cierto. Las paredes de su albergue, en una especie de corteza formada de doce capas delgadas, son intermedias.

—¿Viven aquí una habitación?

—¡Oh, sí! a decir centenares de

—¿Y pasan el día en la tierra?

—Indudablemente; más cas parecen al llegar el otoño, cuanto a mis vecinas, fáciles dentro de poco sean víctimas de una catástrofe.

—¿Qué queréis decir?

—Que no les alabo el gusto de establecerse en este sitio. De noche a la mañana el jardinero les jugará una mala pasada.

—¿A las avispas?

—Me explicaré: el día menos

—¿Y qué vistes?

—No digo que no.

—Explicaos, pues no os entendí bien.

—Un día que estaba abriendo una galería, poco me faltó para caer en su propia habitación.

—He aquí una distracción que hubiese podido costaros cara.

—Por fortuna no me vieran; y yo tuve buen cuidado de eclipsarme, contentándome con mirar furtivamente por la abertura que acaba de practicar en su vivienda.

—¿Y qué vistes?

—Algo muy curioso. Una cavidad inmensa en la que había como suspendidos una docena de terrones horizontales, muy juntos y enlazados por una especie de pilares. Los terraplenes estaban formados por innumerables celdillas que, al parecer, contenía cada una un gusano, tal vez sus larvas. Gran número de avispas ocupábanse en alimentar a esas larvas, mientras que otras trabajaban activamente para abrir nuevas celdillas. De una ojeadita vi todo esto, pues como comprendéis muy bien amigo, no entraba en mis cálculos entre tenerme. Después de tapar bien que mal el orificio que acababa de abrir en una de las paredes de su habitación, abandoné aquel sitio a marchas forzadas.

—¿Os costó el boquete?

—No, por cierto. Las paredes de su albergue, en una especie de corteza formada de doce capas delgadas, son intermedias.

—¿Viven aquí una habitación?

—¡Oh, sí! a decir centenares de

—¿Y pasan el día en la tierra?

—Indudablemente; más cas parecen al llegar el otoño, cuanto a mis vecinas, fáciles dentro de poco sean víctimas de una catástrofe.

—¿Qué queréis decir?

—Que no les alabo el gusto de establecerse en este sitio. De noche a la mañana el jardinero les jugará una mala pasada.

—¿A las avispas?

—Me explicaré: el día menos

—¿Y qué vistes?

—No digo que no.

—Explicaos, pues no os entendí bien.

—Un día que estaba abriendo una galería, poco me faltó para caer en su propia habitación.

—He aquí una distracción que hubiese podido costaros cara.

—Por fortuna no me vieran; y yo tuve buen cuidado de eclipsarme, contentándome con mirar furtivamente por la abertura que acaba de practicar en su vivienda.

—¿Y qué vistes?

—Algo muy curioso. Una cavidad inmensa en la que había como suspendidos una docena de terrones horizontales, muy juntos y enlazados por una especie de pilares. Los terraplenes estaban formados por innumerables celdillas que, al parecer, contenía cada una un gusano, tal vez sus larvas. Gran número de avispas ocupábanse en alimentar a esas larvas, mientras que otras trabajaban activamente para abrir nuevas celdillas. De una ojeadita vi todo esto, pues como comprendéis muy bien amigo, no entraba en mis cálculos entre tenerme. Después de tapar bien que mal el orificio que acababa de abrir en una de las paredes de su habitación, abandoné aquel sitio a marchas forzadas.

—No, por cierto. Las paredes de su albergue, en una especie de corteza formada de doce capas delgadas, son intermedias.

—¿Viven aquí una habitación?

—¡Oh, sí! a decir centenares de

—¿Y pasan el día en la tierra?

—Indudablemente; más cas parecen al llegar el otoño, cuanto a mis vecinas, fáciles dentro de poco sean víctimas de una catástrofe.

—¿Qué queréis decir?

—Que no les alabo el gusto de establecerse en este sitio. De noche a la mañana el jardinero les jugará una mala pasada.

—¿A las avispas?

—Me explicaré: el día menos

—¿Y qué vistes?

—No digo que no.

—Explicaos, pues no os entendí bien.

—Un día que estaba abriendo una galería, poco me faltó para caer en su propia habitación.

—He aquí una distracción que hubiese podido costaros cara.

—Por fortuna no me vieran; y yo tuve buen cuidado de eclipsarme, contentándome con mirar furtivamente por la abertura que acaba de practicar en su vivienda.

—¿Y qué vistes?

—Algo muy curioso. Una cavidad inmensa en la que había como suspendidos una docena de terrones horizontales, muy juntos y enlazados por una especie de pilares. Los terraplenes estaban formados por innumerables celdillas que, al parecer, contenía cada una un gusano, tal vez sus larvas. Gran número de avispas ocupábanse en alimentar a esas larvas, mientras que otras trabajaban activamente para abrir nuevas celdillas. De una ojeadita vi todo esto, pues como comprendéis muy bien amigo, no entraba en mis cálculos entre tenerme. Después de tapar bien que mal el orificio que acababa de abrir en una de las paredes de su habitación, abandoné aquel sitio a marchas forzadas.

—¿Os costó el boquete?

—No, por cierto. Las paredes de su albergue, en una especie de corteza formada de doce capas delgadas, son intermedias.

—¿Viven aquí una habitación?

—¡Oh, sí! a decir centenares de

—¿Y pasan el día en la tierra?

—Indudablemente; más cas parecen al llegar el otoño, cuanto a mis vecinas, fáciles dentro de poco sean víctimas de una catástrofe.

—¿Qué queréis decir?

—Que no les alabo el gusto de establecerse en este sitio. De noche a la mañana el jardinero les jugará una mala pasada.

—¿A las avispas?

—Me explicaré: el día menos

—¿Y qué vistes?

—No digo que no.

—Explicaos, pues no os entendí bien.

—Un día que estaba abriendo una galería, poco me faltó para caer en su propia habitación.

—He aquí una distracción que hubiese podido costaros cara.

—Por fortuna no me vieran; y yo tuve buen cuidado de eclipsarme, contentándome con mirar furtivamente por la abertura que acaba de practicar en su vivienda.

—¿Y qué vistes?

—Algo muy curioso. Una cavidad inmensa en la que había como suspendidos una docena de terrones horizontales, muy juntos y enlazados por una especie de pilares. Los terraplenes estaban formados por innumerables celdillas que, al parecer, contenía cada una un gusano, tal vez sus larvas. Gran número de avispas ocupábanse en alimentar a esas larvas, mientras que otras trabajaban activamente para abrir nuevas celdillas. De una ojeadita vi todo esto, pues como comprendéis muy bien amigo, no entraba en mis cálculos entre tenerme. Después de tapar bien que mal el orificio que acababa de abrir en una de las paredes de su habitación, abandoné aquel sitio a marchas forzadas.

—¿Os costó el boquete?

—No, por cierto. Las paredes de su albergue, en una especie de corteza formada de doce capas delgadas, son intermedias.

—¿Viven aquí una habitación?

—¡Oh, sí! a decir centenares de

—¿Y pasan el día en la tierra?

—Indudablemente; más cas parecen al llegar el otoño, cuanto a mis vecinas, fáciles dentro de poco sean víctimas de una catástrofe.

—¿Qué queréis decir?

—Que no les alabo el gusto de establecerse en este sitio. De noche a la mañana el jardinero les jugará una mala pasada.

—¿A las avispas?

—Me explicaré: el día menos

—¿Y qué vistes?

—No digo que no.

—Explicaos, pues no os entendí bien.

—Un día que estaba abriendo una galería, poco me faltó para caer en su propia habitación.

—He aquí una distracción que hubiese podido costaros cara.

—Por fortuna no me vieran; y yo tuve buen cuidado de eclipsarme, contentándome con mirar furtivamente por la abertura que acaba de practicar en su vivienda.

—¿Y qué vistes?

—Algo muy curioso. Una cavidad inmensa en la que había como suspendidos una docena de terrones horizontales, muy juntos y enlazados por una especie de pilares. Los terraplenes estaban formados por innumerables celdillas que, al parecer, contenía cada una un gusano, tal vez sus larvas. Gran número de avispas ocupábanse en alimentar a esas larvas, mientras que otras trabajaban activamente para abrir nuevas celdillas. De una ojeadita vi todo esto, pues como comprendéis muy bien amigo, no entraba en mis cálculos entre tenerme. Después de tapar bien que mal el orificio que acababa de abrir en una de las paredes de su habitación, abandoné aquel sitio a marchas forzadas.

(Continuó.)

Marplatenses



Doctores David de Tezanos Pinto, Antonio Dellepiane y Carlos Rosetti



Doctor José Tomás Sojo y señora



Señorita Haydee Gagliani



Señora de Vélez Lorea y sus hijitos



Señora Margarita P. de Lamadrid



Señora Elena S. de Krantz, doctora señorita Rosalía Sathanovsky y señorita Emilia Waldman



EN EL TIRO DE PICHON. — El intendente de la capital federal, señor Cantilo, el doctor Diógenes Urquiza y el señor Ruyllón.



Los tiradores De Pauli, italiano y de Castro, brasileño, ganadores del gran premio.



Señores Ruyllón y Pini, ganadores del gran premio San Vicente



Componentes del equipo italiano de tiro que tomó parte en la reunión inaugural del tiro de pichón.



Los tiradores brasileños, señores B. de Castro, O. de Oliveira y H. Lahmayer, que también actuaron en la mencionada reunión.

Fots. Bonnin e Iris.

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



La bella actriz Duane Thompson que actúa en películas de la Sociedad General.



Edith Roberts y Cornelius Keefe en "El emisario de la ley", cinedrama que la General exhibe desde el viernes último



Dorothy Coburn, bella actriz que aparece en películas de la Metro - Goldwyn - Mayer.



A la izquierda: Charles Rogers y Marian Nixon en una escena de "Labios al rojo", gran éxito de la Universal. — A la derecha: Marian Nixon en la misma película Jewell, cinta que presenta a la muchacha norteamericana ultramoderna y extra libre, en asunto de gran interés.



Escena de "La batalla de los sexos", notable producción de Griffith que será uno de los más importantes estrenos próximos de Artistas Unidos.



Un barco muy peligroso es el yate manejado por Raquel Torres, Eva Von Berne y Josephine Dunn, tres bellas vampiros de la Metro - Goldwyn - Mayer.

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



AARON CASTELLANOS. — Grupo de alumnas del colegio de Nuestra Señora de las Mercedes, que festejaron el cincuentenario de la fundación de dicho establecimiento docente.



Alumnos del colegio de San Francisco, reunidos con los directores de la mencionada institución con motivo de celebrarse las fiestas patronales.



RIO CUARTO. — Durante el acto de la jura de la bandera por el regimiento de boy-scouts de la localidad.



El teniente coronel Márquez, fundador de la unidad, saludando la bandera.



Momento de exigir, en alta voz, la fórmula del juramento, a los boy-scouts de Río Cuarto.



Equipos de F. C. de Arias y Club de Laboulaye, que disputaron en Río Cuarto la final del campeonato regional de la zona sud de Córdoba, patrocinado por la liga Riocuartense, y en cuyo encuentro venció Arias por 2 a 0 goals.



RUFINO. — Concurrentes al paseo campestre organizado en celebración del cuarto aniversario de la fundación del Club Atlético B. A. P.



LA RIOJA. — Señor José Angel Brizuela, cuyo fallecimiento fué muy lamentado.

RAZA DE LOBOS

Por Hámlet-Gómez

En el rincón más bravío de la sierra, en un vallezuelo solitario y salvaje, era donde tenían sus cortijos los Bocachas y los Rajas, fieras estirpes de familias serranas, que vivieron siempre como los lobos y las cabras montaraces.

No muy holgada la hacienda, ruído el trabajo y los maldecidos tiempos cada vez peores, por inclemencias del cielo y rigores del diablo, —que es el fisco— ambas familias prolíficas y ricas en tiempos, vinieron a menos en hacienda y prole. Juan Raja, el patriarca del cortijo de los Gazules, era viudo y sólo tenía un hijo: Pedró. Ramón Bocacha, el amo del cortijo de los Prados, era viudo también y sólo tenía una hija: Ana María.

Siendo jóvenes, Juan Raja y Ramón Bocacha riñeron por cuestión de honra. Juan Raja dijo un día: "Los Rajas son los hombres más valientes que han nacido". Lo supo Ramón Bocacha, lo buscó a Juan a solas y le preguntó:

—¿Has dicho tú que los Rajas son los hombres más valientes que han nacido?

—Lo he dicho.

—Pues los Bocachas también hemos nacido.

Riñeros, y Ramón Bocacha atravesó de parte a parte a Juan Raja de una puñalada. Juan peleó con la muerte, y curó al fin, porque los Rajas tienen la carne dura.

Andando el tiempo, Ramón Bocacha se presentó un día a Juan Raja y le dijo:

—Quiero casarme con tu hermana. Ella quiere, tus padres están conformes y vengo a ver si tú dices que sí o dices que no.

—Entre nosotros —contestó Juan— no puede haber tratos mientras no arreglemos un negocio que tenemos pendiente: Me debes una puñalada.

—Ya lo sé, y por eso vengo a buscarte para que te cobres, Juan.

—Es justo: riñamos.

—No —replicó Juan, moviendo la cabeza juiciosamente—. Si reñimos, me expongo a aumentar la deuda... Y no me casaré con tu hermana.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Que te cobres, nada más.

—¡Bah! Así que te pinche, entrarás en calor y te defenderás —observó Juan.

Y al mismo tiempo, sacó su cuchillo y embistió a Ramón, describiendo un amplio círculo, en el que relampagueó el acero como una centella...

Pero Ramón Bocacha permaneció inmóvil y el cuchillo, al terrible impulso de la mano ciega, se hundió en su vientre...

—¡En paz! —balbuceó Ramón.

Y se tambaleó moribundo.

Juan sorprendido, furioso y dolorido, le sacó el cuchillo del vientre, taponó la herida con su pañuelo, se lo echó auestas y lo llevó al cortijo de los Prados. También murió Ramón. Bocacha de aquella brecha en el vientre porque también es dura la carne de los Bocachas.

La primera vez que Juan vió a Ramón después de este incidente, aquél le dijo a éste, estrechándole la mano:

—¡Buena puntería!

—¡Phs! —respondió Ramón encogiéndose de hombros modestamente.

—¿Cómo fué? —inquirió Juan.

ga, al viejo de los Prados le temblaban demasiado las piernas y tomaba prestadas las del pacífico asno.

Al verle llegar, Juan se puso de pie y le gritó:

—¿Vienes aquí, Ramón?

—Aquí vengo, Juan.

Este apoyándose en una cayada y arrastrando las piernas se acercó a la puerta abierta del cortijo y llamó:

—¡Muchacha! ¡Rapaza! ¡Micaela!... ¡Saca una silla, un jarro de vino y dos vasos! ¡Pronto!... ¡Y anda a ayudar a desmontar al amo de los Prados, que viene a vernos!

Una muchacha, hija de un pastor, que se quedaba a cuidar al viejo cuando los mobres y las mujeres del cortijo salían a sus faenas del campo, se presentó riendo en el umbral:

—Bien venido, tío Ramón. ¡Tantos días sin venir por aquí!...

Y corrió a ayudarle a desmontar.

Lo cierto es que hacía algunos meses que al amo de los Prados no se le veía por el cortijo de los Gazules y el viejo Juan Raja, a pesar de la franca cordialidad con que recibía a su cuñado, desconfiaba de aquella visita.

Porque en los últimos tiempos los viejos se habían reunido todos los días, a beber juntos un jarro de vino y a fumar sus interminables cigarrillos.

Pero Juan había sabido que su hijo Pedro enamoraba a Ana María, la hija de Bocacha, y al enterarse había dicho furioso: "No quiero que mi hijo se case con esa mala hembra, hija de una mala madre".

El viejo Juan Raja tenía ideas caballerescas acerca del honor y en su alma guardaba un culto romántico hacia su mujer muerta. En la alcoba, frente a su cama, tenía un retrato, con gran marco dorado, y es fama que el viejo, al acostarse y al levantarse, miraba siempre aquel retrato y suspiraba. Por eso Juan Raja no quería que su hijo se casara con una mujer de fama dudosa, como Ana María, sino que se uniera a una mujer santa, como lo fué la suya.

Ramón Bocacha, al saberlo lo dijo por Juan, no había vuelto a visitar a su cuñado. Y hé aquí que ahora, inesperadamente, el amo de los Prados se presentaba en el cortijo de los Gazules. Juan Raja desconfiaba de aquella visita.

Desmontó trabajosamente el viejo Ramón ayudado por la rapaza, que se refa donosamente de su torpeza senil; y ambos viejos se sentaron frente a frente a la puerta



Cuando se curó de la herida, Ramón se encontró un día con Juan y le dijo:

—Supongo que ya no tendrás nada que oponer a que yo me case con tu hermana.

—Nada —contestó Juan— pero te advierto que mi hermana es una mala hembra; no es de mi casta: yo la he visto andar en malos pasos con un hombre.

—¿Con quién? —preguntó Ramón.

—Con uno de los mozos de mi cortijo: con Borines, el tuerto.

—Cosa fea —afirmó Ramón con mal gesto—. Pero de lo que haya hecho tu hermana hasta ahora ¿qué culpa tengo yo? De aquí en adelante, sí —añadió gravemente.

—Me temo que tendrás que matarla —afirmó Juan.

—Bueno —asintió resignadamente Ramón.

Se efectuó la boda de Ramón Bocacha y Catalina Raja, y a los pocos días el mozo del cortijo de los Gazules, Borines, el tuerto, apareció en un barranco con una bala en la cabeza: bien muerto, por cierto.

Nada pudo averiguar la justicia de aquella muerte. A Borines el tuerto, lo enterraron.

—Cuando un hombre se pone en el camino que lleva una bala, lo pasa mal —afirmó Ramón sentenciosamente.

Dos años después, Catalina, la esposa de Ramón Bocacha, se despeñó cayendo de cabeza al río, y nadie supo ni trató de averiguar si Catalina se despeñó por su cuenta o la empujaron al río.

Tales fueron en sus buenos tiempos Juan Raja, el patriarca del cortijo de los Gazules y Ramón Bocacha, el amo del cortijo de los Prados.

Al comenzar este relato, Juan tenía setenta años y Ramón muy cerca de los ochenta; y los hijos de ambos, Pedro y Ana María, hacían algunos años que se habían puesto al frente de los cortijos de sus padres y dirigían la hacienda respectiva. Los viejos descansaban de su tenaz y ruda labor de labradores, amantes animosos y porfiados de aquel esquivo y salvaje rincón serrano donde nacieron.

Era un buen día de sol, al finar el otoño. Juan Raja estaba sentado a la puerta de su cortijo en el viejo sillón patriarcal, cuando vió llegar a su cuñado Ramón, caballero en un asno. Aunque la distancia entre ambos cortijos no es lar-

del cortijo. La muchacha les sirvió el vino y se retiró.

Después de una pausa, Juan ofreció un vaso a Ramón:

—Bebe.

—¡A tu salud, Juan!

—¡A la tuya, Ramón!

Bebieron despaciosamente, paladeándolo a sorbos. Luego hicieron un cigarro y lo encendieron en silencio.

De pronto dijo Ramón:

—Vengo a que casemos a los mozos, Juan: a tu hijo Pedro y a mi hija Ana María...

—Ya sabes que no quiero que se casen los mozos, Ramón.

—Ya lo sé; pero mi hija está en mal estado, va a tener un hijo, y no hay más que un amparo: que se casen.

—Razón de más para que no se casen —denegó Juan.

Hubo una pausa.

—¿Es esa tu última palabra? —preguntó Ramón.

—Siempre mi primera palabra ha sido la última —respondió Juan.

Hubo otra pausa.

—Perdona que te lo diga, Juan. Tú has leído romances y los romances son la perdición de los hombres. ¿Por qué no quieres que mi hija se case con tu hijo?

—Porque tu hija tiene mala fama, como su madre, y yo quiero para mi hijo una mujer santa, como lo fué la mía... ¡Que Dios la tenga en su gloria!

Una risilla, como un silbido, brotó de la garganta del viejo Ramón:

Juan abrió los ojos desmesuradamente:

—¿Te ríes?

—Tu mujer te engañó.

El viejo Juan dió un bote en su sillón y se puso de pie de un salto.

—Sí; tu mujer te engañó conmigo —sostuvo Ramón Bocacha.

Las manos temblonas de Juan se crisparon como garfios, sobre la garganta de Ramón. Este le sujetó por los brazos calmosamente y le habló algunas palabras al oído. Los dedos de Juan se aflojaron inertes y el viejo cayó como un fardo sobre el sillón.

—¿Estás convencido? —le preguntó Ramón.

Juan, con los ojos cerrados, hizo un signo afirmativo.

Hubo una larga pausa.

El patriarca de los Gazules abrió lentamente los ojos:

—Habrás traído el cuchillo ¿no?

—Naturalmente.

Juan llenó los vasos y le ofreció uno a Ramón:

—El último, Ramón.

Este hizo una mueca:

—¡A tu salud, Juan!

—¡A tu salud, Ramón!

Los viejos bebieron lentamente, sin derramar una gota. Luego, se levantó Juan:

—Ven conmigo, Ramón.

—Donde tú quieras, Juan.

Uno detrás de otro, apoyándose en las cayadas y arrastrando las piernas temblonas, entraron en el cortijo, subieron las escaleras y llegaron a la alcoba de Juan.

Entonces, éste gritó:

—¡Muchacha! ¡Rapaza! ¡Micaela!

Una voz lejana respondió.

—¡Oye! —gritó el viejo—. ¡Corre al cortijo de los Prados y dile a Ana María que al tío Ramón le ha dado un mal y se ha muerto!

Un chillido de pájaro asustado resonó cercano.

—¡Oye! —siguió el viejo—. Y si ves a mi hijo, dile que a mí también me ha dado un mal y... No; pero a mi hijo no le digas nada; yo le escribiré.

La muchacha se presentó asustada:

—¡Jesús, padrino!...

—¡Silencio! —exclamó el viejo con aquella voz suya que hacía callar y temblar a todos en el cortijo—. ¡Anda a lo que te mando!...

La niña inclinó la cabeza y volvió la espalda.

silencio, llegaron a la puerta de la alcoba, llamaron inútilmente y entonces Pedro Raja echó la puerta abajo de un empujón titánico.

Al ver el espectáculo que ofrecía aquella alcoba, la rapaza dió un horrible grito de pavor y salió corriendo enloquecida.

Ana María y Pedro Raja entraron en la alcoba. El anciano Boca estaba tendido en el suelo, con el rostro desbaratado a puñaladas, en medio de un charco de sangre negra. El anciano Juan Raja estaba colgado de una cuerda, con los ojos y la lengua fuera, a la altura del retrato de su mujer, que estaba lleno de salivajos, colgantes del cristal y del marco...

LA ESTUDIANTINA PASA...

¡Alegre estudiantina de los días risueños,
que pasaste entonando nostálgica canción!
¡Salve, germinadora de todos los ensueños
que la vida ha truncado cual hórrido aquilón!

¡Feliz estudiantina que guardas el secreto
de vivir de quimeras y alentar la ilusión,
que en los catorce versos de un gallardo soneto
sabes dejar la vida y dar el corazón!

Pasaste para siempre; los hombres y las cosas
por sentencia fatídica se habrán de transformar.
Por ley fatal fenecen las más fragantes rosas
y vienen otras rosas el campo a perfumar.

La novia que quisimos en días de estudiante,
sus besos amorosos jamás nos brindará,
ni la caricia suave de su mano quemante
nuestras manos febriles a rozar volverá.

Errante por el mundo, hacia ignotas regiones,
sintiendo en el crepúsculo el alma de Chopin,
la triste caravana, nimbada de ilusiones,
recita quedamente los versos de Rubén.

¡Alegre estudiantina de los días risueños
que pasaste entonando nostálgica canción!
¡Salve, germinadora de todos los ensueños
que la vida ha truncado cual hórrido aquilón!

Alberto LAMAR

Fiestas del Japón

El japonés gusta de regocijarse, y cualquier pretexto le basta para celebrar fiestas. En primer lugar, figuran las de Año Nuevo, durante las cuales todo el pueblo se confunde; señores y aldeanos, damas y mujeres del pueblo comparten esos momentos de solaz. Estas fiestas terminan, al cabo de un mes, con la fiesta de los aprendices. Se decoran las casas de pinos, símbolo de larga vida, de naranjos, y se cambian presentes entre las amistades.

En marzo se celebra la fiesta de las jovencitas o fiesta de las muñecas, y en mayo la de los muchachos. En este día, cada familia colocaba en el tejado de la casa tantos peces de papel como hijos tenía. En julio se celebraba la fiesta de los primeros calores. En octubre tenían lugar las de Ebisu, dios de la dicha.

Pero, sin disputa, las fiestas más seductoras son las fiestas de noche, y entre ellas la de las linternas.

Por todas partes, linternas multiformes y multicolores decoran las casas, arrojando sus luces y resaltando los bordados, las ricas telas con que los viandantes se adornan. Largas cañas de bambú, adornadas de banderolas; gallardetes, plumeros, peces de tela y laca, flores fantásticas, dioses, soberanos, guerreros ilustres alternan en el decorado con los caracteres de oro, figurando máximas, avisos jocosos, sátiras, versos célebres.

A cada momento pasan jóvenes que llevan sobre sus espaldas un sable enorme de madera. Otras láminas, en cartón plateado, semejantes a ésta, se colocan de cuando en cuando por la calle. Estos sables, que los niños saludan al pasar, representan el arma famosa de Sioki, el héroe predilecto del pueblo.

Como se desarrolla el cuerpo humano

El cuerpo humano crece hasta los treinta años de edad, pero de una manera imperceptible a partir de los dieciocho. Según un autorizado fisiólogo, el crecimiento se efectúa de la siguiente manera:

De los dieciocho a los veinte años, término medio, el crecimiento no es más que de ocho milímetros por año. De los veinte a los veinticuatro, de un milímetro, y de los veinticinco a los veintiocho es de ocho milímetros.

El largo del cuerpo disminuye a partir de los cuarenta años, después de haber permanecido estacionario de los treinta a los cuarenta.

Esta disminución sería así: De cuarenta a cincuenta años, diez milímetros; de cincuenta a sesenta, treinta y cinco; de sesenta a setenta, dieciséis; de setenta a ochenta, diez milímetros.

Entonces Juan cerró la puerta de la alcoba y echó el cerrojo por dentro. Miró de reojo el retrato de su mujer, que era el único cuadro que había en la alcoba, escupió con desprecio y sacó el cuchillo:

—Si eres cristiano, reza, Ramón.

—Yo no soy cristiano —respondió el otro anciano, empujando también su cuchillo y apoyándose en la pared para no caer.

—Ni yo tampoco soy ya sino un demonio —masculló Juan, dirigiéndose a Ramón con sorda furia, que aumentó su temblequeo senil.

Esto es todo lo que podemos relatar de lo ocurrido en aquella alcoba entre los dos viejos; porque Micaela, la rapaza, que se asomó por el ojo de la cerradura, no tuvo valor para ver más, ahogó un grito y huyó despavorida.

Una hora después llegaron al cortijo de los Gazules, Ana María Bocacha, Pedro Raja y la rapaza Micaela. Subieron las escaleras en

El viejo, además, tenía un papel arrugado entre los dedos, que su hijo Pedro se apresuró a retirar. El papel, escrito por Juan Raja, decía:

“Hijo mío, tu madre fué una mala mujer, una mala mujer, una mala mujer. No quiero que al acordarte de tu madre lo hagas con amor, ni con orgullo, ni siquiera con respeto. Tu madre fué una mala hembra, una mala hembra, una mala hembra, que engañó a tu padre. ¡Me voy! Para yo vivir, hubiera necesitado matar a tu madre. ¡Por eso me voy! Y en el cielo o en el infierno, allí donde la encuentre...”

El papel estaba rasgado y no decía más.

Pedro Raja levantó lentamente los ojos, meneando la cabeza:

—¡Estos viejos locos!...

Ana María observó friamente:

—Ahora podremos casarnos.

—Sí; juntaremos los cortijos —murmuró él.

Muchas veces, cuando se habla, es necesario dar al rostro una expresión distinta a lo que decimos, y como para ello es necesario disimular nuestros sentimientos y esto, sin ser maestros en la intriga es difícil, se precisa de algo que disimule y tape la expresión del rostro.

Por eso, sin duda, se inventaron las caretas, que responden a una evidente necesidad del hombre y que han sido y son usadas en todos los países del mundo y por todas las razas.

Caretas asiáticas

En la literatura china existe un volumen de estrategia, escrito por un famoso general en el que se considera el arte de la guerra de un modo distinto al que nos han acostumbrado los tácticos. "Ganar una batalla destrozando al enemigo — dice el sabio militar — es algo tan bárbaro como inútil: el hábil estratega debe ganar una batalla sin matar a nadie, sea provocando la desertión en masa, sea fomentando rivalidades entre los jefes enemigos o asustando a los soldados por ingeniosos trucos".

Esto explica la presencia en el traje militar chino — antes de la invasión de los procedimientos occidentales — de caretas con expresiones horripilantes.

Y si dichas caretas desaparecieron del ejército, se conservan en teatro, tanto chino como japonés, cada una de ellas apropiada a un personaje representativo.

Los que conocen el teatro chino, saben que en la escena china los efectos y decoraciones se dejan, en su mayor parte, para que se los imagine el público y que la mayoría se representan con símbolos convencionales.

El drama chino es una combinación de simbolismo, convencionalismo y mímica rítmica.

Todo el teatro chino está regido por reglas de costumbre y tradición, y allí no caben iniciativas de originalidad individual: el actor desaparece bajo las fórmulas de su papel. Su mismo rostro queda alterado completamente y es imposible reconocerlo.

Cada personaje tiene su rostro determinado, así como su traje, y, si bien ahora ya casi puede decirse que se ha perdido la costumbre de cubrirse el rostro con las máscaras apropiadas a cada papel, la cara sufre una gran transformación, por medio de una elaborada pintura, que hace el efecto de una verdadera máscara. La cara así pintada recuerda a las antiguas pinturas chinas y japonesas, y resulta una verdadera máscara en la que únicamente los ojos tienen vida.

Con frecuencia, la boca, la parte más móvil del rostro, queda completamente tapada por una barba de seda; pero aun sin esto, la máscara pintada es tan precisa y dada, que la boca no toma parte alguna en la expresión.

Caretas africanas.

Son numerosas y diversas. Hay caretas rústicas, como las de los abaquetas, que rodean su cabeza con un puñado de juncos; hay la careta gigante del bailarín congolés de la tribu Minungo; hay la careta con peluca de los kiokes; la careta hípica de Kaarta, adorna-

LA CARETA

SUS USOS EN DIFERENTES PAISES

da con cuernos y colmillos; la careta usada por ciertas tribus senegalesas, muy semejantes a las máscaras protectoras contra los gases asfixiantes; las caretas de calmán y de pájaro y otras que necesitarían varias columnas para enumerarlas.

Caretas americanas.

El piel roja clásico, de las novelas, el indio de las tribus que poblaron el valle del Mississippi y la

que tienen los negros de un lejano paréntesis del "clan" con animales determinados, la vasta Oceanía está poblada de diversas razas que conocen casi todas la careta ritual. Por lo común, se intenta dar al personaje enmascarado algo de los rasgos del "totem" antepasado, animal cuya sangre se ha mezclado a la raza de los hombres del "clan".

Se llevan las caretas en las ceremonias religiosas y en las dan-



región este del Canadá y Estados Unidos, no llevaba careta; prefería para las ceremonias religiosas o los combates pintarse la cara con sebo y pinturas amarillas y rojas disueltas en un poco de aceite.

Pero en algunas tribus del Far West y de la cuenca del Amazonas, el empleo de la careta era indispensable en ciertas danzas tradicionales.

Caretas oceánicas.

Patria de origen del misterioso "tabú", que proviene de la idea

zas, y están hechas de nueces de coco cortadas por la mitad, toscamente talladas, a las que se greñan cortezas de árboles, plumas, tejidos, etc., afectando gran variedad de formas y colores.

Caretas italianas.

En la antigüedad los actores no aparecían en escena sino con careta. Esta costumbre persistió en Italia en las pantomimas en que figuraban "Pulcinella" (Polichinela) "Alecchino" (Arlequín), "Mata-moros", etc.

Los primeros artistas franceses, Gauthier, Garguille, Turlupin y Po-delet se presentaban en escena con careta. La costumbre no era importada seguramente de Italia, porque en los "Misterios" medievales de Francia los numerosos actores ostentaban caretas, algunas de terrorífico aspecto como la de los diablos y espíritus infernales. Pero de Italia proviene el antifaz, que tanto se usó en la antigua Venecia, Florencia, y otras ciudades, que ha perdurado hasta nuestros días y que ahora se utiliza únicamente en los tiempos albororados del Carnaval.

La planta de la juventud

Personas autorizadas sostienen que en la India existe una planta verdaderamente mágica. Ella tiene, según se afirma, la virtud de prolongar o devolver la juventud a hombres y animales. El mismo maharajá de Deshaipur llamó la atención pública sobre esta planta que los indios llaman "uentuta". Según el maharajá, entre los elefantes se dan tantos casos de longevidad justamente porque en la selva virgen se alimentan de "uentuta". La eficacia de esta planta ha quedado demostrada cuando el maharajá, que tenía un elefante viejo, imposibilitado de moverse, lo alimentó con "uentuta". Ahora, el mismo elefante posee el vigor de la juventud. Se ha repetido el mismo procedimiento con un papagayo, obteniendo igual efecto.

En Londres reina actualmente gran expectativa, sobre todo en los círculos médicos, respecto a la importancia de esta planta, que ha sido sometida a diversos estudios por eminencias científicas.

¿Hablan los cuervos?

En un bosque cerca de Tübingen se instalan durante los veranos grandes cantidades de cuervos, que al despuntar el día vuelan sobre la ciudad, para buscar su alimento en los jardines y viñedos cercanos. Cierta mañana un buen número de cuervos se reunió en varios árboles del jardín del Instituto de Física, y el director se dedicó a observarlos.

Después de haber gritado mucho tiempo, las aves se callaron de repente y empezó a "hablar" una sola. Así lo asegura el profesor Gerlach en una revista científica alemana. Según manifiesta, el cuervo habló más o menos durante un minuto, luego sus compañeros volvieron a gritar, y, cuando se callaron, aquél prosiguió su discurso. Cinco veces fué interrumpido, hasta que finalmente todos se echaron a volar.

El profesor Gerlach tiene la impresión de que se trataba de una asamblea en la cual uno de los cuervos era el presidente y orador.



¡Pero, chica, vas a necesitar una careta enorme!...

VISIONES DEL MAR

EL SOLITARIO DE LAS ROCAS

Las sierras fluminenses mostraban su atavío melancólico de penumbra, en tanto el sol hundíase en el ocaso, cuyos luminosos dardos infiltrábanse por los resquicios de las rocas.

El océano, como disponiéndose a entregarse al reposo, en el regazo de la noche, jugueteaba dulcemente con la tierra, acariciando con los labios de espuma de sus ondas mansas, y que se dirían fatigadas, el casco frágil de una barca de pescadores.

Manuel Roberto, era el nombre de un recio varón de tez cobriza, quien, por espacio de muchos años, vivió como un anacoreta en el interior de una gruta, situada junto al mar, abierta en la falda irregular del "morro" de la Capilla de Copacabana, en Río de Janeiro.

Mucha gente opina que la existencia de Manuel Roberto en aquella hendidura bronca sólo constituye una leyenda; sin embargo, yo lo conocí en su misterioso aislamiento, batido por las espumas del mar, decorado por las algas marinas amontonadas por las olas.

Manuel Roberto era del Norte y en su lejana mocedad, habíase familiarizado con el mar, en modo que no podía vivir sino en permanente contacto con el mismo.

Para conocerlo en aquella cueva, en que, hace veinte años, vivía como un lobo marino, nos dirigimos, animados por nuestra curiosidad hacia el paraje donde yergue su fina silueta la mencionada capilla de Copacabana.

Descendimos, presurosos, la escarpada falda del cerro, y después de breve pesquisa, nos encontramos ante la gruta, vuelta hacia el mar. En el fondo de ella, sobre un liso peñasco, reposaba el marino.

Luego de haberle saludado, le expusimos nuestro propósito; él, tras un instante de vacilación, fruto de su hosca desconfianza, reconoció nuestra calidad de hombres de mar. Tranquilizóse, por ese motivo, de la sorpresa que nuestra repentina aparición le había causado; porque, es sabido: en la conversación del marinero hay alguna cosa, algún rasgo característico, inconfundible y propio, por el cual los dedicados a ese duro oficio se reconocen en seguida, en todas las latitudes, estimándose, al punto, como hermanos.

Después de habernos escuchado con atención, no exenta de simpatía, su rostro se iluminó como si una satisfacción íntima y profunda le hubiese inundado el alma y tal como si estuviese ante un viejo amigo a quien no viera de ha mucho tiempo.

En seguida, dejando ver a través de sus largas barbas blancas una sonrisa de tristeza, teniendo en el brillo mortecino de la mirada súbitas, vagas y fugitivas chispas de esperanza, con voz cansada, pronunciando las palabras lentamente, nos contó su trágica historia.

Había nacido en Arenas Blancas, en Río Grande del Norte. Muy joven aún, lanzóse resuelto a la vida del mar y llegó, por su buena conducta y por sus aptitudes profesionales, a conquistar el cargo de patrón de goleta. Conocía, palmo a palmo, toda la costa nortea, desde el Aracaty, en el Estado de Ceará, hasta Pernambuco.

De su barca velera, contaba él innumerables proezas, realizadas en los sucesivos viajes que hiciera por aquellas tormentosas regiones.

Dirigiendo y maniobrando la "Dios te Guarde" (que tal era el nombre de su embarcación), ninguna otra le aventajaba, tanto en la seguridad cuanto en la rapidez, pues la "Dios te Guarde" era nueva, de líneas de agua perfecta y, por añadidura, bien aparejada.

—Una vez, —dijo él, emocionado y como sumergido en sus recuerdos, mientras dejaba deslizarse lágrimas por la barba hirsuta y blanquísima— una vez... yendo yo del Sur para el Norte, tuve que arribar a Macao por falta de agua. Fué el principio de mi desventura... Yendo hacia tierra para abastecerme, encontré en mi

—¡Los maté...!

Nosotros nos manteníamos callados y atentos, respetuosos de la evocación dolorosa de aquella grande, de aquella inenarrable tragedia.

Con las manos cruzadas en las espaldas, Manuel Roberto se paseó, presa de aflicción extraordinaria, de un extremo a otro de la solitaria gruta.

Cerca de la entrada de aquel antro, el mar rugía mansamente y en la lejanía, hacia el lado del Sur, las islas próximas, cubiertas de vegetación, decoraban con sus esplendores de verdura la monotonía del océano; y hacia la parte de la Rasa, un suntuoso e imponente transatlántico erguía su imponente penacho de humo negro, acercándose a la barra...

CARNAVAL

En la cara empolvada del Pierrot inconstante, se dibuja una risa de alegría triunfal; esa pícara risa de Pierrot que es amante del gran festín pagano que encierra el carnaval.

¡Carnaval!, eres vida, porque placeres llevas; y van en tus comparsas y en tus estudiantinas rostros que se contraen por emociones nuevas; triunfante la Inconsciencia va envuelta en serpentina.

¡Carnaval!, eres vida, porque el amor tú eres, amor que se disfraza de loca algarabía, como el Pierrot que oculta su mueca de dolor...

Tú vienes en el carro de la Diosa Alegría... Y al alejarte arrancas, de hombres y mujeres, el antifaz que cubre sus gestos de impudor...

F. BERMUDEZ FRANCO

camino una simpática morocha: "Ná Flor" como la llamaban en aquella zona cuantos conocían tal hermosura típica de campesina gentil. Yo tuve la flaqueza de enamorarme de ella y la desgracia, aun mayor, de no haberle sido indiferente... en aquella ocasión...

Meses después, "Ná Flor", en pleno florecer de su belleza meridional y ardiente, era mi esposa. Transcurrió el tiempo y, con él, fueron apagándose, poco a poco, para mí, los cariñosos desbordes de aquella mujer, hasta que terminó por engañarme con un mozo pescador que llegara a aquel paraje para cumplir una promesa con motivo de la fiesta de la Aparición...

A esa altura de su íntimo relato y como en conclusión de sus palabras, en un gesto trágico, levantóse de la roca donde estaba sentado y arrojó con violencia su negra pipa contra el suelo; y con una voz ronca y cavernosa, exclamó:

Manuel Roberto, serenado ya y siempre en tren de confianzas, detúvose ante nosotros y continuó:

—Después de perpetrar aquella sangrienta venganza, huí hacia Río de Janeiro y aquí vivo hace veinte años. Primero me dediqué a la pesca en alta mar. Recorrí toda la costa, desde el Cabo Frío a la isla Grande, en mi frágil falúa, afrontando la muerte en ocasión de los terribles pamperos y temporales de la región, pero la muerte me respetó... Y héme aquí, ahora, vencido por los años y por los disgustos, más por los disgustos que por los años, y manteniéndome con los recursos que me traen los compañeros y las personas de corazón sensible para las desgracias ajenas...

Por la tarde, cuando los pescadores vuelven del mar, salgo tranquilamente de este refugio y me dirijo a la playa, a esperarlos. Son ellos quienes me abastecen de lo principal para que viva y Dios hace el resto. Tengo un gran odio

hacia el mundo. Aquí, por lo menos, vivo extraño y distante de las miserias que en él bullen... Me he habituado a estar junto al mar, porque tengo la certidumbre de que él es mi mejor amigo.

Resolvimos terminar nuestra visita. Nuestra curiosidad estaba satisfecha y no teniendo nada más que hacer allí, extendimos ambas manos al viejo marino, Manuel Roberto, estrechando con afectuosa emoción su encallecida diestra, para significarle nuestra simpatía, nuestra admiración, y nuestro respeto a su gran dolor y su mayor resignación.

Saltando de piedra en piedra, por donde corrían veloces los cangrejos purpúreos, regresamos recitando mentalmente el "Rebelde" de Hurtado de Mendoza.

Cerca de un año después, en una noche de borrasca, bajo un viento huracanado del Sudoeste, que azotaba la costa e impelía las nubes cargadas de lluvia hacia las montañas de la Gavea y del Corcovado, ascendimos de nuevo por la escarpada falda del "morro" de la Capilla.

Y cuando llegamos al borde del parapeto que se halla situado frente a la misma, y miramos hacia el lado del Atlántico, al claror fosforescente de un relámpago, sobre un oscuro peñasco que el mar batía, implacable, cubriéndolo de hirviente espuma, vimos, extático, al viejo marinero Manuel Roberto!

En aquella actitud, parecía el genio mismo de la tempestad, compartiendo la furia indómita de su amigo...

Cuando, en otra oportunidad, procuramos verle de nuevo, al regreso de un largo viaje hasta el Amazonas, él había desaparecido.

Dicen los pescadores de Copacabana, que Manuel Roberto se arrojó al mar, durante la resaca, en un plenilunio...

Reis Netto.

Beneficencia

En una mesa de recaudación para un fin benéfico, llegan padre e hijo a hacer donación de sus óbolos de caridad a cambio de una flor.

El último da rumbosamente un peso, mientras que el autor de sus días deposita la módica cantidad de diez centavos.

Una señora de las que componen la mesa, antigua conocida del papá, se lo hace notar en broma y en serio:

—¿No te da nada por el cuerpo de dar un níquel y tu hijo un peso?

—Es que mi nene tiene un padre que es rico.

En un baile

—¿Qué te parece la marquesa?

—Que está muy bien conservada. A pesar de sus cincuenta años se defiende admirablemente.

—No estoy conforme. ¿Para qué ha de defenderse, si nadie piensa en atacarla?

Martín Ross, capitán del bergantín "Jerifalte", dejó de pasear por la cubierta y se sacó la pipa de la boca. Esforzando los ojos para ver en la oscuridad miró hacia estribor y escuchó con atención. A una milla de distancia del fondeadero del "Jerifalte" se veía brillar un pequeño grupo de luces sobre la línea curva de la costa. La noche anterior, cuando el bergantín traspuso la línea de arrecifes de la entrada, todo había estado oscuro; pero estando anclado en la bahía un barco perlero, el viejo Tsi Hung había quitado los postigos y encendido las luces en su vetusta y sórdida sala de fiestas. En el silencio nocturno llegaban a los oídos del capitán Ross los ruidos lejanos e intermitentes de la orgía; el marino se encogió de hombros pensando que la tripulación tenía derecho a una expansión después de siete semanas de ardua tarea en las zonas perleras del Golfo. La noche era calurosa y pesada, casi tan deprimente como el día que dos horas antes se había apagado con la rapidez peculiar de los trópicos. La mirada del capitán recorrió la oscura línea de la costa sumida en sombras densas y opacas.

Entre los ruidos de la orgía Ross distinguió un leve movimiento de remos que se movían en las toleteras; le pareció que avanzaba sigilosamente algún bote venido de la costa, pero desechó esta idea. No, sería algún pescador retardado que venía con la presa del lado de los arrecifes. Sacudió las cenizas de su pipa y recorrió de nuevo la cubierta para cerciorarse de que todo estaba en orden. Lo probable era que la tripulación se quedaría en tierra hasta el alba; era inútil esperarla. Ryan, el contra-maestre, cuidaría de ellos. Este era un joven equilibrado; algún día serían un capitán de primer orden, que no aceptaría malas razones. Por su voluntad, no hubiera permitido que los marineros se llevaran el bote, pues el otro había sido destrozado durante una tempestad, frente a Cape York. Ross tenía la esperanza de que sus marineros guardarían silencio.

Pensó que ésta había sido una estación prolfica. En la bodega había unas ciento ocho toneladas de conchas de buena calidad, que en el muelle de San Francisco se vendían a razón de doscientos dólares la tonelada. La pequeña caja de hierro que Ross tenía en la cámara contenía perlas por valor de dieciocho mil dólares, lo cual podía atraer a alguno de los forajidos que se prenden como sanguijuelas a las sórdidas salas de fiesta de la Oceanía Occidental. Sí, era de desear que la tripulación no hablara de los resultados obtenidos.

Siguió adelante, examinó el cable y el grado de tensión le reveló que la marea bajaba con rapidez. Estiró el cuello para mirar por sobre la borda y vió dos puntas negras en forma de cimitarra que surcaban la corriente de unos dos mudos, a menos de diez pies de distancia del casco. Se estremeció, sabiendo que la bahía de Tangu es la zona más conocida como refugio de tiburones que hay bajo la Cruz del Sud.

Se acercó a la lámpara de proa, arregló la mecha y buscó el ajuste hasta que subió la llama ancha y clara; después se dirigió a la escotilla de proa y se puso a mirar una pequeña canoa que estaba

Con la marea de la media noche

Por Carlos Clausen

allí, al lado. La canoa, para un solo tripulante, estaba con la quilla hacia arriba, cubierta con una lona. Durante ese día Ross le había dado la última capa de pintura impermeable.

Sonrió al pensar en los gritos de alegría que daría el pequeño Mart cuando viera esa canoa. Ross se la había prometido para el día en que cumpliera doce años: Faltaba un mes. El mismo le había construido en sus ratos perdidos reproduciendo de memoria el modelo de "kayak" esquimal. Como el "kayak" los compartimientos impermeables de la canoa eran insumergibles.

El pequeño podría remar a su gusto y sin peligro desde un extremo al otro de la bahía de San Francisco. Como no podía llevar, sino un tripulante no había que

con el producto de su venta levantar la hipoteca del bergantín, lo cual sería una gran suerte. El Banco lo había estado molestando con sus exigencias, y los bonos de seguros tenían pocos compradores desde el tiempo de la guerra.

Ahora podría pagar toda la suma que debía, y todavía alcanzaría para comprar una cabaña en Berkeley, en Enclid Heights, desde donde Elena podría ver desenvolverse la niebla a través de la puerta de oro, sin necesidad de vivir allí.

El era un hombre afortunado, pues había muy pocas mujeres como Elena.

Ahora iba a mostrarle Ross en qué alta estimación la tenía. Eso era cosa resuelta; y la vida de ella sería más fácil. Si los asuntos iban bien, dentro de cinco años

Dr. ENRIQUE FEINMANN

DE REGRESO DE EUROPA DE LAS CLINICAS DE PARIS, BERLIN Y VIENA

ESTOMAGO - NERVIOSAS - VENEREAS

Electricidad Médica y Electroterapia: Corrientes Electro Anestésica. Diatermia — Alta Frecuencia— Luz Ultra Violeta. Rayos X, especialmente para el tratamiento de: Reumatismo, Neuralgias (Tabéticas, del Trigémico, Ciática), Asma, Diabetes, Obesidad, Debilidad sexual y nerviosa, Neurastenia, Epilepsia, Tuberculosis articular. Enfermedades de la piel.

SUIPACHA 612

De 8 a 12 HORAS

U. T., LIB. 0200

tener complicaciones con los compañeros de juego del muchacho.

Ross suspiró al recordar las palabras de protesta de su mujer cada vez que se hablaba de la canoa.

—Ya sé qué es lo que estás tratando de hacer, capitán — decía ella, que empleaba esa palabra cuando le hablaba cariñosamente; — quieres que Mart sea marino para llevarlo contigo y dejarme sola a mí. Bastante triste es sentarse aquí en Telegraph Hill esperando a que el marido aparezca dos veces al año. Sé bueno, capitán. Ya ves que Mart parece un palmípedo; tira hacia el agua desde que nació.

Ross no le reprochaba a Elena sus quejas y protestas. A veces su soledad debía ser triste. Era buena compañera y gran administradora. Fueron las economías y la administración de ella las que impidieron que él envejeciera en un empleo de contra-maestre, y que le permitieron comprar el "Jerifalte" (tres años hacía) pagando al contado una tercera parte y levantando una hipoteca por el resto. Después de este viaje todo se facilitaría; las perlas guardadas en la caja de hierro eran aterciopeladas;

tendrían otro barco, hermano del "Jerifalte". El bergantín era muy apropiado para aquellas latitudes donde soplan los vientos alisios durante días y días. Pagaría a capitanes para que comandaran sus buques, y él tendría en la ciudad una oficina. La inscripción "Compañía Ross de Navegación" quedaría bien, sobre los vidrios opacos de la oficina. Y Elena iría, en su automóvil propio, a buscarlo a las cuatro y media de la tarde; el auto estaría cerrado con ventanas de vidrios biselados y con flores finas en jarroncitos de cristal.

Con estas gratas visiones en la imaginación el capitán Ross bajó a su cabina. Encendió la luz y pasó a la cámara contigua; para cerciorarse de que la caja de seguridad (donde estaban guardadas las perlas en bolsas de gamuza) estaba bien cerrada, dió unos o dos tirones a la cerradura, y después volvió a su camarote. El calor de la lámpara elevaba aún más la temperatura asfixiante que reinaba en el pequeño recinto, y Ross se desvistió rápidamente.

Apagó la luz y se tendió en la cama. Hacía demasiado calor para

taparse con las cobijas. Durante unos minutos permaneció despierto, a oscuras, oyendo el rumor de la marea, aspirando el aire que penetraba por el "ojo de buey" que tenía a su cabecera. Poco a poco lo dominó el sopor y se quedó dormido.

Muchas veces sucede que el hombre dormido recibe la sutil advertencia de que lo amenaza un peligro. Los biólogos han tratado de explicar este hecho en graves monografías sobre la acción refleja transmitida por herencia ancestral. El capitán Ross recibió esa advertencia cuando se revolvía en su cama, en el límite entre la vigilia y el sueño. Pero la advertencia no fué bastante insistente para despertarlo por completo. El ruido de los remos envueltos que golpeaban el agua con movimiento isócronos, se confundía con el de la marea que pasaba bajo la proa del bergantín.

Los pasos sigilosos de unos pies desnudos no fueron oídos por Ross, de modo que cuando le dijo una voz: "¡Estese quieto o le clavaré este puñal entre las costillas!" abrió los ojos y miró aturrido al bulto oscuro que estaba inclinado sobre él. Miró el cuchillo cuya punta se apoyaba sobre su corazón y después a otro bulto oscuro que raspaba un fósforo y lo aplicaba a la mecha de la lámpara.

Intentó sacar su revólver de debajo de la almohada, pero el hombre que tenía el cuchillo previó el movimiento y el arma cayó sobre el piso.

—Si haces otra tentativa como esa irás a alimentar a los tiburones—dijo el intruso, mientras su compañero recogía el revólver.

Ross los miró a los dos por entre los párpados entreabiertos. El hombre que lo amenazaba con el cuchillo era de raza blanca; fuera del color, las otras características raciales estaban borradas en él por las heces de la vida. Las orejas, terminadas en punta, estaban apretadas contra la cabeza redonda, cubierta de recios cabellos cortos. Los ojos negros, porcos, estaban muy separados, y miraban a Ross con la fosca expresión que le era habitual.

El capitán sabía que Nauhala, el establecimiento penal de Oceanía, no distaba, sino cincuenta millas, al Oeste.

El otro tenía la nariz chata, los pómulos salientes y el color terroroso de los mestizos malayos; tenía la mirada vaga, los labios flojos y el cuerpo menudo. También éste estaba armado con puñal; recibía órdenes de su compañero, y se expresaba en el extraño inglés monosílabo que emplean esos tipos de malayos.

Sin apartar los ojos del rostro de Ross, ni el puñal con que amenazaba traspasarle el corazón, el hombre blanco le dijo al mestizo, tendiendo la mano:

—¡Dadme el revólver!

El malayo obedeció, y el otro pasó el arma a su mano derecha. Colocó de nuevo el puñal en el cintio, y descolgó unas esposas de acero que pendían de un clavo al pie de la cama. Los grilletes estaban mohosos por falta de uso, pues Ross no tenía fe en los métodos crueles de gobierno. Nunca se había visto obligado a engrillar a sus marineros; había encontrado estos grilletes en un cofre, entre otros numerosos objetos, cuando to-

mó posesión del "Jerifalte", tres años antes, y los había conservado como una reliquia de tiempos lejanos. Ahora lamentaba no haber seguido su primer impulso, que fué de arrojarlos al agua.

El agresor de Ross pasó una de las pulseras de acero en torno de la muñeca derecha de su víctima y la obligó a sentarse.

—¡Levántate!—ordenó—. Si entiendes tus conveniencias, no intentarás hacer ninguna trampa.

Ross se deslizó fuera de la cama. Si el asaltante hubiera venido solo, él trataría de desarmarlo, pero estando el otro, su tentativa equivaldría a un suicidio: el malayo le hubiera clavado el puñal en la espalda. No pudiendo hacer otra cosa, el capitán se dejó asegurar con los grilletes a uno de los puntales de hierro con que la cama estaba suspendida del techo.

El bandido guardó el revólver en el bolsillo, y con el pulgar señaló hacia la cámara, diciendo:

—Dame la combinación de la caja de hierro. ¡Apúrate!

Ross trató de ganar tiempo.

—La he olvidado—dijo;—pero Ryan, mi contramaestre la ha escrito en un papel. El está en tierra.

Un gran puño nudoso, y velludo le dió en la sien un fuerte golpe.

—Te devolveré la memoria—dijo el bandido.—Habla o te mataré a tiros.

Llevó la diestra al bolsillo de donde asomaba el cabo del revólver.

Ross se hallaba mareado a causa del golpe; un hilo de sangre le corría por la mejilla hasta un ángulo de la boca.

—He dicho la verdad—dijo con voz sorda.

El puño volvió a golpear y Ross sintió que se le doblaban las rodillas. Ante sus ojos brillaban imaginarias luces violáceas y rojas, pero a través del ojo de buey vió parpadear las luces de la taberna de Tsi Hung, y le pareció que se burlaban de él.

Sus ojos nublados miraban hacia las luces del bar de Tsi Tung, pero vieron también algo más: un cable que se balanceaba a un pie distancia del ojo de buey. A su visión torturada le parecía un cable cruzado sobre la lente de un telescopio. Desaparecía para reaparecer e interponerse entre sus ojos y las luces de la costa. Trató de explicarse lo que aquéllo podía ser. Súbitamente comprendió.

Oyó la voz de su asaltante que parecía hablarle desde una gran distancia:

—¡Tal vez esto le haga hablar!

El capitán miró y vió que la punta del puñal le amenazaba el pecho desnudo; el bandido le había arrancado la camisa de un tirón; cuando el filo del cuchillo le cortó la piel, no hizo, sino apretar los dientes. Estaba trazándose un plan, pero no debía acceder demasiado pronto, a fin de no despertar sospechas.

El hombre blanco infirió a Ross una herida final, y después se acercó a la lámpara; levantó el tubo y aplicó la llama a la punta del puñal sosteniendo el arma hasta que el acero se enrojeció.

—Esto te hará hablar—dijo entre dientes, con expresión de amenaza, y aproximó el acero candente hasta una pulgada de la mejilla de Ross.

—¡Voy a hablar!—gritó el capitán apartándose del instrumento

de suplicio y fingiendo gran terror.

—Ya sabía que esto te haría entrar en razón—dijo el bandido, con aire triunfante:—haz tu cuenta y no te equivoques si no quieres sentir una buena quemadura.

Ross dijo las cifras.

—¿Tienes un lápiz?

—Hay uno en el bolsillo de mi chaleco.

—Vamos entendiéndonos—dijo

de los dos!—exclamó el intruso anotando en una tira de papel los números dictados por su víctima.

—Será—dijo Ross mirando un calendario colgado en la pared, y del que el otro había arrancado una hoja para anotar la combinación. La semana pasada cambiamos la combinación, y Ryan la escribió en su diario. El la tiene.

El bandido sacó la lámpara de

EL RETRATO

(Para los niños)

Especial para FRAY MOCHO—

Sobre el escritorio, lleno de libros y de papeles, está un retrato de mujer, joven y hermosa, de ojos bondadosos, colocado primorosamente en un marco de plata cincelada.

Delante de él — como un tributo de amor — se renuevan constantemente las flores. Este cuidado revela el cariño que se tiene a ese retrato, que así como un amigo vigila el trabajo de un joven estudiante.

Oigámosle, entretanto:

"No soy simplemente un retrato. Soy un recuerdo, soy la eterna visión de la madre que demasiado pronto se fué dejando a un niño querido y bueno. El amor que guió a esta madre en el cumplimiento de sus deberes, se refleja en mí; y hay momentos en que los ojos pierden la inmovilidad de lo inerte y adquieren la expresión de la vida.

Y cuando su hijo me mira fija y silenciosamente, me dice: "Si no tuviera tu imagen, madre querida, me parecería más grande el vacío que has dejado al partir".

Desde muy niño ha sentido veneración por mí. Desde su mesita de luz paso a su gabinete de estudio. Jamás se separa de mí mientras trabaja. Cuando alguna idea le atormenta, deseosa de tomar forma, él dirige hacia mí sus ojos y espera en la imagen de su madre, una respuesta, un consejo, una esperanza. Nunca es infructuosa su espera. Sus ojos, fijados en ella, leen la respuesta como si su madre, a su lado, acariciándole, le apoyara en su pensamiento.

Una noche había trabajado hasta muy tarde. Su cabeza ardía por el exceso de labor mental; su imaginación tenía necesidad de detenerse en algo grande, puro, consolador. Miró a su madre con una súplica en la mirada, mientras sus labios la llamaban. Desde su asiento veía de frente ese semblante adorado, y éste, poco a poco,

como si le animara la vida, parecía tomar expresión.

Yo sentía dentro del marco que me aprisiona, una sensación extraña. El momento era solemne: se intensificaba el recuerdo, el amor que une, aún después de la muerte...

—Sí, madre, comprendo lo que me dices. Tú me quieres activo y justo. Tu único anhelo es verme aquí trabajando para el bien de los demás. Pero, madre querida, ¡cuántos desalentos al ver tanta indiferencia!

Cuánto sufre mi corazón cuando no se comprende el deseo que lo guía!"

"No importa, hijo mío — decía la imagen — tú debes seguir tu ruta a pesar de todas las contrariedades. Nunca una dificultad debe entorpecer tu marcha hacia el bien. Ni un instante estás solo... Yo, desde aquí, te acompaño, te comprendo. Yo vislumbro tus ideales y te bendigo!"...

Pero así como yo — secundando el ansia maternal — estímulo y apruebo, cuando él cumple con su deber, así también me torno severo cuando una ráfaga desconocida turba el corazón de este joven.

Un día, un amigo, proponía le un negocio en el que, con poco trabajo, podrían enriquecerse.

El deseo de fortuna se poseó un instante en aquel ambiente. El, sentíase pronto a ceder... Pero sus ojos se posaron en mí, y la imagen de la madre que eternamente velaba, reprochó su debilidad:

—"Nunca te cieguen las riquezas, y menos cuando éstas puedan amenguar las virtudes que son brillantes inestimables. Tu madre te adora así, pobre, dentro de la vida material; rico y poderoso en tu vida moral..."

Y el hijo, avergonzado de su flaqueza, redimido por la mirada de su madre, contestó negativamente a las proposiciones del amigo".

Carmen S. de PANDOLFINI.

el bandido buscando en los bolsillos del chaleco con sus dedos manchados.—Aquí está, repite los números.

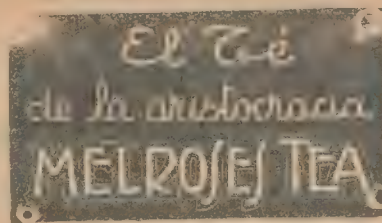
Ross repitió los cinco números.

—No estoy seguro de si el del medio es seis o siete; pruebe primero con siete; si no cede, será el seis.

—¡Más te valdrá que "sea" uno

entre los balancines, le volvió a colocar el tubo y se dirigió a la cámara, seguido por el malayo.

Cuando el capitán quedó a oscuras, se apresuró a poner su plan en ejecución. Se levantó hasta el borde de la cama y pasó la pierna derecha por el ojo de buey. Durante un tiempo que le pareció un siglo, trató de atraer el cable con



su pie desnudo, haciendo grandes esfuerzos para conservar el equilibrio; dos veces lo tocó, pero se le volvió a escapar; finalmente consiguió enredárselo en torno del tobillo y volver a introducir el pie por la ventanilla. Necesitó una manipulación diestra para atraer el cabo del cable sin que se desprendiera del tobillo. También necesitó inauditos esfuerzos para levantar la pierna a la altura necesaria de modo que sus dedos pudieran tomar el cable.

Lo realizó todo, por fin; sujetando la cuerda con sus manos en grilladas clavó en ella los dientes. Se alegró al notar que el cable, compuesto de tres ramales, fuera viejo y blando; tendría una media pulgada de diámetro.

Había roído hasta dividir uno de los ramales, cuando oyó una imprecación del hombre blanco; había ensayado, sin resultado, la primera combinación, y se disponía a poner en práctica la segunda.

La treta había tenido el éxito deseado por Ross. Sus dientes se clavaron en el segundo ramal y lo dividieron al cabo de algunos esfuerzos; oyó las exclamaciones de los dos hombres que estaban saqueando la caja de seguridad, y disputaban al repartirse el botín.

Al cabo de un minuto dividió el último ramal del cable.

Se irguió y soltó ambos extremos de la cuerda, que desaparecieron por el ojo de buey.

Pasado un momento, regresaron los dos bandidos trayendo la lámpara; cada uno llevaba en la mano una bolsita de gamuza, casi llena de perlas. El hombre blanco repuso la lámpara en los balancines.

—Te hubieras ahorrado malos ratos si no hubieras sido tan terco—le dijo al capitán.—Debiste comprender que conmigo no vale ser terco.

Levantó la mano haciendo un saludo irónico, giró sobre sus talones y salió, seguido por el mestizo.

Ross oyó el ruido de sus pasos en la escalera y sobre cubierta.

Después de un momento de silencio oyó voces airadas, maldiciones e imprecaciones y los monosílabos del malayo.

El capitán se sonrió.

Los dos bandidos volvieron al camarote donde estaba el hombre maniatado. El corpulento bandido de raza blanca llenaba todo el hueco de la puerta; detrás de él asomaba la cara verdosa de su cómplice, sobre la que daba de lleno la luz de la lámpara.

—Nuestro bote ha desaparecido—dijo el primero;—el cable se ha roto y el bote se ha ido a la deriva. ¿Dónde está tu bote salvavidas?

—Lo perdimos durante una tempestad frente a Cape York.

El bandido hizo un gesto de rabia, y miró con ira a Ross, como si adivinara que le había jugado una treta.

—¿Dónde tienes las balsas?

—Los barcos que tienen doce tripulantes no llevan balsas salva-

vidas—contestó con calma el capitán.

Se sonreía, y en sus ojos grises brillaba una expresión de triunfo. El bandido lo miró con ira y llevó la diestra al cabo del revólver, sin sacarlo del bolsillo.

—¡Estoy tentado de pegarte un tiro por esa risa y por la expresión con que me miras!

Ross hizo un ruido con la garganta.

—¿Hay palos con que poder hacer una balsa?

—Se podría derribar un mástil o dos, y montados en ellos llegar hasta la costa; solamente que sería necesario no dejar colgar los pies porque habría peligro de perderlos y tener que usar piernas de palo.

—Parece que te crees muy chistoso—dijo el bandido.

—Procuro distraerme un poco para olvidar mi extraña situación—replicó el capitán.—¿Ha oído contar la historia de la Dama y el Tigre? ¿No? Pues bien, aquí están: a una milla de la selva más espesa que hay en el Pacífico Occidental, con perlas de primera calidad, por valor de dieciocho mil dólares, pero no pueden huir. Si intentan nadar, serán devorados por los tiburones; si se quedan aquí, mi tripulación dará buena cuenta de los dos. ¡Cara o Cruz! En cualesquiera de los dos casos ganaré yo.

El hombre blanco entornó los párpados y apretó el cabo del revólver.

Ross movió lentamente la cabeza.

—En su caso, yo no haría fuego. Con matarme no harían, sino apresurar su propia muerte. Serían ahorcados con los cables de mi bergantín... en vez de adornar el patíbulo de Nauhala alguna de estas lindas mañanas.

Los dos bandidos cambiaron una mirada. El tiro de Ross había dado en el blanco.

—¡Lástimas es que baje la marea—prosiguió diciendo Ross;—hubieran podido soltar la amarra y que el oleaje nos llevara hasta la costa; pero ¡ahora! en menos de quince minutos seríamos destrozados.—Suspiró.—La situación es mala para ustedes, o por lo menos para uno de ustedes.

—¿Para uno de nosotros? ¿Qué quieres decir con eso?—preguntó el bandido blanco, aproximándose; el malayo se deslizó al camarote y con su silencioso movimiento de felino, se situó al lado de su cómplice; sus ojuelos negros miraban con desconfianza a los dos hombres blancos.

—He hablado claro—dijo el capitán, avivando deliberadamente la curiosidad de los bandidos.

Había notado con satisfacción el movimiento con que el mestizo llevaba la mano al puñal que tenía en el cinto.

—Uno de ustedes dos puede irse llevando las perlas. El otro tendrá que quedarse y hacer frente a lo que sobrevenga; ¡y eso no será cosa muy sencilla, les aseguro!

El hombre blanco dirigió hacia el malayo una rápida mirada de soslayo: el mestizo dejó caer la mano con que sostenía el cabo del puñal.

Ese cambio de miradas no pasó inadvertido para el capitán Ross.

—Me parece que pueden tirar a la suerte—dijo con aparente indiferencia.—

Explícate: yo no entiendo de adivinanzas—dijo el bandido.

—No es una adivinanza. Si dos hombres tienen que ser ahorcados, y uno de ellos se escapa, es claro como el día lo que resulta. Los cables del "Jerifalte" son largos y fuertes.

—Déjate de hablar de corbatas

—dijo el bandido haciendo una mueca—. He salido de atolladeros peores que éste; dadnos la buena noticia, y sin perder tiempo.

—Con una condición—dijo Ross, sin demostrar interés ni prisa para no infundir sospechas: no trataba de ganar tiempo, sino de avivar la codicia de sus enemigos, y

de explotar en ellos la más fuerte de las pasiones humanas: el amor a la vida. La situación era delicada, y al menor descuido su plan fracasaría.

El bandido lo miraba en silencio, con una mezcla de cólera y de desconfianza en sus ojos malévolos.

—¿Cuál es tu proposición?—preguntó.

—Que me suelten: por lo menos, que no me tengan sujeto a este puntal. Si quieren, asegúrenme las manos.

—¡Ay! Ya veo.

Sacó del bolsillo la llave del grillete y se la dio al malayo, haciéndole un gesto.

—¡Abre!—ordenó.

Se situó detrás de Ross y le apuntó con el revólver en la espalda; adelantó la cabeza y miró el caño del arma con sus ojos de expresión cruel.

El malayo abrió el grillete, y obedeciendo las instrucciones de su cómplice le puso las manos en la espalda al prisionero y volvió a colocarle las esposas. El hombre blanco tomó la llave y la arrojó por el ojo de buey.

—¡Hay que asegurarse, ante todo!—dijo riéndose.

Ross no contestó y echó a andar en dirección al sitio en que estaba la canoa de lona, quilla arriba, cerca de la escotilla de proa. Durante todo el trayecto sentía en la espalda la boca del caño del revólver.

—Pueden servirse, señores—dijo indicando el esquife.

Los dos bandidos palparon la diminuta canoa y la volvieron.

—Ya ven ustedes que no puedo contener más que un tripulante

—Está bien—le dijo el hombre blanco a su compañero.—Yo iré a tierra y volveré en un bote a buscar, Hassan.

—¿Crees que volverá, Hassan?—dijo el capitán.—¡Sospecho que no, viejo!

—No te entrometas en esto, no sea que yo cambie de opinión y te pegue un tiro—gruñó el bandido mirando a Ross, mientras tomaba un extremo de la canoa.—¡Ven, negro, y ayúdame!

El mestizo levantó la otra punta del esquife y lo llevaron hasta la borda. El hombre blanco se inclinó para atar una cuerda en la argolla de amarra; el malayo saltó sobre él como una pantera y le hundió el puñal hasta el cabo, de bajo del brazo izquierdo.

El herido se incorporó lanzando un grito de rabia y de dolor, y se sacudió el peso de su agresor; el malayo se incorporó y volvió a saltar sobre su cómplice; brilló un fogonazo en la diestra del herido; la bala atravesó el pecho del mestizo en el instante en que daba el salto. Los dos bandidos cayeron juntos y rodaron hasta los imbornales. El revólver cayó al suelo y rebotó.

El capitán Ross tocó con el pie los dos cuerpos inertes.

Aunque estaba maniatado, consiguió sacar las dos bolsitas de gamuza de los bolsillos de los dos cadáveres. Al hacerlo, notó que el puñal del malayo había desgarrado el fondo de lona de la canoa.

—Un poco de trabajo para el que hace las velas—dijo filosóficamente.—¡Mart, has estado a punto de perder tu "kayak", viejo mío!

PENSAMIENTOS

Una derrota no es un crimen cuando se ha hecho todo lo posible para alcanzar la victoria. — CARNOT.

El mayor dolor para un pueblo libre y sensible es el contraste entre las esperanzas y los resultados. — GABRIEL HANOTEAUX.

El panegrista y el libelista tienen de común que uno y otro están cerca de la verdad. — H. RIGAULT.

El hombre ocioso sólo se ocupa de matar el tiempo, sin ver que el tiempo es quien nos mata. G. M. VALTOUR.

El amor en el matrimonio, ese ensueño de los graves moralistas, es el patrimonio natural de las almas sencillas. — G. M. VALTOUR.

Una novedad se aclimata pronto en nuestras costumbres cuando nos emancipa un deber. — G. M. VALTOUR.

Ninguna sociedad humana tiene el monopolio del vicio; cuando una capital se indigna por los escándalos de otra, las más de las veces es Sodoma denunciando a Babilonia. G. M. VALTOUR.

Allí donde el culto de Plutón prevalece sobre el de Minerva, hay que esperar que abundarán las bolsas llenas y las cabezas vacías. — FEDERICO II.

Si un "pensamiento" de tres líneas no deja en vuestro ánimo la impresión de que podría consagrarse un capítulo, carece de valor. — ALFREDO THOMEREAU.

Cada hombre tiene en su corazón a un héroe que dormita y que se despierta un día, sembrando el espanto en ese mismo corazón. — PAUL FORT.

Elijo a mis amigos, por el rostro; a mis simples camaradas, por su carácter, y a mis enemigos por su inteligencia. — OSCAR WILDE.

Hágase usted un hombre honrado; y así estará seguro de que hay un pícaro menos en el mundo. — CARLYLE.

No se puede estar largo tiempo enamorado sin hacer muchas tonterías, ni hablar un rato de amor sin decir muchas necedades. — DE PAULMI.

REVERDECER

Por José María Monti

Ya en la lejanía había aparecido la rosada franja precursora del nuevo día. Sobre los duraznos en flor, bandadas de pajarillos iniciaron el concierto de sus trinos, y algunos labradores se desperezaban en las puertas de los galpones vecinos, mientras auscultaban con mirada de entendidos el horizonte, cual si quisiesen desentrañar el secreto del nuevo día.

Judith Aliaga, como todos los años para esa fecha, estaba ya en la estancia y el canturreo de los pájaros la había despertado con la suavidad de una caricia.

Abrió los ojos y advertida de la inminencia del día, se arqueó en la cama, tendió los brazos en cruz con su cuerpo y al abrir la boca, en un bostezo largo, dejó ver dos hileras de su dentadura impecable. Se vistió un salto de cama, color celeste, que tenía al alcance de la mano y calzadas luego una chinelas del mismo tono, fué a la ventana que abrió de paz en par y aspiró el aire matutino que, como en un asalto, invadió la habitación.

Era el primer día de Primavera.

Luego del desayuno, volvió "la patrona", como le decía la peonada de la estancia, a su ventana, y perdió la mirada a lo lejos.

Un instante después, dos lágrimas le rodaban por las mejillas y un profundo suspiro se marchaba rápido en alas de la brisa, como si tuviese apuro de llegar muy lejos...

Era, sin duda, hermosa aquella mujer. El símil aunque viejo, nunca fué más acertado. Diríase una estatua griega o la modelo que sirvió de inspiración en la gesta de la escultura. Y si aun necesitaba algo, su frente alta y despejada ponía un atributo más que se demarcaba admirable sobre el fondo ébano de la cabellera.

Se había sentado en el borde de la cama con un cofre entre las manos. Sacó varios pliegos doblados, hasta llegar a uno que la detuvo. Era tal vez aquel el que buscaba... Lo desplegó con todo cuidado por temor de romperlo. Sus dobleces acusaban tanto desgaste al primer descuido habíase desgarrado. Leyó la firma como para asegurarse que ese era, y dejóse caer boca arriba.

Habían pasado apenas tres años desde entonces. Una mañana como aquella florida y llena de Sol, mientras recorrían la campiña con olor a verde, lo conoció.

Se llamaba Juan Carlos, y tal vez, en adelante, nadie lograría despertar como él, en su alma de mujer de este siglo, los mil recónditos encantos que encerraba, para quien tuviese la suerte de detenerse a desentrañarlos.

Todo había ocurrido en dos meses, sin una premeditación, sin pensar en el mañana, sin que otra nota de color que la despedida, fuese punto notable en la felicidad que pasó...

En los amaneceres pasearon su alegría y en las noches de luna se

juraron amor... No hablaron de eternidades porque sabían que lo eterno está reservado a Dios.

La carta fué lacónica y terminante.



LA DONCELLA. — Bueno, este refresco... ¿lo habrán pedido para que me lo tome yo?...

"Mi gran amor: Hoy fué lo sublime y tengo miedo. Mañana cuando el lucero del alba dé sus últimos parpadeos, comenzaré mi viaje. No sé con qué rumbo, ni cual será el horizonte que se abrirá a mi frente. Llevaré en el alma la inefable dulzura de tu último beso y el amargor sin límites de haberme ido.

Temo que el despertar de este sueño, no nos permita la tristeza voluptuosa de una amable despedida, por eso antes que caiga la noche o venga el frío que presiento como una fatalidad, ahí de dejo...

Pienso que nuestro amor es demasiado inmenso para que muera

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pajol, Praysler & Cía

Corrientes 1138

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 4830

de tedio. Prefiero arrancarlo en flor así no sabrá más que de Primavera...

Perdóname y trata de olvidar... Juan Carlos".

Esa noche no durmió en espera del amanecer. Estaba dispuesta a retenerlo. ¡Era su vida!

Con las primeras luces saltó del lecho, pero desde la ventana lo vió partir... Quiso gritar y no pudo. Lo miró alejarse... castigaba su caballo con furia exigiendo cada vez más velocidad, deseando por momentos tener alas como si uyese de la muerte. Se fué achicando con la distancia hasta que se convirtió en un punto, hasta que no fué nada...

Judith, sintió que le faltaban fuerzas y cayó... cayó como deben caer las almas cuando se derrumban.

No había vuelto a saber de él. Sin embargo todos los años para la misma fecha, sin que ni su propia voluntad pudiese evitarlo, el imperioso mandato de su sangre joven, la llevaba al ampo, donde sus esperanzas se desvanecían, no sin que pensase en un venturoso azar que algún día los colocase frente a frente.

Ella misma no podía determinar, si lo que la arrastraba a vagar en la soledad del campo, era el ansia de un deseo insatisfecho, o el afán de hallarlo para cruzarle la cara como un cobarde, lleno de rencor y de odio. No sabía si aún le amaba, si su corazón de hembra de estirpe clamaba venganza, o si su acelerado latir era el impaciente esperar de la incertidumbre.

Se encontraron en la mañana de un día de septiembre. Los dos iban a caballo y sin rumbo. Se saludaron sin conocerse, siguiendo la vieja costumbre de tierra adentro, y como seguían el mismo camino, conversaron de paso, de cosas sin importancia, para ahuyentar, tal vez, la propia soledad. Se separaron con un "hasta luego" intrascendente y al caer la tarde volvieron a tropezarse en el mismo sitio.

PEREZA

Por pereza en retejar se desplomará la techumbre, y por flojedad en obrar será toda la casa una gotera. — Eclesiastés. cap. X. v. 18.

El temor abate al perezoso; y las almas de los afeminados hombrarán. — Proverb. cap. XXVIII. v. 8.

A los perezosos les parece el camino un vallado de espinas: los justos no hallan en él embarazo alguno. — Proverb. cap. XX. v. 19.

La pereza hace venir el sueño; y el alma negligente padecerá hambre. — Proverb. cap. XIX. v. 15.

Con piedras llenas de lodo es apedreado el perezoso; y todos hablarán de él con desprecio. Tiranle boñigas de buey, y todos los que le tocan sacuden y se limpian las manos, y se rien. — Eclesiástico, cap. XXII. vs. 1 y 2.

No seáis flojos en cumplir vuestro deber: sed fervorosos de espíritu, acordándoos que el Señor es a quien servís. — San Pablo a los Romanos, cap. XII v. 11.

Posiblemente la chatura del ambiente y de las gentes del lugar, los impulsó a buscarse. Sus espíritus, forjados en la fiebre de la ciudad, sazonados por poetas, novelistas y algún viaje a remotas tierras, no se avenían a la tristeza de las siestas y la calma espectacular de las campiñas.

La visitó él algunas tardes y juntos pasaron las horas del bochorno haciendo verdaderas acrobacias de lenguaje para no caer en la vulgaridad del "te amo", aunque secretamente, uno y otro, tal confesión se fueron haciendo a medida que menudearon las entrevistas.

Solían pasarse tardes enteras leyendo y comentando, y en estas pláticas, más de una vez sus manos se rozaron al descuido y al instante se encontraban sus ojos, en procura, tal vez, de una palabra que despejara el continuo interrogante.

* * *

Una tarde, calurosa en demasía, en que nadie hubiese osado desafir al sol, estaban, como de costumbre, Judith y Juan Carlos, bajo el corredor en anena charla cuando, de pronto, un trueno lejano, advirtió la proximidad de la tormenta.

Enmudecieron y se quedaron absortos en la contemplación del paisaje, mientras la obscuridad lo iba invadiendo todo.

Un rato después cayeron algunas gotas y por obra de las descargas eléctricas se pobló la atmósfera de ozono. Los dos respiraron hondo. Se ensancharon los pechos y las aletas de la nariz dilatáronse desesperadas, ansiosas de respirar mejor...

Subía de la tierra un vaho cálido... Se miraron un instante y sin que mediara una palabra, se unieron los dos enamorados en un beso largo, profundo, interminable...

Pasó la tormenta. Al despedirse volvieron a besarse, fundiendo sus ansias en una sola esperanza, en una misma locura, en un mismo deseo...

* * *

Pareja ideal aquélla. Alto, delgado, de ojos casi celestes, tez mate y ojerías violáceas, Juan Carlos resumía en sí todo el romántico idealismo de la raza gaucha, heredado de quién sabe qué pasado andaluz, y el instinto imperioso de su vida joven.

Despreocupado y un poco bohemio en sus costumbres, si es que pueden concordar la bohemia y la falta de exigencias económicas, vivía para el amor y las lecturas. Posiblemente, en remotas épocas habría sido trovador, y en nuestros días alguien dijo de él, ¿qué era un sentimental incorregible perdido entre la fiebre áurea de las calles del centro?

Llegó a ellos el amor, con toda la pureza de lo primitivo por lo exigente, y adornado de las mil complicaciones de nuestra civilización refinada, sin que ninguno de los dos se espantara de su rumbo.

La llanura verde e infinita con sus horizontes de fuego por todo límite, era el mayor acicate para sus ansias de inmensidad.

Alguna vez se dijeron:

—¿Qué hermoso sería el mundo si se redujese a este rincón y más allá no estuviese la ciudad, voraz, de todos los prejuicios, de todo lo subalterno!...

Acaso, de antemano, empezaban a defenderse de los otros...

Un atardecer rojizo, con fuego de infierno, o quizás teñido de sangre moza, tuvo aquel amor su colario frente al poniente, cuando ya las primeras sombras se decidían a borrar las formas, y a diluir como con un gran esfumino en manos de un gigante, los contornos cortantes que daban la impre-

arranque cerró el cofre luego de guardar la carta, y con paso seguro, salió para volver a recorrer aquellas tierras que tanto sabían de su dolor...

... Y en un recodo del camino, volvieron a encontrarse... El, vencido, ella, desafiante... pero no tuvo valor para descargar el vocablo infamante tantas veces meditado. Por el contrario, cuando Juan Car-

—¡Para siempre... para siempre!

Los pájaros redoblaron sus gorjeos, y de la arboleda vecina, llegó el sublime concierto de sus trinos...

La nueva escenografía y los efectos teatrales de la electricidad

La Opera de París ha conseguido presentar escenas más reales que las de costumbre, con sólo una pantalla blanca hecha transparente por medio de la glicerina y una batería de reflectores.

La primera escena, representada de otra manera, mostraba a los mensajeros de Odin corriendo en la cabalgata de las valquirias, de Wagner.

El éxito del experimento prueba una vez más que el electricista es uno de los hombres más importantes de entre bastidores. Las antiguas cantilejas han sido substituídas por instalaciones inmensas, como las del teatro del Drury Lane, de Londres, en el cual se emplean de 7.000 a 8.000 lámparas, que comprenden desde bombillas de colores hasta gigantesco reflectores y arcos voltaicos que consumen más de cien amperes cada uno. El electricista no solamente tiene que conocer sus luces, sino la obra, igual que el autor que la escribió.

Un electricista de ópera debe conocer la partitura tan bien como el director de orquesta, para mover la multitud de llaves en el preciso momento que lo requiera la parte musical.

En la vieja escenografía, para representar la cabalgata de las valquirias, era necesario gran cantidad de efectos escénicos, con gran número de vigas de hierro, que eran difíciles de armar.

Representada por medio de la electricidad, solamente se necesitan tres placas de cristal, tres reflectores y una cortina blanca en el fondo del escenario.

Los cantantes están iluminados por luces desde los bastidores. Las valquirias están pintadas en una de las placas de cristal; el fondo, en la otra; se mueven a través de la pantalla en opuestas direcciones, mientras que las valquirias, que al estar en unos de los rincones parecen muy pequeñas, van creciendo de tamaño a medida que se cambia el foco de proyección, y al mismo tiempo se mueven hacia el centro de la pantalla, hasta que casi parece van a salirse de ella. Los reflectores están colocados detrás de la escena.

Entre patrona y mucama

—Me dijo usted que pusiera por la noche el mantel en la galería para que desaparecieran las manchas de fruta. Así lo hice la noche pasada.

—¿Y han desaparecido las manchas?

—No lo sé; pero el mantel, sí, señora.

EL ULTIMO DIA DE PIERROT

Este Pierrot, además de ser sentimental y lírico como los otros, era psicólogo y con inclinaciones de asceta. En su juventud, la primera ocurrencia que tuvo fue leerse a todos los filósofos antiguos y modernos. Después supuso que sabía muchas cosas. Presumía conocer los misterios del alma, la paz de los espíritus y el secreto de la armonía del planeta. Además, como era Pierrot, no tenía más remedio que ser amigo de la Luna, aunque esto le importaba bien poca cosa, una vez que esa ilustre señora le era perfectamente inútil.

Pierrot era un ser feliz. Con su mandolina, su traje blanco, sus filosofías y su tendencia a descubrir el alma de los árboles y a interpretar el canto de los pájaros, vivía una existencia apacible y sonriente.

Su cabeza de relieves ecen tuados y los gestos firmes de su cara blanca, denotaban en él una voluntad vigorosa. La principal victoria de su existencia consistía en haber hecho un firme propósito de no tener relaciones amoratorias con ninguna Colombina de la tierra. La lectura de los místicos y sus meditaciones con las estrellas habíanle dotado de un carácter tenaz, presto para ahogar de súbito toda tentación de pasión amorosa.

Como era sabio y muy versado en profundas filosofías, a menudo no tenía los dineros necesarios para vivir.

Sin embargo, paseando por los parques, bajo las sombras de los tilos, tocaba su inevitable mandolina, escuchaba el rumor de los árboles y el gorjeo de las fuentes y con estas cosas tan simples su alma sentíase ebria de dicha y de sosiego.

Una tarde, en cierto lugar solitario del parque, Pierrot comenzó a ser idealista. El rincón del jardín ducal y el banco del camino, un banco de mármol esculpido por artífices imaginarios. La fuente fue para sus sueños una fuente arcaica donde se bañaran antaño ondinas y princesas de cuentos azules.

Su sueño no se detuvo en esto. Vió que el agua vertiente de un tazón circular eran dos venas claras y transparentes que caían de un vaso etrusco mara-

villosa produciendo sonidos de una encantadora dulzura melódica.

Así, cuando el sol de la tarde moría, se durmió soñando, siendo actor de una inimitable fábula en la cual la heroína era una mujer rubia y esbelta, graciosa y dominadora, con alma clara y ojos inocentes, rendida a sus pies en un lugar apartado de la Tebaida que antes le deleitara tanto en sus meditaciones platónicas...

De pronto se incorporó. La visión anterior le había trastornado. Su corazón palpó de una manera inacostumbrada y desconocida para su alma, serena hasta entonces. La imagen de la mujer rubia obsesionó de un modo torturante y despiadado. Triste, intentó llamar en su auxilio todos los poderosos y eficaces preceptos aprendidos en la deliciosa castidad de los libros ascéticos. Intentó contraponer a la visión subyugante de aquella mujer blanca y tentadora como el arquetipo de la belleza todos sus motivos de renunciamiento. Fue inútil. La lucha titánica que sufrió su ser acabaron por agotarle todo esfuerzo de reacción. Su voluntad fue como una brida rota. La clara visión tomó para él contornos más precisos y deslumbrantes. Gallarda, dominadora, exuberante de gracia, la mujer pasaba ante sus ojos despiertos como una tentación imperiosa, como una belleza que llevaba en sí todas las bondades y noblezas posibles...

Fue vana toda su voluntad. Pierrot, colgando su mandolina en la espalda, se sintió más alucinado por la visión maravillosa.

Y en él nació el amor por la primera vez en su vida. Dió los primeros pasos dolorosos. Buscó la materialización de la figura soñada. Caminó por el mundo inconsolablemente, locamente, olvidando el rumor de los parques y el canto de los pájaros, hasta morir sin haber hallado el supremo bien, ebrio de melancolía y de tristeza, con su mandolina muda y su cara blanca cubierta de un gesto de amarga incertidumbre.

Así fue el último día de Pierrot.

ALBERTO TENA.

sión de incrustaciones en el fondo azul del firmamento.

* * *

Luego de haber permanecido Judith Aliaga, un buen rato con los ojos entornados, mientras su imaginación, por milésima vez, recordaba vertiginosa las escenas de su idilio, tornó a la realidad, y en un

los, levantó su cabeza para implorar, ya rodaban por las mejillas de Judith, las lágrimas del perdón con que el amor rocía sus mejores instantes... Y no pudieron hablar. Un abrazo, el más seguro, el más formidable, los unió mientras se fundían sus almas en una misma esperanza y los labios musitaban al oído el cadencioso:

Un viaje involuntario *por Luciano Biart*

(Continuación)

La irlandesa se sonrió, pues había comprendido perfectamente bien lo que se le pedía, y la prueba es que al cabo de cinco minutos presentaba a los dos amigos un buen trozo de carne de buey con algunas patatas hervidas.

Los dos ingenieros eran personas demasiado discretas para hacer nuevas objeciones, ni tampoco había motivo, pues la carne que se les sirvió era muy apetitosa; de suerte que almorzaron perfectamente bien, sin desconfiar de la cerveza que bebieron, y eso que era tan cachetera como el vino mejor. No es de extrañar, pues, que al levantarse de la mesa se sintiesen un poco alegres. A eso de las doce salieron de la fonda, recorriendo a la ventura las calles de la gran ciudad que ansiaban estudiar.

El contraste que existe entre Londres y París no tardó en llamarles la atención. Si Londres es más vasta, París en cambio es una población bella, con más luz, más aireada. Londres es una inmensa ciudad obrera; París un elegante palacio de recreo. Londres forja, resuelve fardos, hierro, carbón; París plumas, géneros, flores. Imposible encontrar dos ciudades tan poco distantes entre sí y tan diferente en su aspecto y costumbres. Nuestros conocidos criticaron un poco, admiraron mucho, andando de acá para allá todo el santo día. A eso de las seis de la tarde se encontraron delante de un restaurant francés y penetraron, y en él comieron perfectamente bien. A las ocho se metieron en un teatro, donde se representaba una producción de Shakespeare; cansados empero de tanto andar, dormitaron un poco en sus asientos, no despertando hasta que hubo terminado la función.

Al encontrarse en la calle, el señor Pinson se apoderó del brazo de Boisjoli y le interrogó respecto a lo que acababan de ver y oír. Confiados marchaban los dos amigos, torciendo por aquí y por allá, siguiendo calles interminables, discutiendo siempre. A medida que se iban alejando del teatro, las calles eran más desiertas, más silenciosas. Y es que en Londres el fatigado obrero no pasa la noche en vela como en París, sino que cierra temprano su taller y se acuesta.

—¿Llegaremos pronto a la fonda? dijo repentinamente el señor Pinson.

—Esto mismo iba a preguntarte, respondió Boisjoli.

—¿Acaso no sabes dónde estamos?

—¿Cómo quieres que lo sepa si éste es el primer día que piso las calles de Londres?

—Entonces, ¿a dónde nos encaminamos?

—Veinte veces he estado a punto de preguntarte lo mismo; pero ibas tan distraído que supuse sabías el camino.

—Me dejaba guiar por tí.

Los dos ingenieros se detuvieron.

—En verdad que la atmósfera inglesa nos vuelve tontos, dijo el señor Pinson.

—Es decir, la costumbre de conocer el camino de nuestra casa nos ha engañado.

—¿Dónde nos encontramos?

—En Londres.

—Eso bien lo sé. ¿Pero en qué barrio?

Poco ganaríamos con saberlo, replicó Boisjoli: lo que importa ahora es dar con la fonda donde nos hemos alojado.

—¿Sabes poco más o menos en qué dirección está situada?

ción. ¿Cómo nos las compondremos, pues?

—Es verdad, contestó Boisjoli.

El señor Pinson sacó su reloj.

—Las doce y media, dijo; generalmente a esta hora ya estoy acostado, hay más, ya duermo.

Oyéronse pasos lejanos; nuestros ingenieros se mantuvieron callados. Acercábase el desconocido, y cuando estuvo próximo a los dos amigos, éstos, descubriéndose, se le pusieron delante.

—Dispense usted, amigo, ¿por ventura podría indicarnos?... El transeúnte redobló el paso.

—Caballero, dijo a su vez el señor Pinson.



El interpelado parecía inquieto...

—Sólo tengo noticia de que se encuentra cerca de la estación del ferro-carril.

—¿Y cómo se llama esta estación?

—Eso digo yo, cómo se llama, repuso Boisjoli. Preguntémoslo.

—¿Pero a quién? objetó el señor Pinson mostrando a su amigo la desierta calle. Y luego ¿qué vamos a preguntar? De seguro que en Londres hay más de una estación. Otro inconveniente: en francés llamamos gare a la estación, ¿cómo se nombra en inglés? Yo bien conozco las palabras rail, wagon, express, pero estas palabras, según tengo entendido no significan esta-

El interpelado parecía inquieto, y lanzaba miradas en torno suyo. De repente metió la mano a la faltriquera, sacó algunas monedas de cobre y las arrojó a los pies de nuestros atónitos amigos, alejándose en seguida más que de prisa.

—Nos toma por mendigos, dijo Boisjoli. ¡Caballero! gritó yendo al alcance del transeúnte.

Este, ya bastante lejos, empezó a comer gritando dos o tres veces: *Stop thief! stop thief!* (¡ladrones! ¡ladrones!) y no tardó en perderse de vista.

—¡Famoso encuentro! exclamó el señor Pinson. Este buen londinés, después de habernos creído

mendigos, sin duda nos toma por ladrones. ¿Consideras, amigo Boisjoli, nuestra posición si en este momento hubiese pasado por aquí algún agente de policía? ¿Cómo haríamos para explicar lo que nos sucede y para saber la dirección que hemos de tomar? El día mismo que llegue a París voy a buscar un profesor de inglés y no lo dejaré hasta que sepa este idioma.

—Mientras tanto, en marcha, profirió Boisjoli.

—¿De qué lado nos dirigimos?

—Andemos al acaso, hasta tanto que encontremos algún agente de policía u otra persona que nos guíe.

—¿Y te figuras tú que me has hecho un señalado servicio con sacarme de la calle Nollet para que me perdiera, después de media noche, en una ciudad tres veces más grande que París y cuyo idioma nos es completamente desconocido?

—Tres millones de seres humanos duermen en torno nuestro, querido Pinson; más temprano o más tarde despertarán, y no faltará alguno que nos saque de apuros.

—Es decir, que lo que me propones es que nos acostemos en medio de la calle.

—No por cierto; con todo, si estás cansado podemos sentarnos en la acera.

—Confieso que tu calma me exaspera, dijo el señor Pinson.

—No maldigamos de nuestra situación, objetó Boisjoli, pues nada adelantáramos con esto.

—Andemos, repuso el señor Pinson; apenas si puedo tenerme en pie.

—Te advierto que vamos a encaminarnos en dirección contraria a nuestra fonda; en estos casos siempre sucede lo mismo... ¡Ah! ¡escucha!

Se oían pasos lejanos; así pues, los dos amigos fueron al encuentro del trasnochador transeúnte, preguntándole cómo se las compondrían para dirigirle la palabra sin espantarlo. Pronto divisaron un muchacho de doce años, que, al verlos, atravesó la calle para seguir su camino por la acera opuesta donde marchaban nuestros ingenieros. Entonces el chicuelo empezó a tararear una canción que empezaba así:

La tía Michel ha perdido su gato, Y está gritando desde la ventana...

—¡Muchacho! dijeron a un tiempo los dos amigos con alborozo.

El interpelado calló, se detuvo, e imitando al soldado que presenta la bayoneta, exclamó:

—¡Quién vive!

CAPITULO IV

Azogue

El *quién vive* articulado en francés por el muchacho, resonó muy agradablemente en los oídos de los dos ingenieros.

—¡Amigos! se apresuró a contestar el señor Pinson, quien se dirigió hacia el viandante nocturno.

—No se acerque usted, dijo éste, de lo contrario desfilo. Señores,

hace rato que han dado las doce, y aunque mi bolsa está poco menos que vacía, con todo no quiero regalársela a nadie. ¿Quiénes son ustedes, y qué quieren?

—Preguntarte la dirección que hemos de tomar, amigo mío, repuso el señor Pinson: nos hemos extraviado.

—¡Extraviado! exclamó el chico, ¡extraviarse en Londres! Nadie me hace comulgar con ruedas de molino. ¡Hasta después!

—¡Detente! gritó el ingeniero: somos personas honradas y lo que te digo es la verdad. Hablemos a cierta distancia, si desconfías de nosotros; pero por Dios no nos abandones.

Paróse el muchacho.

—Sin embargo, tienen ustedes lengua. ¿Cómo es, pues, que han aguardado a que yo pasara para preguntarme por dónde debían en caminar?

—Ayer llegamos a esta capital, y ni mi amigo ni yo hablamos el inglés. Hace poco nos dirigimos a un transeúnte que, no sabiendo lo que le pedíamos, primero nos tomó por mendigos y después por ladrones.

—¡Esto sí que es bueno! exclamó el chico riendo a mandíbula batiente.

Y en el acto, con gran sorpresa de nuestros dos conocidos, ejecutó, con toda la agilidad del más afamado gimnasta, un salto mortal.

—Veamos, dijo acercándose un tanto hacia el señor Pinson, ¿dónde vive usted?

—En Batignolles, calle Nollet, contestó el ingeniero.

—Está bastante lejos, objetó el muchacho retrocediendo, y yo no puedo acompañarles allí. Se está usted burlando de mí, camarada, pero yo no me dejo coger en el anzuelo. ¡Buenas noches!

—¡Soy un tonto! murmuró el señor Pinson. ¡Detente, muchacho! añadió elevando la voz: no me chanco; si me sirves puedes ganarte un duro.

—¿Para acompañar a ustedes a Batignolles?

—No, sino a la fonda donde hemos parado al llegar a Londres.

—¿Y cómo se llama esa fonda?

—El León rojo.

—En Londres hay a lo menos cien fondas que se nombran así. ¿En qué calle está situada?

—¿En qué calle? repitió el señor Pinson mirando a Boisjoli.

—Oye, muchacho, dijo éste: como no sabemos pronunciar el inglés, ignoramos el nombre de la calle donde está la fonda en cuestión. Lo único que podemos decirte es que se levanta en una plaza y cerca de la estación del ferro-carril.

—Pero ¿de cuál estación hablan ustedes? Aquí se cuentan más de una docena de estaciones.

—La estación donde se apean los viajeros que vienen de París.

—¡Ah! La London-Bridge station: dista de aquí media legua, ni más ni menos. Yo no voy por ese lado, pero si no se desdican ustedes de darme el duro que antes me ofrecieron...

—Tómalo, dijeron los dos ingenieros que a la vez metieron mano a la faltriquera para pagar al muchacho su servicio.

—¡Vaya! exclamó éste, yo no dudo de su honradez, caballeros, pero ustedes son dos, y no me agradaría que me jugaran una mala pasada. Vengan los monises, a ver cómo sueñan.

El señor Pinson arrojó una pie-

za de medio duro a los pies del chico.

—Esta bella moneda, objetó el muchacho después de haberla examinado, vale dos pesetas y media y no cinco.

—Te daremos el resto cuando lleguemos a la fonda.

—¡Ya! No son tontos estos parisienses, dijo el joven acróbata

SALVADA

Pedro Lazare adoraba a su mujer, cuyo rostro encantador seducía a todo el mundo. Pero, enferma de neurastenia, palidez, adelgazaba y estaba devorada por una inquietud perpetua.

Los principales especialistas habían asegurado que la enferma no tenía ninguna lesión orgánica, únicamente aquella depresión nerviosa.

—Su señora — dijo uno de ellos — tendría salud si fuese madre.

—¿Y eso... es imposible?

—Temo que sí. Advierto un defecto de conformación que creo irreparable. Trate usted de distraerla; que viaje, largas estancias en el campo, teatro alegre...

Pedro intentó todo pero en vano. Luciana estaba cada día más pálida y más delgada.

—¡Es espantoso! ¡Se me muere! — pensaba Pedro con angustia.

Pensando así llegó al final del bosque. Era un lugar delicioso, al que Pedro había llevado a su mujer para el mayor reposo de su espíritu.

Le pareció oír un quejido débil, y al volverse vió un bulto blanco sobre la hierba.

Era un niño, de ojos negros y pelo rubio.

Miró en torno suyo, buscando la persona de quien pudiera ser la criatura, y no vió a nadie. El niño seguía llorando.

Lo cogió, y lleno de ternura lo estrechó contra su pecho. Entonces vió un papel, sujeto a la ropita con un alfiler, y leyó:

...“Soy pobre y no puedo mantenerlo. Lo entrego al alma caritativa que quiera hacerse cargo de él”.

—Puesto que así lo quiere el Destino — se dijo Pedro —, haremos lo posible.

El pequeño sonreía ahora a Pedro; no era guapo, sus rasgos no tenían ninguna regularidad y su nariz era aplastada como la de un negro.

—No eres una hermosura — dijo Pedro haciéndole una caricia —; pero no me desagradas

En el porte de ese muchacho se notaba cierta elegancia, cierta vivacidad, cierta resolución, cosas todas que llamaron la atención de los dos amigos.

—¿Eres francés? — preguntóle el señor Pinson.

—Sí, caballero; e hijos de París.

—¿Hace mucho tiempo que vi-

tal como eres.

Iba contento; pero al acercarse a su casa sintió alguna inquietud.

¿Qué iba a decir Luciana? ¿Participaría de su alegría, o no sentiría mayor tristeza al verlo, por no poder ella ser madre?

Al verlo llegar con aquel niño Luciana se asombró.

—Lo he recogido cerca del bosque de Lavandieres. Estaba abandonado. Lee el papel que tenía.

—¡Ah! — dijo Luciana con una fría solicitud.

—Haremos lo que tú quieras.

—Ya veremos — dijo ella.

Y llamando a la doncella, prosiguió:

—Debe de tener un año. Por lo pronto podemos darle leche hervida.

Pedro sintió un gran desencanto. El pequeño la dejaba indiferente.

Pasó aquel día como los demás. Para Luciana no había ocurrido nada.

—Decididamente, no tiene cura — pensó Pedro con resignación.

Al día siguiente se despertó tarde. Luciana estaba levantada desde hacía bastante tiempo. No la encontró en el comedor.

La señora está en el jardín — dijo la doncella.

Se asomó a la ventana. Vió a su mujer, que paseaba bajo los árboles. Estrechaba al niño contra su corazón y le hablaba con ternura. De pronto empezó a desarlo apasionadamente. Había llegado el instinto maternal.

—Como ves — me dijo Pedro, al que no había visto en algún tiempo —, la curación es completa. Luciana ha resucitado y el niño ha sido su salvador... Sin él, Luciana habría muerto. ¿Qué verdad es que no hay momentos tan felices en la vida como los que pasamos junto a una cunita en la que duerme un niño?

J. H. ROSNY.

ejecutando un nuevo salto mortal. ¡En marcha! añadió.

Y empezó a andar con paso precipitado, primero en medio del arroyo, en la misma línea que nuestros ingenieros, a los que observaba a hurtadillas. Llevaba una chaqueta de lienzo demasiado estrecha, los pantalones muy cortos, y en la cabeza una gorra de forma redonda. Tenía la boca bien formada, ojos negros y expresivos y el pelo naturalmente ensortijado.

ves en Londres?

—Tres años.

—Estás aprendiendo algún oficio?

—Oficio no, pero me ocupo en diversas cosas, en espera de algo mejor cuando sea más grande.

—¿Qué hacen tus padres?

—No los tengo, señor: no conocí a mi madre, y en cuanto a mi padre murió seis meses después de nuestra llegada a Londres.

—¡Pobre chico! — exclamaron

a un tiempo los dos ingenieros, tan enternecidos que, desechando en parte el joven su desconfianza, se acercó un poco más.

—¿Cómo te llamas? — le preguntó Boisjoli después de un momento de silencio.

—Quick - Silves.

—Este nombre no es francés. Como los ingleses son muy tardos, y yo al contrario me desvivo por moverme, hámme bautizado con el nombre de Quick-Silves, que quiere decir Azogue.

—¿Pero y tu nombre de pila, y tu apellido?

—Victor Brigaut, si he de creer a la tía Pitch.

—¿Alguna parienta tuya?

—No; por lo que toca a parientes, debo tener un tío que reside en Burdeos, mas ignoro en que calle vive. La tía Pitch es la viuda de un marinero, una buena mujer que, cuando murió mi padre, me llevó a su habitación, situada sobre la que nosotros ocupábamos, para que no me quedase en la calle.

—¿De modo que te tomó a su cuidado?

—No del todo, caballero, pues la tía Pitch no está muy sobrada de medios que digamos. Me llevó consigo para ver si podía consolarme, y durante ocho días me dió de comer y de beber, y hasta me procuró un jergon para acostarme. Poco a poco fué cesando mi tristeza, es decir, que podía acordarme de mi padre sin llorar. Una noche, mientras estábamos cenando, la tía Pitch me expuso con buenos modos su situación y la mía: la buena mujer era pobre, muy pobre, yo me encontraba sin apoyo alguno en el mundo, falto de recursos; así pues, debía trabajar, ganarme la vida. “Siempre dormirás aquí, me dijo; cuando no tengas para comer, nos partiremos mis patatas y mi jarro de cerveza.” Y la tía Pitch ha cumplido su palabra, señor.

—¿Debes darle el dinero que ganas?

—No; le pago los gastos que le ocasiono, ni más ni menos. Cuando me cae alguna ganga, le compro un zagalejo, unos mitones, un poco de tocino, al que es muy aficionada, y hago llenar de cerveza hasta los bordes su jarro. Si me persigue la mala suerte, estoy seguro, al llegar a su casa, de encontrar un plato junto al suyo y de oír frases de consuelo y de estímulo.

—¿En qué se ocupa esa buena mujer?

—En cardar lana; pero es tan anciana que gana muy poco.

—¿Nunca has tratado de buscar los parientes que tienes en Francia?

—Sólo sé que viven en Burdeos.

—¿Son ricos o pobres?

—Ricos como mi padre, señor, pues recuerdo que en nuestra casa de París teníamos criados y cochero. Arruinado el autor de mis días no sé por qué causa, me llevó a Inglaterra. Muchas veces le vi hacer planes para recuperar su perdida fortuna, pero la muerte me lo ha arrebatado.

—¿Sabes leer?

Y escribir y contar también.

—¿Cómo te ganas la vida? — preguntóle a su vez Boisjoli.

—Me ocupo en mandados, en la descarga de los buques, y a veces como esta noche, trabajo como comparsa en la compañía de Astley.

(Continuará).

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Agua para limpiar los cobres.— Se disuelve en un litro de agua, 30 gramos de ácido oxálico, y se mezclan: esencia de lavanda, 15 gramos; alcohol, 125 gramos; se deslie una yema de huevo en 15 gramos de aceite de almendras dulces y todo esto, bien disuelto, con tripoli, constituye un agua excelente para la limpieza de los objetos de cobre.

Como las pruebas fotográficas positivas tiradas en papel de ferropusiató no presentan coloración favorable para reproducirías fotográficamente, conviene cambiarlas de color.

Echase la prueba en un recipiente que contenga una solución diluida de amoníaco al 5 por 100 próximamente, y la coloración azul se desvanece poco a poco quedando sólo un tinte rosa en las partes más oscuras de la prueba.

Cuando ha desaparecido todo el azul, se lavabien con agua clara y se echa en una disolución débil de ácido tánico. En este baño reaparece la fotografía en color encarnado, dependiendo la intensidad del tono de la duración del baño.

Se lava otra vez la fotografía, se seca y puede reproducirse. El negativo que se obtiene, presenta las líneas del dibujo en negro y si se pone un papel blanco por detrás del cristal, se podrá sacar perfectamente un cliché tipográfico fotografiado.

Tinta para escribir sobre charol.— Se prepara diluyendo sobre un pedazo de vidrio, un poco de blanco de cinc en agua de goma; para escribir conviene emplear un pincel fino de pelo de camello.

Preparaciones de aprestos.— De Duckett y Mercer: 1 parte de sulfato de hierro, 0'25 partes de sulfato de cinc, y 0,5 de sosa. A esta mezcla hay que agregarla 4 partes de parafina y 2 partes de sebo y espesarla por último con 80 partes de almidón, 16 de harina de trigo, 12 de almidón de patata, 1 1/2 de sulfato de cinc, 0,125 partes de vitriolo azul, 300 de agua, y 12 de cera blanca.

Apresto fuerte: 20 partes de harina de trigo, 67 de kaolín, 12 de sebo, 7 1/2 de cloruro de magnesio y 6 de cloruro de cinc.

La harina, el agua y el cloruro de cinc se cuecen juntos y luego se agregan los demás ingredientes hervidos por separado.

El apresto muy fuerte se hace con 14 partes de harina fermentada (mezclada con harina de arroz) 22 partes de kaolín, 11 de sulfato de magnesio, 2 1/2 de sebo, 4 1/2 de cloruro de magnesio y 5 de cloruro de cinc.

Para quitar las manchas de orín del hierro, se mojan las partes atacadas del objeto con una diso-

lución fuerte de ácido tártrico y se ponen al sol. Una vez secas se humedecen con espuma de jabón caliente, se frota con jugo de tomate crudo y se vuelven a poner al sol.

Cuando la mancha o manchas estén casi secas, se lavan con otra agua de jabón muy espumosa.

Procedimiento para limpiar los estanques.— Sucede muy a menudo que en los estanques en que se

renueva el agua muy de tarde en tarde se obstruyen con plantas acuáticas que invaden todo el espacio, resultan desagradables a la vista y exhalan un olor repugnante. Aunque de vez en cuando se extraiga esta vegetación, vuelve a reproducirse al poco tiempo. Hay, sin embargo, un medio de combatirlo que no es muy costoso y que según las investigaciones hechas por el Ministerio de Agricultura de los Estados Unidos, resulta muy eficaz. Consiste dicho procedimiento en añadir al agua un poco de

sulfato de cobre. La proporción es muy pequeña: 453 gramos por 112.000 litros o sea poco más o menos un gramo por cada 250 litros.

Antes de echar el sulfato, es preciso calcular con toda la precisión que sea posible los metros cúbicos de agua que existan en el estanque.

El sulfato de cobre puede arrojarse en polvo o disuelto en agua. En esa cantidad no perjudica a los peces.

Conviene advertir que su acción no es inmediata: solo al cabo de quince días puede apreciarse el resultado.

MEDICINA MODERNA

TRATAMIENTO DE LA LOCURA

En tiempos pasados era creencia general que los locos estaban endemoniados, "tenían los demonios en el cuerpo". Hoy la ciencia indica al hombre que no son los diablos los engendadores de la locura, que son causas cuyo completo conocimiento investiga la ciencia para tratar de contrarrestar su influjo.

Cuando un hombre se volvía loco, sus convecinos creían cumplir con su deber declarándolo demente y aislándolo del resto del mundo, en lugares infectos, donde las cadenas, la obscuridad, los baños de agua fría, las camisas de fuerza etc., eran los medios que se ponían en práctica para lograr su sujeción.

En los tiempos modernos han variado las cosas y el manicomio, rémora curativa, cede ante el sanatorio.

Un ejemplo de lo que hoy es un hospital para locos nos lo ofrece el que se levanta en Trento (Estados Unidos), modelo en su género.

En ese hospital ni hay camisas de fuerza, ni látigos, ni lo queros; sólo hay médicos, ayudantes y enfermeros. Cuando a él llega un paciente se le somete a un riguroso examen físico y mental y los diferentes médicos dan su opinión después de hacer un estudio detenido a base de este reconocimiento y de investigar la historia del enfermo hasta donde es posible.

Después se hace un examen radiográfico de la dentadura y se procede a extraer todo diente que aparezca careado. A esto sigue un reconocimiento del estómago, que se hace por medio de un alimento preparado al efecto y que se extrae después para determinar la proporción de ácido clorhídrico. Se examinan también las amígdalas, extirpándolas si aparecen infectadas; la sangre es asimismo objeto de un detenido examen.

Si la infección se comprueba,

se hace una vacuna autógena, después de la cual se examina nuevamente al paciente para observar el resultado del tratamiento. Al mismo tiempo se informa detenidamente, a los ayudantes y enfermeros de la naturaleza del caso y se les prescribe el tratamiento a observar.

Generalmente la primera forma de infección que en los dementes se observa es la producida por el microbio estreptococo que afecta, principalmente, a los dientes, a las amígdalas y al conducto intestinal. Este germen produce una toxina que absorbida por las glándulas linfáticas se reparte con la sangre por todo el organismo. El primero en sufrir los efectos de la invasión es el sistema nervioso y la infección acaba por producir una depresión nerviosa engendradora de melancolías y monomanías y otros trastornos.

No quiere esto decir que todos los que tengan caries han de acabar locos; en el problema concurren otros factores, tales como la constitución del paciente, la mayor o menor acción de las bacterias, la predisposición del individuo y las lesiones físicas.

El sistema curativo de Trenton, aun cuando tiene una base psíquica análoga al tratamiento moral empleado por los alienistas más eminentes, se basa, principalmente, en operaciones quirúrgicas encaminadas a extirpar la parte infectada del enfermo.

Como prueba de los resultados obtenidos por este sistema curativo, se hace constar que de cuatrocientos diez enfermos instalados en el hospital de Trenton, fueron devueltos, al cabo de un año, trescientos diez, completamente curados. En estos casos sólo se hizo eliminar el foco de infección, localizado en los dientes, en las amígdalas o en el aparato digestivo.

Cuando se tuerce un tobillo mójese en seguida con agua caliente la parte afectada, porque así se alivia la congestión y cuando llega el médico con los vendajes la torcedura está en disposición de someterse al tratamiento.

En estos casos no debe perderse tiempo mirando la importancia de la lesión, porque el agua caliente no puede perjudicar y se alivian mucho los dolores acudiendo en seguida.

Las manchas de ácido pirogálico en los vestidos son, por lo general, causadas por el baño revelador.

Para quitarlas, conviene emplear una disolución al 1/2 por 100 de persulfato de potasio y lavar con agua clara el tejido en cuanto las manchas hayan desaparecido.

Es una receta fotográfica que, rarísima vez falla, por delicado que sea el tinte del tejido.

Para hacer vino ferruginoso de carne, de olor y sabor muy agradables, se disuelven separadamente, en 8 partes de agua caliente, 2 de extracto de carne y 4'5 de citrofosfato férrico. Ambas disoluciones se mezclan añadiendo a la mixtura, una vez fría, 0,5 partes de tintura alcohólica de esencia de limón y 2 de tintura de naranja; después se incorpora este producto con 72 partes de vino de Jerez privado de tanino, y una vez filtrado el líquido se le añaden 26 partes de jarabe simple y 21 de alcohol.

Semejante preparación contiene en 100 partes: 0,33 de extracto de carne y 0,66 de citrofosfato férrico, siendo un excelente tónico reconstituyente para las personas débiles.

La dosis varía entre 15 y 20 gramos.

Barniz de encuadernadores.— Es muy útil el conocimiento de este barniz, porque así pueden restaurarse las encuadernaciones que se hayan deteriorado parcialmente. Se prepara, haciendo disolver en 90 partes en peso de alcohol, 12 partes de trementina de Venecia y 30 de goma laca en hojas de color amarillo claro.

Sorrento, costa italiana de verde y oro, de brisas, de aromas de flores, de maravillosos encantos.

La ciudad al pie de las colinas sobre no muy elevado acantilado, presenta sus casas mirándose en el agua azul del Mediterráneo.

Un arco en la playa como boca de un túnel, una rampa, unas escaleras y nos encontramos en la ciudad de Torcuato Tasso.

Cualquier guía erudito indica la casa donde nació el poeta; nada: unas piedras y unas hierbas y zarzas que crecen entre ellas.

El cantor de la "Jerusalén Libertada" nació el 12 de marzo de 1544 y fué bautizado en la catedral, siendo su padrino Hernando de Torres, gran amigo de su padre Bernardo Tasso que en 1547 fué desterrado y desposeído de sus bienes por orden del emperador Carlos V.

Su madre, Porcia, quedó recogida en un convento, y Torcuato pasó a Roma y a otras ciudades a continuar sus estudios.

A los diez y seis años mostraba tal aplicación que su padre escribía: "No dudo que llegará a ser un gran hombre", pero Bernardo no quería que su hijo se dedicase a la poesía y le envió a Padua a estudiar derecho. Pasó un año en aquella Universidad y cuando contaba diez y siete años había escrito un poema épico "Rinaldo" en doce cantos.

La cólera de su padre despertada por este acto de desobediencia, se disipó al fin y consintió que se imprimiese el poema dedicado al cardenal Luis de Este, y autorizaba a su hijo para que dejase el derecho y se dedicase a las letras y a la filosofía.

Residiendo en Padua concibió la idea de un poema que narrase la conquista de Jerusalén por los cristianos, asunto muy oportuno en aquellos momentos, en que la derrota de los turcos en Lepanto resucitaba los proyectos de una cruzada.

Los cantos del poema estaban dedicados al duque de Urbino, bajo cuya protección vivía entonces Torcuato en Bolonia.

Muy pronto halló el Tasso un medio favorable para terminar su poema. Nombrado gentilhombre por el cardenal Luis de Este, y llamado a la corte de Ferrara, donde reinaba el duque Alfonso II, hermano del cardenal Luis, aceptó el poeta la invitación.

Cuando Torcuato se estableció en ella tenía veintidós años de edad y a su belleza y juventud unía el prestigio de la poesía.

Allí conoció a mujeres de gran hermosura, lo que explica que imaginara sin esfuerzo el encanto de Armida y Herminia.

El 18 de enero de 1571 salió de

El país de las sirenas

Ferrara acompañando al cardenal Luis de Este, a quien el Papa había confiado una misión en la corte de Carlos IX de Francia. Torcuato, ya en Francia, se enemistó con el cardenal y el poeta se vio obligado a regresar a Italia con mezquino equipaje y la bolsa vacía, hasta el punto de tener que pedir limosna para comer.

palacio de la duquesa de Urbino y puesto en libertad, le encerraron de nuevo en el convento de San Francisco, de donde se escapó una noche sin dinero y casi desnudo.

Disfrazado de pastor llegó a Sorrento, a casa de su hermana Cornelia, a la que no había visto desde su infancia, donde recobró su perdida salud.

Notas cinematográficas

"El favorito del turf" — En los principales salones ha presentado la Corporación Argentino Americana de Films una interesante comedia dramática titulada "El favorito del turf", cuyos principales personajes aparecen caracterizados por conocidos artistas, tales como Alberta Vaughn, Gareth Hughes, Vivian Rich, Bud Shaw, Edna Hearn, Mavis Villiers, Hal Cline y Arthur Hotaling, quienes han realizado un notable trabajo interpretativo, cada cual en su respectivo rol, bajo la dirección de Frank S. Mattison, uno de los mejores expertos de la Trinity Pictures Corp.

El asunto gira en derredor de las aventuras de Joe Camel, un almacenero cargado de hijos, que no sabe ya qué inventar para darles de comer a todos. Entre los regalos de su boda conserva todavía a "Albino", el caballo de su carro de reparto, que fué en otra época el ganador de muchas carreras en el hipódromo local. Los desastres financieros de Camel le obligan a expatriarse y la familia queda a expensas del hijo mayor, quien se encuentra en un conflicto, pues él desea casarse con Margot Flanagan, una muchacha del barrio, cosa que no puede hacer, debido a ser el único sostén de los suyos. Después de mil peripecias,

que constituyen la trama central de la obra, es debido a la energía de Margot y a las patas de "Albino" que la familia Camel salva la situación. Margot corre a "Albino" en una carrera y gana el premio, con cuyo producto Joe Camel, que regresa al hogar más pobre de lo que se fué, vuelve a rehabilitarse.

Una de las principales atracciones de la película la constituye la carrera y la labor interpretativa de Alberta Vaughn, quien pone la nota cómica en el desarrollo del argumento.

Buena fotografía, a acción ininterrumpida, completa los méritos de este film.

Charles Puffy — Este gordito actor de comedias tiene también un rol en la super producción "El hombre que ríe" que la Universal presentará en breve. Hace el rol del tabernero por quien Cwynplaine siente gran afecto.

Charles Puffy, nació en Budapest (Hungría) y se educó en la Universidad de aquella ciudad. Fué durante varios años campeón alemán de carreras de natación sobre largas distancias. Trabajó 16 años en el teatro y hace tres que está radicado en los Estados Unidos, habiendo hecho algunas producciones cómicas para la Universal.

Al cabo de algún tiempo le tomó definitivamente a su servicio el duque Alfonso II, y allí, en los ratos de ocio, pudo componer un grandioso poema, que terminó en Venecia el año 1575.

Muchos disgustos le ocasionó su poema. La envidia y le petulancia le acechaban y hasta se trató de asesinarle. Su carácter se agrió y por todas partes veía enemigos que le querían envenenar. Enfermo y abatido estuvo preso en el

Cansado de la vida pacífica, fué de nuevo a Ferrara, pero pareciéndole que el duque y sus hermanas le trataban con frialdad, se escapó de la corte, visitando Mantua, Padua, Venecia, los Estados del duque de Urbino y el Piamonte, llegando a Turín tan destrozado que le negaron la entrada en la ciudad. Por fin logró ser recibido y allí quedó algún tiempo, no sin que por haber insultado a la familia reinante, fuese llevado al hospital de Santa

Ana como enfermo y como culpable, en donde estuvo recluso siete años.

Después de mil viajes y desgracias logró ir a Roma para recibir la corona reservada a los emperadores y a los poetas, hizo su entrada triunfal en la ciudad, fué alojado en el Vaticano y condecorado de honores; pero arruinada su salud por una fiebre lenta se hizo transportar al convento de San Onofre, en el monte Janículo, en donde murió el 25 de abril del año 1595.

Los griegos, al llegar a la península de Sorrento, vieron en sus playas y en sus rocas la morada de las sirenas, de las terribles Aglaofema y Telxiepia, que atraían con sus cantos a los navegantes para luego destruirlos.

La muerte de las sirenas va unida a la fábula de los Argonautas, pues cuando éstos pasaron cerca de la costa donde habitaban, aquellas cantaron para atraerlos, pero Orfeo las hechizó con los acentos de su lira y de su canto, y como según tenía dispuesto el destino, la vida de las sirenas debía cesar en el momento en que alguien escuchara su canto sin sentir el hechizo que aquél producía, ellas se precipitaron al mar y quedaron convertidas en rocas.

A fines del año 552 Sorrento fué dominado por el imperio de Oriente, y mientras los lombardos ocupaban Palermo, aquella se incorporaba al ducado de Nápoles, del que formó parte por algún tiempo.

Su último príncipe fué Felipe, tío de Roberto, príncipe de Capua; después pasó a manos de los normandos y posteriormente sufrió las invasiones de franceses y españoles, pasando luego a la corona de España.

En períodos sucesivos Sorrento pasó de la viuda de Ferrante primero a Juana y de los barones al conde Policastro Carafa, y después caer de nuevo bajo el dominio de España, a la que perteneció durante dos siglos.

El 13 de junio de 1858 los turcos se apoderaron de la ciudad en donde cometieron múltiples actos de barbarie.

El mejor monumento de la ciudad es la basílica de San Antonio, edificio amplio, clásico, severo.

El arte gótico tiene unos pocos restos en las ventanas del palacio Correale, la puerta de la Catedral con tres escudos de Aragón y de Sixto IV y alguna pintura de escaso mérito.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO, 607

BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. Mayo 1899

Sábado: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre . \$ 2.50	Trimestre . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre . " 5.00	Semestre . " 6.00	Semestre " oro 4.00
Año . " 9.00	Año . " 11.00	Año . " oro 8.00
N.º suelto . " 0.25	N.º suelto . " 0.25	N.º suelto . " 0.25
N.º atrasado . " 0.40	N.º atrasado . " 0.50	N.º atrasado . " 0.50

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Encuadernación de ejemplares

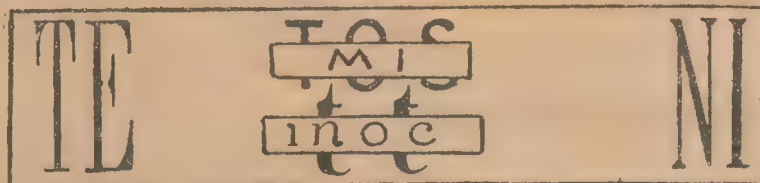
	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo \$ 12 —	3.70
Tapas sueltas " " chico	" " " 8. —	3. —
" " " grande	" " " 9. —	2. —
" " " chico	" " " 6. —	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.º 9. — CHARADA

Es reina *tercera quinta* muy caprichosa y malcriada; y sin embargo, su ley es ciegamente acatada. Usa el barbero y la bella la *tercera* y la *segunda*, y en cuentas de entrada y gasto la *final* y *dos* abunda. *Primera*, *segunda quinta* todo libro entero, tiene; y *cuarta y segunda* indican pesada que justa viene. No siempre *primera dos*, el *todo*, *tres*, *cuatro*, *cinco*, pues queda pronto vacío si oro gastas con ahínco. Si quisieres mejor seña para acertar este *todo*, diré que en bolsa de rico encuentra siempre acomodo.

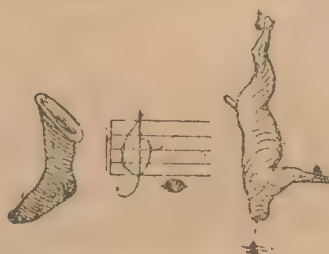


N.º 12. — COMPRIMIDO

500 500 VID

NEGRO

N.º 14. — JEROGLIFICO



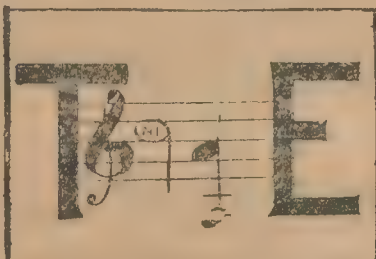
N.º 16. — ADIVINANZA

—¿En qué se parece un ciego a una beata?...

N.º 17. — FRASE HECHA



N.º 10. — JEROGLIFICO



N.º 13. — CHARADA

PRIMERA: 2847.
SEGUNDA: Preposición.
TERCERA: Digestivo.
TERCERA CUARTA: Afirmación.
PRIMERA SEGUNDA: Propiedad femenina.
SEGUNDA TERCERA: Ser.
TODO: Signo ortográfico.

N.º 15. — COMPRIMIDO

501 000
COSAS COSAS
COSAS

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- N.º 1—Sandino.
„ 2—Movimiento.
„ 3—Mamarracho.
„ 4—Carmencita.
„ 5—Vino.
„ 6—De punta en blanco.
„ 7—De año en año.
„ 8—Corbata.

Aquellos que viven en los lugares próximos a pantanos y ríos de poca importancia están familiarizados con el coro de voces que de esos sitios acuáticos sale al alborar la primavera. Empiezan por producirlos las pequeñas ranas, a las cuales se unen después otras mayores, hasta que el coro está completo e integrado por distintos sujetos, de tamaño diverso, de la familia batracia.

Tienen estos animales una razón poderosa para lanzar sus raros sonidos. Todo el invierno lo han pasado durmiendo, profundamente enterrados en el lodo o debajo de algún tronco, madero o piedra, ajenos totalmente a lo que a su alrededor aconteciera. Si, durante este tiempo, topamos con algún ejemplar, nos lo encontraremos rígido por el frío, mostrando todas las apariencias de la muerte.

La naturaleza los despierta, los trae de nuevo a la vida tan pronto como la temperatura es idónea para que en ella se desarrollen, y entonces salen de los lugares que les sirvieron de lecho durante el invierno. De qué forma conocen que es tiempo de salir de sus refugios es uno de tantos misterios como tiene que explicar satisfactoriamente el hombre de ciencia.

Inmediatamente que han salido de sus lechos cenagosos marchan al primer estanque o arroyo que divisan, en el cual depositan sus huevos para que los primeros tiempos de su vida los pase la rana por completo en el agua. Estos huevos, se adhieren a alguna planta acuá-

EL DESARROLLO DE LOS RENACUAJOS

tica o también se les deja flotar libremente por la superficie de las aguas.

El número de huevos depositado varía grandemente con las diversas especies, pero casi siempre la masa de huevos depositada por una rana es mucho mayor que el tamaño de la misma rana. La rana leopardo, que mide, cuando ha adquirido su completo desarrollo, tres y cuatro pulgadas de longitud, pone de cinco a seis mil huevos, que forman una masa de unas cinco pulgadas de largo por cinco de ancho y dos y media de espesor.

Los huevos son aterciopelados, negros y pequeños (algunos miden menos de dos milímetros de diámetro) y están rodeados de una substancia gelatinosa que se extiende tan pronto como toca el agua. Esto explica el por qué pueden estos animales depositar tantos huevos hasta formar una masa mucho mayor que el cuerpo del animal.

Esta masa transparente, gelatinosa, sirve para dos empresas importantes. Primero, hace de incubadora, porque absorbe calor y rodea a los huevos de una temperatura más elevada que la que el

agua podría facilitarle; segundo, como protectora de los huevos impidiendo que puedan ser devorados por sus enemigos naturales, pájaros, tortugas, etc...

El desarrollo del embrión es rápido y comienza dos o tres horas después de que los huevos han sido depositados. Sin embargo, el cambio en el aspecto de los huevos no se observa, a no ser que se emplee un microscopio, sino pasados dos o tres días. Al cabo de este tiempo la forma de los huevos ha cambiado de redonda en oblonga y este proceso continúa hasta que al quinto o sexto día el embrión ha tomado una forma curva y se puede observar ya al renacuajo y distinguir perfectamente cuál es la cabeza de éste y cuál la cola. Al séptimo día se tiene ya la evidencia de vida de éste.

Durante este tiempo, la substancia gelatinosa se ha ido desintegrando hasta que al noveno o décimo día los renacuajos son aptos para trazarse el camino y surgir. En esta etapa los renacuajos son de color oscuro. Los de la rana leopardo son negros y hay algunas variedades que los presentan grises. A cada lado de sus cuellos se

encuentran unas protuberancias; éstas constituyen las agallas que le han de facilitar la respiración; pues durante esta etapa son totalmente acuáticos y raramente se les ve en superficie de las aguas.

Durante los cinco o seis primeros días no se observa cambio notable en los renacuajos. Las agallas gradualmente van desapareciendo y quedan cubiertos cuando la cabeza se va desarrollando. La cola se va alargando. Son casi totalmente inactivos en este tiempo, pero al final de este período se observa que se les ha formado la boca y con ella el nacimiento del apetito y el principio de la actividad.

Hacia las dos semanas aparecen las patas y se verifica un cambio en los aparatos de respiración y la necesidad de mayor cantidad de aire les hace salir a la superficie del agua. La cola empieza a acortarse y a desaparecer hasta que parece absorbida por el cuerpo y el renacuajo se convierte en rana.

Durante los meses de verano las pequeñas ranas viven en las aguas poco profundas entre las hierbas. El color de su cuerpo se va confundiendo con el de los parajes en que se ocultan. Recorren entonces grandes distancias en busca de alimento y son infatigables cazadores de insectos.

A pesar de que están comiendo constantemente su crecimiento es ahora muy lento y pueden transcurrir varios años antes de que adquieran el tamaño total.

Los países orientales, formados en los albores de la humanidad, cuando "la tierra recibía el resplandor de las primeras lunas", poseen un arte propio, cuyos rasgos y matices se diferencian totalmente del de los pueblos occidentales, formados del polvo de su grandeza, moldeados en su regazo, "en el vientre pródigo protegido de los dioses".

En todos los tiempos, el arte oriental simbólico ha ido buscando el plano mágico de donde surgiera el hilo divino que uniese lo finito y lo infinito para concentrar esa belleza que, según Taine, la Naturaleza desparrama. Como el arte no es la mera imitación de lo real, los artistas orientales vieron la Naturaleza en una forma que parece convencional, inventada o, cuando no, totalmente truncada a los que no buscaron en la obra más allá de las ponderaciones luminosas de la misma.

El mundo objetivo no se pinta de un modo idéntico en el alma de cada pueblo. Es diferente, y de aquí se forman las distintas modalidades, las peculiaridades del arte de cada pueblo; de este modo se ve que de un mismo modelo tomado de la Naturaleza en su estado más pasivo, pueden surgir copias diferentes si diferentes son el temperamento y origen del artista encargado de la reproducción.

De los países de Oriente, el Japón es el que se destaca vigorosamente por su suntuosidad, la abundancia y vigoroso, y el budista, decoración, la riqueza de detalles y el mayor realismo dentro de la tradición en la manera de dibujar.

HISTORIA DE LA PINTURA JAPONESA

El primer pintor de que se tienen noticias fué un chino que llegó al Japón hacia la segunda mitad del siglo V. Desde este siglo hasta el IX puede estimarse que la pintura japonesa estaba en un período de formación.

En la segunda mitad del siglo IX aparece el primer gran pintor indígena, Kose-no-Kanaoka, que estudió a los maestros chinos y cuya influencia fué decisiva para el arte. En el siglo XI se estableció la escuela indígena o Iamoto Ryu, cuyos asuntos fueron retratos de personajes de las Cortes, ceremonias oficiales, ilustraciones de las leyendas indígenas primitivas, dibujos de halcones y caballos, pájaros y flores al estilo chino y dibujos burlescos. El paisaje no tiene aún importancia y es convencional; el colorido es de poco efecto.

En el siglo XIII se notan dos estilos distintos; el chino, sencillo y vigoroso, y el baudista, decorativo, pero convencional. Hacia el año 1400 surgió una nueva escuela, formada por Josetsu; su discípulo más notable fué Sesshu, en cuya escuela, sin apartarse de las reglas artificiosas propias de la época, fué un artista original y poderoso que pintó el paisaje con gran simplicidad y amplitud de dibujo, trasladando al cuadro cuantos elementos externos eran precisos.

La escuela de Kano tiene como representante más notable a Kano Matanobo apodado Ko-hagan, a quien se le tiene por el artista que dejara mejor recuerdo en el arte.

En el siglo XVI, Iwasa Matalher, artista de Tosa, dió origen a la escuela popular, dedicada a co-

piar fielmente la vida; Korin, natural también de Tosa, fundó otra escuela en el siglo XVII, notable por el colorido y riqueza con que realizaba sus obras.

Okyo, en el año 1780, creó la escuela de Shijo, que retuvo aún la perspectiva china. Los animales, en particular los peces y las flores, pintados por Okyo son de un verismo sorprendente.

La fase más interesante de este período la constituye el predominio de la escuela popular, que se reclutaba en la clase artesana; el período culminante de esta escuela llegó en el siglo XVIII, cuando

ARTE ORIENTAL

LAS DANZAS DE BALI

Las danzas orientales tienen un carácter de rito marcadísimo, y contemplando los giros, contorsiones y gestos de las danzarinas nos formamos una idea exacta del sentir de esos pueblos, que las practican poseídos de la grave importancia de su papel o las contemplan extáticos seguros de que con su asenso los dioses les son propicios.

En Bali, población del gran archipiélago asiático y cuyos habitantes conservan las religiones y costumbres oriundas de la India, exis-

ria y van desnudos desde el cuello a la cintura, tapando el resto del cuerpo con un sencillo calzón y tocando la cabeza con un turbante de tonos opacos.

Los bailarines pertenecen a las familias más acomodadas y tienen un interés excepcional en presentarse con la mayor riqueza, seguros de que con ello los dioses les son propicios.

Los niños también toman parte en las danzas, y desde que tienen cuatro o cinco años los acostumbra a llevar al templo, para que dancen en él desnudos y con un turbante picudo.

Los movimientos son rítmicos, pausados, llenos de fervor. La danza secular, el *joged*, se baila por una mujer y dos hombres los cuales la persiguen; quieren infiltrarle maldad en tanto que ella los esquivaba horrorizada. La danza del demonio, en que éste, enmascarado, pretende devorar a uno niño, mientras que el espíritu del bien frustra sus planes. La danza del pájaro sagrado "garuda", la bailan muchachas espléndidamente alhajadas, adornada la cabeza, pies y manos con plumas recogidas cuidadosamente.

Complemento de las artes bellas de Oriente, el baile presenta, a la par que una gran riqueza de motivos decorativos, una manifestación plástica del carácter de esos pueblos cuya vida parece haberse detenido ante la puerta de los templos, contemplando la exteriorización del contento o enojo de los dioses seculares.

Recientemente visitó un artista inglés la población de Bali y presencié las danzas famosas, de cuyas danzarinas y danzarines hizo dibujos admirables, que indican todo el lujo de que se rodean los que toman parte en las fiestas del templo.

ENTRE ELLAS

—Para que te fies de los hombres: mientras hemos sido novios, mis ojos eran de diamantes, mis labios de coral, mis dientes de perlas, mis cabellos de oro...

—Bueno, pero, ¿no te vas a casar?

—Sí; pero mi pulsera de pedida ha sido de doblé.

DE REGRESO

—¿Qué recuerdos te has traído de la capital?

—Una toalla, un termo, una percha y dos almohadas.

—¿Habrás tomado una pieza en un hotel?

—No pude tomar la pieza; pero procuré tomar todo lo que había dentro de ella.

EN EL CAMINO

El conductor al campesino: — Va este camino a Villa Escondida.

El campesino: — No sé, señor.

—¿Es el camino para Lobre-guez?

—Tampoco lo sé.

—¿Puede, siquiera, decirme si estoy muy lejos de Veloces?

—A punto fijo no lo sé.

—Lo que veo que sabe usted muy poco, mi amigo.

—Puede ser pero, por lo menos, no me pierdo.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA
Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"
DE 2 A 4 1/2
PARAGUAY, 1615
U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa.
Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre.
Consultas: de 16 a 19 horas
CALLAO, 433, 1.º piso
U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano
De 14 a 18 SAENZ PENA 216
U. T. 35, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebléau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
Matris, ovarios y cirugía de señoras
Suipacha 27. U. T. Riv. 0500
Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Pirovano
Jefe del Servicio del Hospital
Enfermedades de los ojos
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

la profesión de dibujar para los grabadores pasó a manos de gente del pueblo, entre los que se destacan, por sus impresos de color de actores y de bellezas profesionales, los familias Torí y Watsugawa.

Las relaciones con Europa, a mediados del siglo XIX, detuvieron el esfuerzo indígena. De esta época se destacan Hiroshige, Isai y Kyo-soy. Después debemos mencionar a Kekko y Kogyo, Watonabe y Kansais, jefes del resurgimiento nacional pictórico.

Modernamente, Hoshimoto Gaho, que murió en 1908, ha sido el mejor cultivador del estilo indígena. El Gobierno prestó ayuda a los artistas estableciendo en Tokio una Academia de Arte y actualmente numerosos pintores se encargan de difundir por Occidente las excelencias del arte japonés. Entre estos pintores se destacan Isikawa Tōsaji, Nagatochi Shuta, Otake Wokkwan, Okale Koho e Ito-Shinsui.

te un templo dedicado a las danzas, donde los naturales del país celebran sus reuniones coreográficas y se bailan viejas danzas originarias sobre motivos indios, algunas quizá tomadas del Mahabharata.

Más que baile dijérase que es una representación completa en la que aparecen personajes famosos, se recita, se canta... El recitado cesa, la canción se desvanece, pero la danza continúa y continúa...

Las muchachas que en ellas toman parte se preparan con gran entusiasmo, se adornan la cabellera con turbantes de múltiples colores, rodeados de piedras preciosas o embellecidos con la tonalidad de flores variadas. Los trajes que lucen son suntuosos, así como los abanicos que completan el atuendo de la bailarina.

Los hombres que las acompañan, espíritus del mal casi siempre, descuidan algo más la indumenta-

TIENEN LA PALABRA LAS MASCARAS

El Carnaval señala, con ruidos de risas y compases de danza, un intermedio alegre entre la inactividad estival y los atareados preparativos de la campaña próxima.

Fueron muriendo por consunción las temporadas del desnudo artístico, anticipado disfraz con el que muchas veces se trata de animar y justificar ciertos espectáculos que no tienen más interés que sus avances por terreno escabroso, siempre en la frontera de lo prohibido. Con ellos terminó también la exhibición de películas morales o, más exactamente, moralizadoras, pero sólo en la última y más remota profundidad de su esencia, porque es un camino a la moral por todos los lugares prohibidos. Aun dentro del precepto loyolista de que el fin justifica los medios, es necesaria la tolerancia ética de los días caliginosos, para cohonestar algunas de las manifestaciones de este género de trabajos, en los que ni todo es arte, ni todo es ciencia, ni todo es moral, ni todo es vicio, pero en el que nada se demuestra, sino es la habilidad para mantener abiertos los teatros, a despecho de las inclemencias de una estación enemiga de la escena.

Pero ya todo esto, o casi todo esto, ha sido liquidado por la loca alegría de Momo, acaso más ingenuo, pero siempre más sano que los moralizadores por la inmundicia y los desnudadores del arte.

Ello es que la mayoría de los escenarios ha sido puesta al nivel del patio de butacas y que todos pasamos a ser actores de una gran farándula, que representa sin telones ni bambalinas, sin apuntador y sin traspunte, ya un drama, ya una comedia, ya un sainete, ya un grotesco, con otros personajes familiares o desconocidos. A veces también es un monólogo, el largo monólogo del tedio o del fracaso, cuando el amor o el champagne o la democrática grapa, no dieron al corazón lo que le habían prometido.

Pero se baila con la aldeana holandesa o la dama antigua o la pizpireta Colombina que no son más apócrifas en su realidad carnavalesca, que la burguesita o la vendedora o la mucama que llevan escondida adentro.

El Carnaval en el teatro parecería dos veces Carnaval, pero en cierto modo, no es otra cosa que la realidad misma, porque se trata de una ficción vista a través de otra ficción, que si es igual y contraria, puede darnos la más exacta pauta de la verdad.

Y bien mirado, las alegres mascaritas no hacen más que reivindicar sus derechos a la escena, pues es sabido que ya en la antigua Grecia, en la de Sófocles, Esquilo y Eurípides, se llamaban máscaras a los personajes teatrales. No hay que mirar, pues, con recelo ni enfado a los disfrazados que invaden en estos días las salas de espectáculos. Son un símbolo. Y además anuncian la llegada de los otros actores, de los modernos, de los que dividen el teatro en dos grupos: el de los que hacen y el de los que ven hacer.

Bienvenida la mascarada que baila y grita y se divierte y pone su nota de color y de verdad en la fatigosa mentira de la vida diaria.

TEATROS

Estas máscaras sienten un drama y representan otro y de ahí esas risas forzadas y esos gestos excesivos y ese egitarse tenazmente para vencer al actor sincero, oculto bajo un traje incongruente, desfigurado por una voz que no es la del momento y que a pesar de todas las prisiones, pugna por salir a revelar cosas tremendas e imposibles.

Damos amplia libertad en los teatros y en nuestra simpatía a las máscaras. Bien observadas, nos dan interesantes lecciones de vida práctica y a gritos limpian de impurezas el ambiente. La cuestión es hacer buen teatro. Ellos lo hacen y lo dejan hacer. Y ojalá quede en la escena un poco de todo ese profundo sentido de lo patético que hay en la esclava musulmana colgada del brazo de un diablillo rojo o en el brazo de blusa azul que baila un charleston abrazado al tallo de una reina ambigua.

José Mar.

LAS PROXIMAS ACTIVIDADES DE CASAUX

A medida que nos vamos acercando a marzo, se adelantan y activan los preparativos de la próxima temporada que realizará en el Nuevo el distinguido actor.

Se da como seguro que las primeras obras que ocuparán el cartel de esa sala serán "Don Isaac Soler, maestro" de Pedro E. Rico, "El grillo" de Rodolfo González Pacheco y "Cuando tengas un hijo" de Samuel Eichelbaum.

El elenco de esta compañía ha quedado definitivamente constituido en la siguiente forma:

Actrices: Esperanza Palomero, Pepita Muñoz, Carmen Giménez, María Armand, Delia Codebo, Angela Armand, Zulema Bertana, Julia Bottaro, Felisa Alcorta, Esther Ayesa, Lucía Améndola y Teresa Collado.

Actores: Roberto Casaux, Elías Alippi, Enrique Serrano, Graciliano Batista, Héctor Ugazio, Eloy Alvarez, Gonzalo Palomero, Pablo Cumo, Alberto Palomero, Miguel Ricatti, Ernesto Magdala, Fernando Boti, Tomás Pardo, Ricardo Spinetto, Rafael Collado, José Spindola, Antonio Sabater y Julio Rangel.

La temporada comenzará a mediados de marzo.

SEGUIRAN LAS REVISTAS

El Sarmiento está predestinado para las revistas y es posible que cuando ese género teatral no sea más que un artículo arqueológico, lo que no está lejos de suceder, en el Sarmiento seguirán anunciando extraordinarias novedades traídas de todas las partes del mundo para que abran la boca los admiradores del "made in Grupi", que entre nosotros son legión.

Claro es que para representar una revista criolla con parlamentos graciosos y originales, hace falta exprimirse un poco el meollo y aún así no se logra siempre el fin buscado. Por eso resulta mucho más cómodo y sencillo presentar una estrella más o menos apagada de cualquier firmamento europeo o norteamericano, lo que resulta de una autoridad indiscutible. Y si además de ello se anuncia por to-

das partes que el astro ha sido contratado por tal cantidad de pesos que puestos en fila dan la distancia exacta entre la plaza de Mayo y el vértice del Himalaya, o algo parecido, no hay quien resista a la tentación de verlo.

Nosotros también iremos, pero con anteojos ahumados para que no nos deslumbren los reflectores y podamos ver la verdad desnuda.

ARRIMANDO EL ASCUA

Se sabe que la próxima temporada será de competencias terribles. Lo demuestran ya los esfuerzos que realizan los directores de compañías por convencer a todo el mundo de que la suya batirá todos los records, en obras, actores, presentación escénica, sorpresas y cuantos recursos están al alcance de una empresa para detentar el gusto del público.

Todo ello está muy bien y demuestra que todos se han convencido de que hay que apretar las clavijas a la vihuela y afinar bien el instrumento, porque ya no es posible tocar por tocar, a la que salga. Y cada uno arrima el ascua a su sardina.

César y Pepe Ratti no se duermen sobre sus ya antiguos laureles. Tienen prestigios indiscutibles, pero también tienen competidores prestigiosos. Su público los espera, pero el público es un poco versátil y se da vuelta más fácilmente que un sobretodo de buen casimir. Por eso, el empeño de los populares artistas en demostrar que van a hacer labor interesante.

En efecto, la dirección o asesoría literaria de José González Castillo es una garantía de muchas cosas. Por ejemplo, de calidad en los espectáculos.

Además de las dos primeras figuras citadas que darán nombre a la compañía, ésta será integrada por 35 artistas más, entre los cuales son seguros Chela Cordero, de la que nada hay que decir sino que como siempre la primera actriz del elenco; Benita Puértolas, característica de mucha eficacia; Elsa O'Connor, damita de muchas condiciones; Mary Rose, muy aplaudida en este mismo conjunto, Rosinana, actor cómico de muchos méritos; Fiaschi, galán muy discreto y otros elementos de valía.

Con una presentación moderna y adecuada se darán obras de diversa índole, incluso melodramas de mucho aparato como los del Chatelet de París. Pero la comedia risueña, finamente cómica, será la base del cartel. Como se ve, un programa promisor, lleno de buenas intenciones.

CARTERA TEATRAL

En el Smart debutó, a pleno calor, una compañía de revistas, aptas para caballeros, señoras y niños, con el estreno de "Aquí viene la alegría". En el elenco se presentó como primera figura la vedette C. Olmedo, formando parte también del conjunto la cancionista Tita Merello y los actores cómicos A. Daylio, V. Arias y G. Gualupe.

—La compañía de zarzuela española del Avenida, que está dando tan interesantes reposiciones, ha debido de incluir ya en su car-

tel, "El rey que rabió", no representada entre nosotros hace mucho tiempo.

—Estrenóse con fortuna en el Buenos Aires "El lobo Juan", que se mantiene en el cartel con "Cada lechón en su teta es el modo de mamar".

—En el Fénix dió un corto número de representaciones el actor Ernesto Vilches, presentándose con la pieza "Un americano en Madrid", seguida por "Wu-li-chang". Era propósito de la empresa continuar las representaciones si el tiempo y el público lo permitían.

—La compañía infantil de Angelina Pagano continúa dando representaciones a precios populares en diversos teatros de barrio de esta capital, con lo cual pone en contacto a sus pequeños actores con admiradores de los cuatro puntos cardinales del municipio y con todas las clases sociales. Es una labor digna de elogio la que está realizando la ilustre actriz, quien prepara, por este medio, un interesante plantel de artistas para las temporadas del porvenir.

—Fué cerrado por la Intendencia el teatro Cómico, donde se despachó a su gusto por cierto tiempo, una compañía que comenzó siendo picaresca y terminó resultando pornográfica. Coincidiendo con el cierre de ese teatro, se permitió la apertura del Florida que habrá sido clausurado por razones análogas. Parece, pues, que hay el propósito de dejar una sola válvula de escape al teatro alegre y es suficiente para que saboreen estos espectáculos sus partidarios. La elasticidad de la ética municipal es sencillamente encomiable. Lo que estira de un lado, lo afloja del otro, de suerte que el equilibrio de la moral no queda en ningún momento interrumpido. Y así podría darse el caso de que si no funcionase, en un día dado, ningún teatro de género libre, por razones de consecuencia sería necesario instaurar automáticamente una sala de género picaresco comunal.

GRAND SPLENDID

Esta regia sala ha preparado un atrayente programa cinematográfico para la semana en curso pudiendo desde ahora preverse que las funciones se verán muy concurridas por el público elegante y selecto que es hábitué.

CAPITOL

Con bastante público funciona esta bonita sala de Max Glucksmann, de largo prestigio entre los aficionados al espectáculo silencioso. Lindas cintas serán exhibidas en estos días.

GLORIA

Las funciones que efectúa este cine se ven día diariamente concurridas por muchas familias. Los espectáculos son siempre seleccionados y de un gran amenidad.

CINE PARC

La catedral del cine en Palermo continúa gozando de crédito y atrayendo a mucha gente. Para la semana que se inicia, fué preparado un programa en el que alternan las cintas dramáticas y cómicas con ponderado eclecticismo y el buen gusto selectivo de siempre.

BALNEARIO DE EPECUEN



Señora Esther Hoosnac



Familia de Gómez y señorita Chiangallení



Señora Teresa M. de Balbín



Señora Santina D. de Bravo



Señora de Faccini, señor Pinto y su esposa, señorita de Arenas y señor Rossi.



Doctor Juan Molina, su esposa y su hijita

DE PUENTE DEL INCA



Señorita de Roldán al pie del Aconcagua



Un grupo de risueños veraneantes



El doctor Romazo, regresando de visitar al Cristo de los Andes



Dos núcleos de turistas argentinos y chilenos de los que pasan temporada en Puente del Inca.



ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



LOS TRAJES NEGROS GUARNECIDOS DE BLANCO. — 1. Elegantes tres piezas de falla negra con reverses de satén formando guarnición. Chaleco - blusa de crespón rosa. — 2. Traje confeccionado en crespón - satén, negro, con volantes. La parte alta está ejecutada con crespón - satén color blanco. — 3. Traje recto por detrás confeccionado con crespón de China color negro, forrado con crespón blanco. Chaleco y puños de muselina blanca. — 4. Este traje de crespón - satén negro está trabajado a ambos lados y riscaldado con crespón Georgette blanco. Hebilla de estras.